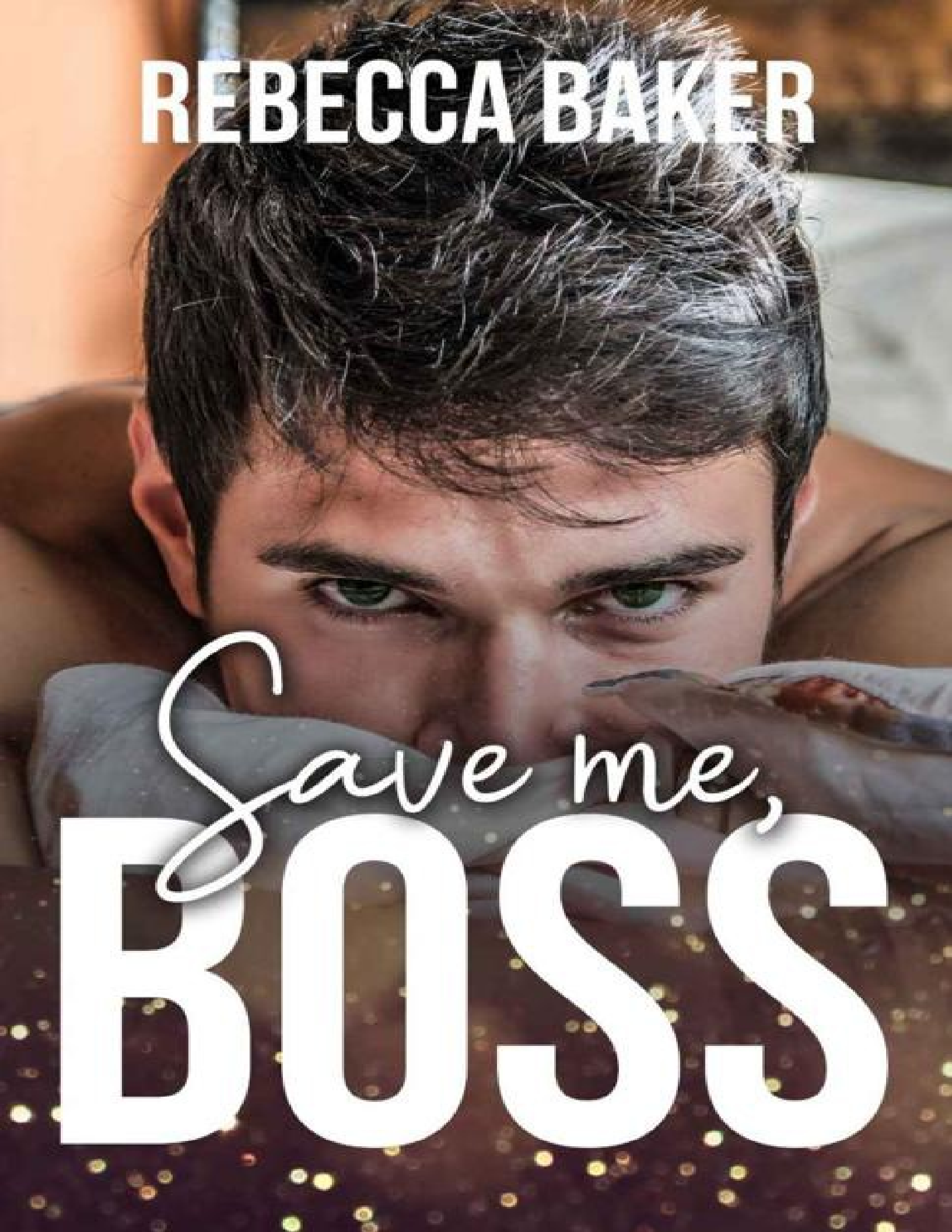

REBECCA BAKER
Save me,
BOSS

Save me Boss

Un acuerdo con consecuencias

Rebecca Baker

Derechos de autor 2022
Rebecca Baker
Todos los derechos reservados

El boletín de noticias gratuito de Rebecca:
https://www.subscribepage.com/rebeccabaker_espanol

Rebecca en Facebook:
https://www.facebook.com/Rebecca.Baker.Espana

Índice de contenidos

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Ultílogo

Capítulo 1

Nate

Era todo mío. La oficina, el edificio, la empresa. Todo estaba a mi nombre. Ni yo mismo podía creerlo. Incluso mirando el despacho del director general, no podía creer mi suerte. Mi padre estaba fuera y yo dentro. De un plumazo, fui catapultado a un papel de liderazgo y me convertí en uno de los empresarios más jóvenes e importantes del país.

Podía llamar a los presidentes de las empresas que figuraban en la lista Fortune 500 y pedirles que comiéramos juntos. Hubieran extendido la alfombra roja si hubiera expresado siquiera un poco de interés. Mi nombre apareció en el Wall Street Journal, junto con la historia de cómo había ganado mi primer millón.

Parecía que había pasado toda una vida, pero en realidad sólo fueron diez años. Trabajé para mis padres hasta que se divorciaron. Lo que mi padre perdió en el litigio, lo gané yo. Mi madre me dejó a cargo del negocio, con cientos de empleados y propiedades en los cincuenta estados.

Tenía lo necesario para tener éxito. No estaba acostumbrado a desempeñar el papel de director general, pero tenía al menos diez años de experiencia en mandos intermedios. Eso significaba que podía seguir controlando la empresa. Conocía a todos los empleados clave, sabía lo que les gustaba, lo que no les gustaba y cómo hacerles participar. La tensión en el edificio era palpable. Todos sabían que era mi primer día y estaban ansiosos por ver la dirección que tomaría la empresa.

Todavía tenía que mirar todos los informes anuales para saber qué había hecho mal mi padre. Sabía exactamente en qué consistían sus errores, que no afectaban a las finanzas. Era un notorio ligón y todo había comenzado allí mismo, en la oficina.

El escritorio me llamó la atención y fruncí el ceño. Estaba seguro de que algo malo había ocurrido en esa silla, en la superficie de la tapa de nogal macizo. Seguramente había ocurrido muchas veces antes, con mujeres diferentes. No quería que en mi mente apareciera la imagen, mi padre se había follado a su secretaria allí mismo, mientras yo intentaba disfrutar de mi almuerzo. Lo primero que desaparecería sería el escritorio.

Pero en ese momento mi madre estaba sentada con las piernas cruzadas sobre él, sosteniendo una de las tarjetas de crédito de papá con sus cuidados dedos, cortándola en dos con unas tijeras y riendo alegremente.

Su pelo estaba teñido de rosa y peinado con laca. Se parecía un poco a una estrella de rock de los años ochenta, aunque yo era demasiado joven para precisarlo. Llevaba los labios pintados de rojo intenso, las uñas de las manos de color verde pálido e iba vestida como una hippie, con leggings y un vestido en forma de A. Nunca la había visto tan suelta y relajada.

Observé cómo cogía otra tarjeta del escritorio, la partía por la mitad y lanzaba ambas por encima del hombro. Estaba jugando con una pequeña pila de tarjetas de crédito y claramente

disfrutando. No me atreví a decirle para qué había servido el escritorio antes de que llegáramos. Pero ella sabía muy bien de los asuntos de papá, así que no necesitaba recordárselo.

Mis padres llevaban casados casi cuarenta años, su boda fue mucho antes de que yo naciera. No sé qué edad tenía yo cuando mi madre descubrió que mi padre la engañaba, pero debía ser muy joven. Había ocultado bien su dolor y no había dicho nada hasta el momento en que todo se había vuelto demasiado duro para ella. Más adelante, a mi padre le habían pillado follando con su secretaria Lauren.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Mamá lo llevó a los tribunales, ganó y le quitó su dinero, su coche y su empresa. No se defendió. Creo que estaba avergonzado por haber sido descubierto, puede que incluso estuviera dispuesto a retirarse. Siempre había sido su plan pasarme el negocio, y todo eso sólo había acelerado el proceso.

Intenté mantener una mente abierta y una buena relación con mis padres. Aunque no estaba de acuerdo con lo que mi padre había hecho, seguía siendo mi padre. Además, en algún momento podía necesitar su ayuda en una decisión de negocios, así que me convenía mantener una relación amistosa con él. Pero con mi madre, era un asunto totalmente diferente. Ella formaba parte de mi vida, lo quisiera o no. No era el tipo de persona que aceptaba un no por respuesta.

Era el primer día y ya se había acomodado en el escritorio de mi padre mientras se divertía destruyendo sus tarjetas de crédito. No podía trabajar mientras ella estuviera sentada allí. Aunque sólo fuera porque no podía usar el escritorio, y teniendo en cuenta para qué más se usaba, ni siquiera quería hacerlo.

Así que me asomé a la ventana y miré Boston. Era una ciudad antigua, con edificios de ladrillo y calles estrechas. Me encantó como sólo se puede amar un lugar llamado hogar. Había crecido allí, fui a una escuela pública en el centro de la ciudad y luego había estudiado en Harvard.

Por supuesto, había estado en todo el mundo. Mi padre tenía un jet privado y, cuando yo era adolescente, solía llevarnos de vacaciones espontáneamente. Resultó que se dedicaba a ligar con las azafatas, pero yo no lo sabía en ese momento.

Viajamos a Francia e Italia, a Canadá e incluso a Japón. Nunca nos quedamos en un país más de unos días antes de volar de vuelta, pero vimos lo suficiente para hacernos una idea de cómo era el resto del mundo. Sin embargo, no podía imaginarme estableciéndome en cualquier lugar fuera de Boston. El exorbitante coste de la vida no fue un impedimento para mí. No era pobre. Había crecido rico y me valía por mí mismo. Si alguien podía domar esa jungla de cemento, era yo.

Llamaron a la puerta.

"¡Entra!".

La secretaria de papá, Lauren, entró con los brazos llenos de expedientes. Miró a mi madre, que estaba en cuclillas sobre el escritorio, y frunció el ceño. Levanté las cejas y le indiqué que no se atreviera a comentar nada. Optó por la discreción y mantuvo su boca adúltera cerrada.

No estaba segura de qué hacer con los expedientes, así que permaneció torpemente de pie cerca de la puerta. No había pedido nada y no sabía por qué me los había traído. Tampoco me importaba. Era la última persona a la que quería ver. Si hubo una aventura extramatrimonial en particular que levantó la ira de mi madre, fue la de Lauren. La mujer era su secretaria. ¿Qué más cliché podía haber? Ya era bastante malo que mi padre se lo montara con mujeres que conocía en el extranjero, pero además había recurrido al tópico más manido del mundo.

Mamá no levantó la vista. Estaba ocupada destruyendo la vida financiera de mi padre y me alegré de que no pareciera importarle la presencia de Lauren porque no quería tener una pelea de gatas en mi primer día.

"¿Qué necesitas, Lauren?", pregunté.

"Estos son los archivos de Oliver", dijo, tendiéndolos hacia mí.

Me adelanté y se los quité de las manos. "¿Eso es todo?".

"Sólo estoy ordenando los archivos de los clientes para que puedas encontrarlos en el futuro", respondió, enderezándose hasta alcanzar su máxima estatura.

"No te pedí que lo hicieras". El tono agudo de mi voz no pudo ser reprimido. No me gustaba y no aprobaba lo que le había hecho a mi madre. Lauren sabía que mi padre estaba casado. Me había conocido cuando estaba en la universidad y era pasante en el negocio familiar. Ella lo sabía y no le había importado, y eso era casi peor que lo que había hecho mi padre.

Lauren apretó los labios. Sabía que la estaba haciendo pasar un mal rato en ese momento. Se merecía las palabras bruscas y la frialdad que recibió. Ella sabía que estaba fuera en el momento en que entré, y su deseo de fingir que era profesional me cabreó.

"¿Sabes que este es tu último día?", pregunté, para que quedara claro.

"Así es", respondió ella, "sólo pensé que podría dejar las cosas en orden para ti".

"No es necesario", respondí.

"Muy bien". Frunció los labios y se echó el pelo desafiante por encima del hombro. "Entonces vaciaré mi escritorio y me iré a la hora del almuerzo".

"Bien", dije.

"Te enviaré por correo electrónico tus citas", seguía explicando mientras salía del despacho.

¿Mis citas? ¿Ya tenía reuniones? ¿Había entrado de lleno en el lugar de mi padre sin tener la oportunidad de sentarme? ¿Había alguien esperando? Asomé la cabeza fuera del despacho y miré a mi alrededor, pero no había nadie más que Lauren.

Levantó la vista de su propio escritorio, donde había una caja de cartón. Me alegró ver que hacía exactamente lo que le había pedido. Cuanto antes saliera del edificio, mejor me sentiría. Sin embargo, no quería que se fuera sin explicar su último comentario.

"¿Dijiste que me enviarías por correo electrónico mi horario?". Me acerqué a ella y me instalé junto a su escritorio.

Estaba a punto de meter una grapadora en la caja, pero luego cambió de opinión. "Sí".

No me importaba la grapadora, pero podía decir que no era de ella. Cogí una foto enmarcada de ella de adolescente en un poni y la puse en la caja. En caso de que no se diera cuenta, estaba ayudándola a recoger sus cosas.

"¿Tengo alguna reunión hoy?", pregunté.

Me miró con odio. "No es mi culpa".

"¿Qué no es culpa tuya?", pregunté.

"Averígualo tú mismo", espetó, cogiendo una planta en maceta de la esquina de su escritorio y metiéndola en la caja.

A cambio, cogí un pisapapeles y lo dejé caer junto a la planta. Me sostuvo la mirada, sus ojos brillaban de indignación. Luego abrió un cajón y sacó un puñado de caramelos sin romper el contacto visual.

Molesto por ese estúpido juego, volví a mi despacho. El correo electrónico con mi horario probablemente no aparecería después de todo. Tendría que descubrirlo por mí mismo, poco a poco. Me di cuenta de que, antes de profundizar en lo que había pasado o no en el mobiliario de la oficina, necesitaría una secretaria.

Tendría que ser alguien con quien fuera fácil trabajar, agradable e inteligente. Quería a alguien que causara una buena impresión a todos los clientes y directivos que acudieran a mí, pero no a alguien que desviara la atención hacia mí. Y definitivamente no quería a alguien que pudiera tentarme en una relación romántica. No quería seguir los pasos de mi padre. Una aventura en la oficina estaba descartada bajo cualquier circunstancia.

Si contrataba una secretaria, no sería más que una profesional. Siempre mantendría cierta distancia y la trataría como a una colega, ni más ni menos. Si teníamos que trabajar hasta altas horas de la noche, cada uno se quedaría en su despacho y nos comunicaríamos por el interfono. Tendría que organizar mi agenda y no pasaría por encima de mí como si yo fuera incapaz de concertar una cita por mí mismo.

Me moría de ganas de empezar, pero mi madre seguía sentada en mi mesa. Entorné los ojos con nostalgia hacia el ordenador que estaba justo al lado de su rodilla. Tal vez podría traer mi viejo escritorio aquí de momento. Esa era probablemente la mejor solución. De esa manera podría trabajar con mi madre y dejar todo el asunto para otro día. Al darme cuenta de que tenía que tomar cartas en el asunto, salí de la oficina. Pasé por delante de la mesa de Lauren y recorrí el pasillo hasta mi antiguo despacho.

Uno de los vicepresidentes estaba en la sala en una llamada telefónica. Le interrumpí: "Oye, me gustaría llevarme ese escritorio".

"Por supuesto", respondió sin rodeos.

"Me falta una secretaria", admití. "¿Podrías hacer que alguien la buscara?".

"Sin duda". Colgó, se guardó el teléfono en el bolsillo y me siguió hasta el pasillo.

"¿Usas esta oficina?", pregunté.

"Todavía no me han trasladado", respondió. "Pero es la mejor después de la de tu padre. Quiero decir después de la tuya". Parecía avergonzado, como si estuviera molesto con él por haber mencionado a mi padre.

"Podemos poner uno de los escritorios del tercer piso allí", dije.

"No hay problema", aceptó.

Luego volví a mi oficina y esperé a la caballería. Un nuevo escritorio y una silla ya estaban en camino. Todo lo que necesitaba era una secretaria.

Capítulo 2

Ava

La cola era interminable y yo estaba al final. Llevaba mi mejor traje, aunque no me explico cómo no estaba arrugado. Tal vez fuera porque lo había colgado en una bolsa de ropa en el gancho del asiento trasero de mi coche mientras todo lo demás estaba apilado en el asiento delantero.

Vivía en mi coche, así de bajo había caído. Intenté no pensar demasiado en eso, porque no tenía sentido preocuparme por mi situación. Las cosas no seguirían siempre como hasta aquel momento. Todo lo que necesitaba era un trabajo y unas cuantas nóminas, entonces podría alquilarme un piso. Todo empezaría a mejorar de nuevo y podría dejar todo aquello atrás.

Las primeras noches que pasé a la intemperie fueron aterradoras. Había conducido hasta encontrar un lugar aislado, y luego apagué todas las luces y cerré las puertas. Por la noche hacía bastante frío, pero por suerte llevaba un saco de dormir. Me dije a mí misma que era como acampar. Me encantaba acampar cuando era más joven y eso era sólo un pequeño paréntesis en mi vida. Había crecido en Boston y sus alrededores, había ido a la universidad para ser presentadora de noticias. Era una mezcla de periodismo y actuación ante la cámara, y mis notas habían sido muy buenas. Tenía un buen olfato para las historias que la gente quería escuchar y una forma de explicar temas complejos que me habían valido sobresalientes. Mi camino me llevó directamente a la cima, pero fui arrojada de mi camino por un torbellino en forma de hombre.

Había conseguido unas codiciadas prácticas en un medio de comunicación local, superando a un montón de otras aspirantes. Y me había enamorado de un compañero que me invitó a vivir con él. Por suerte, había comprado el coche cuando aún vivía allí. Marcus había intentado disuadirme diciéndome que no había necesidad de conducir por Boston. Había transporte público y la mayoría de la gente iba a pie. Además, no había muchas plazas de aparcamiento libres, y hubiera sido más caro pagar por otra plaza en el aparcamiento de su edificio de apartamentos.

Había ignorado sus objeciones negativas y había elegido el pequeño coche compacto perfecto. Simplemente quería algo que fuera mío, y en aquel momento no tenía ni idea de que fuera a pasar apuros económicos. El coche era lo suficientemente grande para llevar mis compras y lo necesitaba para hacer mi trabajo, ya que parte de él consistía en conducir por la ciudad para cubrir las noticias en los informativos.

Marcus sólo pudo ver los cuatrocientos dólares extra al mes por una plaza de aparcamiento en una de las zonas más prestigiosas de la ciudad y yo estaba de acuerdo con él, era una fortuna, pero ¿qué iba a hacer? Me encantaban mis prácticas y no creía que el dinero fuera tan importante.

Eso fue antes de que me echara. Pero al menos tenía un techo donde dormir, así que me alegré de haberle plantado cara. Por otro lado, si hubiera sido un poco más comedida, tal vez aún tendría un lugar en su cama. No es que quisiera eso. Que le vaya bien, me dije. Era un infiel y un mentiroso que había estado viendo a otras mujeres a mis espaldas mientras decía que me quería.

No lo necesitaba. Pronto volvería a valerme por mí misma. Había abandonado las prácticas cuando Marcus me echó**.** Los puntos de mérito estaban muy bien, pero necesitaba un trabajo para pagar las facturas, algo que comer y un lugar al que volver por la noche, en ese orden. Mi carrera como presentadora de noticias tendría que esperar.

Justo después de que Marcus terminara la relación, había encontrado un trabajo en una cafetería local. El ambiente de trabajo había sido estupendo y podía tomar todo el café que quería gratis, pero no era suficiente. Necesitaba un trabajo de verdad con beneficios y opciones sobre acciones. Algo a lo que pudiera aferrarme y que me pagara al menos cincuenta o sesenta mil dólares al año. El único trabajo que se me ocurría donde pagasen tanto era el de secretaria ejecutiva.

Por supuesto, había otros trabajos más lucrativos a los que una podía dedicarse sin necesidad de un máster, pero yo era demasiada tímida para bailar sobre las mesas. No tenía lo necesario para ser corredor de bolsa, y realmente no podía vender nada a nadie. Mi licenciatura no sirve de nada si no tenía experiencia práctica. Además, el mercado de trabajo estaba lleno de personas que tenían currículos mejores y más impresionantes.

Me puse de puntillas para ver si la cola que tenía delante se movía. Había al menos otras veinte candidatas de pie desde la puerta del enorme edificio de oficinas hasta la calle. Fui una de las últimas, pero eso estaba bien porque era lo suficientemente optimista como para creer que nos darían a todas la misma oportunidad. Todo lo que tenía que hacer era impresionar al jefe de personal, y estaba segura de que podía hacerlo. Ninguna de las otras mujeres tenía mi fuerte carácter y el ánimo suficiente para dedicar cada minuto libre al trabajo. ¿A quién quería engañar? Ninguna de las otras estaba tan desesperada como yo. Estaba absolutamente segura de que al menos el noventa por ciento de las otras solicitantes tenían una casa y un baño con agua corriente.

Intenté no pensar en el baño que me había dado ese mismo día cuando me froté los brazos y el estómago con toallitas antisépticas. Todavía olía ligeramente a limón, pero eso estaba enmascarado por el aroma a lila de mi desodorante.

Las perspectivas no eran buenas, pero sabía que podía ocupar el puesto anunciado si me daban una oportunidad. Se me daba bien organizar mi propio horario, era simpática al teléfono, podía hablar con la gente siempre que no intentara venderles nada y, teniendo dinero podría comprarme un buen vestido. Por el momento tenía unas cuantas prendas que me ayudarían. Aparte de ser una presentadora tendría que parecer inteligente, y yo sabía algunas cosas sobre eso.

Había tocado fondo, lo sabía. Había caído rápido y sin red de seguridad, sólo me quedaban unas semanas antes de tener que irme a otra parte del país. Si no podía encontrar la manera de pagar un apartamento para vivir, tendría que irme al sur. Tal vez podría encontrar un trabajo en Nueva Jersey o Pensilvania, en una pequeña ciudad donde el coste de la vida fuera más barato.

Significaría renunciar a mis sueños y dejar la ciudad que amaba y, por desgracia, cada vez estaba más cerca de llegar a eso. La cola empezó a moverse y me emocioné. Unos cuantos pasos más me acercaron a la puerta. Dos mujeres entraron mientras el resto seguía de pie en la puerta.

Miré a la larga fila de posibles secretarias y esperé poder eclipsarlas. Era de suponer que algunas de ellas tendrían un máster, y unas pocas habrían trabajado quizás para otros directores generales. No cumplía ninguno de esos criterios, pero tenía empuje y resistencia. Fue ridículo. Las otras me superaban y yo lo sabía. Debería irme y dejar el trabajo a las expertas. Pero me quedé en la cola en contra de mi buen juicio. No tenía otra salida ni más ases en la manga. Ese trabajo era mi última esperanza. O lo conseguía o tendría que admitir la derrota.

No estaba segura de por qué el agente de empleo del centro de acogida para personas sin hogar me había indicado ese trabajo. No era el típico trabajo que se les presentaba a los indigentes. Reconocí la oficina como una de las más elegantes de la ciudad. Los que trabajaban allí eran sin duda ricos y probablemente nunca habían pasado por momentos difíciles. No quería apresurarme a juzgar, pero a menos que hubiera circunstancias excepcionales, era bastante improbable que alguien que trabajara allí estuviera sin hogar.

No estaba segura de lo que hacían exactamente. No era ni un banco ni una fábrica. En un mundo perfecto, habría tenido tiempo de investigar en Internet. No sabía qué decir en una entrevista si no podía hablar del sector específico al que me presentaba.

Parecía una empresa de gestión financiera o quizá la sede de una gran multinacional. Sintiéndome mal preparada, toqué el hombro de la mujer que tenía delante.

"Disculpe", dije en voz baja.

Se giró y me dedicó una sonrisa amistosa pero ligeramente nerviosa. Obviamente, ella estaba tan ansiosa como yo por conseguir el trabajo. Probablemente todas las demás mujeres de la cola estaban tan desesperadas como yo. Al menos algunas de ellas probablemente necesitaban un trabajo ese día.

"¿Sabes a qué se dedica la empresa?", le pregunté.

"Es parte de la industria de la moda", respondió la mujer.

Intenté recordar lo que sabía sobre la industria de la moda. En mi primer año de universidad había hecho un curso de economía que trataba principalmente de países y monedas. "¿Qué tipo de moda?", pregunté, sintiéndome terriblemente estúpida.

"Tienen algunos diseñadores de moda, pero también venden productos para el consumo inferior del mercado. Hay mucho dinero de por medio", respondió, sin mirarme con desprecio. Si ella pensaba que yo estaba loca, al menos no lo dijo. "Hay mucha gente que se presenta aquí".

"Sí", acepté. "No esperaba tanta competencia".

"Es para un buen trabajo. Secretaria ejecutiva del director general". Se enderezó, como si la mera mención del título fuera suficiente para tensar su columna vertebral.

"Lo sé", respondí. El consejero de empleo ya me lo había dicho. Era la única razón por la que estaba allí**,** porque ese tipo de puesto venía acompañado de un sueldo que me permitiría vivir por mi cuenta.

La mayoría de la gente en Boston vivía con un compañero o dos, pero yo estaba sola. Había pensado en responder a algunos anuncios online de búsqueda de compañeros de piso, pero la idea de irme a vivir con un desconocido me daba miedo. Los mendigos no pueden elegir, dijeron, así que debía superarlo. El único problema era que en ese momento no tenía ni siquiera lo suficiente ahorrado para pagar la mitad del alquiler.

Por eso había acabado en el albergue para indigentes, donde había encontrado toda una serie de servicios sociales para ayudarme. Tuve la oportunidad de ducharme, pero sólo en una gran sala con todas las demás mujeres, y eso no me gustó. Había una mesa de recogida en la que podía rebuscar ropa, pero ninguna me quedaba bien o estaba llena de manchas y agujeros. Pero al menos podía comer y dormir gratis, lo que aproveché, porque el asiento trasero de mi coche no ofrecía el apoyo adecuado para mi espalda, y no podía relajarme cuando estaba allí sola.

Como muchas personas sin hogar, reuní lo que necesitaba y trabajé con lo que tenía. Pero las cosas iban a cambiar, podía sentirlo. No sabía por qué, pero estaba segura de que ese era mi día de suerte.

Había decidido llevar mi larga melena pelirroja suelta. La mayoría de las mujeres eran rubias y habían optado por una cola de caballo o por peinados muy elaborados. Sabía cómo trenzar mi pelo y podía haberlo sujetado con horquillas, pero descubrí que los rizos suaves y rojizos me daban un aspecto amigable. Cuando salía con gente, siempre llevaba el pelo suelto.

En mi hombro izquierdo tenía una marca de nacimiento. Adornaba mi piel con una profunda mancha púrpura y me impedía llevar tirantes o vestidos sin mangas. El cuello de mi blusa ocultaba bien la mancha y la cintura alta de mi falda se ajustaba a la moda profesional del momento. Si la suerte me acompañaba, destacaría entre la multitud lo suficiente para tener suerte.

Tuve que esperar dos horas en esa horrible cola antes de poder entrar finalmente en el edificio. Las entrevistas eran de dos a cinco, y ya se acercaban peligrosamente las cinco. Tenía miedo de que nos enviaran al resto de los reunidos a casa sin darnos una oportunidad. Pero a las cinco menos cuarto por fin me dejaron pasar, me permitieron entrar en el ascensor y me enviaron al décimo piso.

En la subida, me convencí a mí misma de que tendría que tener valor. Pasaría esa entrevista. Yo era la persona que buscaban, sólo que aún no lo sabían. Tenía algo que ninguna de las otras poseía. Era organizada y simpática, sabía lo que quería de la vida y era ambiciosa. En esas cualidades me iba a apoyar. Todo el mundo quería a alguien que se esforzara, ya fuera en ventas, en televisión o en atención al cliente. Me probarían cumpliendo todos los plazos y presentando todos los informes antes de que me lo pidieran. Sólo tendrían que avisar al director de Recursos Humanos.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, me encontré de repente frente al hombre más carismático que había visto nunca. Tenía el pelo corto y rubio y unos impresionantes ojos marrones. Sin estar preparada para semejante espectáculo, casi tropiezo, pero rápidamente recuperé la compostura y doblé la mandíbula. Parecía cansado. Eso lo haría mucho más difícil para mí. Si no le quedaba energía para una entrevista, ¿se molestaría siquiera en fingir que le

impresionaban las bazas que le ofrecía? Me armé de valor y estaba decidida a dar lo mejor de mí. Así que salí del ascensor y me presenté. "Buenas tardes", dije. "Me llamo Ava".

Capítulo 3

Nate

Estaba contemplando dar una torta a mi mejor amigo. Peter Warren, más conocido como el Vicepresidente de Diseño de Productos, me había asegurado sin ambages que una entrevista masiva sería la mejor decisión. Se había encargado de todos los preparativos y había corrido la voz por todas partes. El resultado fueron casi cincuenta mujeres diferentes, todas ellas ansiosas por el mismo trabajo.

Afortunadamente, Peter lo había reducido en términos de tiempo. Me había dicho que tenía que estar disponible de dos a cinco y me prometió que para entonces habría encontrado a alguien. Pero no tenía un buen presentimiento sobre mis candidatas. Se podría pensar que con tantas, al menos alguna de ellas valdría la pena, pero no pareció ser el caso esa vez.

Había mujeres que eran hermosas y mujeres que eran competentes, pero no sentí ningún tipo de conexión con ninguna. No quería una mujer que quisiera meterse en mis pantalones, por supuesto, pero tenía que meterse en mi cabeza de alguna manera. Quería una asociación real, alguien que me cubriera las espaldas en una reunión.

Quería ser capaz de mirarla y decirle cosas sin palabras. Si necesitaba que me salvara de un cliente en particular, o si necesitaba un descanso para ordenar mis pensamientos, quería que lo reconociera. Pero no estaba seguro de que ninguna de las mujeres que había entrevistado hasta el momento estuviera en la longitud de onda adecuada.

Cualquiera podría ocuparse de mi agenda. Cualquiera podría atender los teléfonos. Lo que necesitaba era una estrella de rock, y aún no la había encontrado. Pero eso cambió al final del día cuando las puertas del ascensor se abrieron y Ava salió.

La conocí en el pasillo, como a todas las demás candidatas. Acababa de llamar a la recepción para comunicarles que tenía la intención de cumplir el plazo de las cinco. Si no encontraba a nadie ese día, volvía al método más serio de encontrar una secretaria a través de referencias. Si tenía que hacerlo, robaría una.

Todavía estaba pensando en cómo resolver el problema cuando Ava y su larga melena pelirroja me sacaron de mis pensamientos. Iba vestida adecuadamente, aunque no a la moda. Sin embargo, el vestuario no fue un problema, ya que teníamos numerosas líneas de ropa para vestirla. Así no tendría que comprar nada.

Fueron sus ojos los que me convencieron. Había en ellos una cierta chispa que iba más allá de los negocios. Ella era especial y lo sabía. Sentí que volvía a tener algo de energía y estaba deseando sentarme con ella.

"Buenas tardes", dijo, extendiendo su mano hacia mí. "Me llamo Ava".

"Ava", repetí, sintiendo la presión justa al estrechar su mano. "Nate Brockton". Llámame Sr. Brockton".

"Encantada de conocerte", dijo.

Me giré sin contestar y la conduje por el pasillo hasta mi despacho.

"Me sorprende que se entreviste abiertamente", comentó Ava, tratando de mantener la conversación.

"Eso fue una idea de mi amigo Peter", respondí. "Pensó que era la mejor manera de encontrar a la persona adecuada".

"Qué suerte tengo", bromeó, deteniéndose mientras caminaba alrededor de mi escritorio. "Es una oficina bonita".

"¿Eres de Boston?", pregunté. No sentí la necesidad de ir directamente al grano. Había algo innombrable que quería descifrar para determinar si teníamos química.

"Originalmente no, pero he vivido aquí durante mucho tiempo".

"¿De dónde eres?".

"Virginia", respondió, "pero era muy joven cuando nos mudamos".

"¿Vive tu familia aquí?".

Se balanceó nerviosamente sobre sus pies y me di cuenta de que había dado en un punto sensible. Así que entendí que la chica no estaba interesada en hablar de su familia. ¿Quién podría culparla? La familia también era un punto débil para mí, aunque todo el mundo sabía de dónde era.

"Lo siento", dije. "La familia no es relevante para el trabajo. Sólo era curiosidad".

"Está bien", contestó ella, sacudiéndose la incertidumbre de mi irreflexiva pregunta.

"Háblame de ti", abrí la conversación, sentándome para señalar el inicio de la misma.

"Tengo una licenciatura en periodismo con una especialización en estudios teatrales". Se acomodó en la silla frente a mí y mantuvo una postura rígida. "Hice unas prácticas en la emisora local de noticias, donde ayudé a los periodistas a pie de calle".

"¿Qué tipo de cosas hiciste allí?", dije.

"Tomaba mucho café y traía los guiones, pero también me sentaba en las entrevistas y ayudaba en los preparativos".

"¿Qué tipo de preparativos?".

"Por ejemplo, si íbamos a entrevistar a una panadería sobre sus nuevos croissants, llamaba para que el director se sentara con nuestra gente y me aseguraba de que hubiera un expositor de croissants".

"De acuerdo". Eso sonaba como una habilidad que podía ser útil, aunque seguramente cualquier otra aspirante podía hacerlo. Necesitaría a alguien que organizara las reuniones y posiblemente los viajes. Las tareas implicadas serían similares, aunque a una escala mucho mayor. "¿Tiene experiencia en la elaboración de un programa?".

"Sí".

"¿Y en hacer los preparativos de un viaje?".

"Sí".

"¿Qué tan rápido puedes escribir?".

"Cincuenta y cinco palabras por minuto", respondió.

No fue exactamente excepcional, pero tampoco fue terrible. De todos modos, no necesitaba una mecanógrafa, sino alguien que me ayudara a organizarme y a saludar a la gente cuando entraba en mi despacho.

"¿Y los programas informáticos?", pregunté, ya aburrido de las preguntas. A quienquiera que contratara, podría aprender a usar Microsoft Office. No era tan difícil, y había muchos cursos online que podían enseñarle.

"Domino Word, Excel y PowerPoint", dijo. "Soy buena con Google y tengo experiencia con algunos de los programas de gestión de proyectos más comunes".

"¿Conoces la gestión de proyectos?". Me enderecé en mi asiento con interés.

"Los usamos en la universidad", respondió, como si cualquier mujer con un título que hubiera entrevistado hasta el momento hubiera podido decir lo mismo.

"¿A qué universidad fuiste?", le pregunté.

"Lafayette".

Le dirigí una mirada penetrante y la soportó. Ni se retorció y miró hacia otro lado, ni devolvió la mirada. Se limitó a dejarla pasar por encima de ella con la cabeza alta, como habría hecho una verdadera aristócrata. Estaba casi convencido.

"Dime sinceramente por qué quieres trabajar aquí", dije.

Esa vez desvió la mirada. Pude ver que parte de su determinación se desvanecía de sus hombros y me pregunté qué tipo de experiencias había tenido. Cada uno tenía sus propias motivaciones para buscar un puesto tan prestigioso. Esperaba una respuesta general sobre el deseo de estar en la cima de la industria de la moda o hacer carrera en una organización internacional. Pero lo que Ava me contó fue mucho más personal.

"Me involucré con un hombre que quería que me convirtiera en alguien que no podía ser. Intenté cambiarme para encajar en su idea de novia perfecta. Me mudé con él y pensé que estaba

enamorada". Sus ojos volvieron a encontrarse con los míos, y su voz era clara y nítida, aunque un poco tranquila. "Pensaba ser presentadora de noticias, pero me equivoqué de prioridades. Pensé que era más importante que mis sueños, y perdí el rumbo".

Con la curiosidad de ver adónde llevaba eso**,** la dejé continuar. Su rostro era un juego de luces y sombras. Estaba de cara a la ventana, y vi la luz del sol bailar sobre sus rasgos. Se mantuvo erguida incluso cuando reveló su mayor debilidad. Entonces supe que tenía que tenerla, como mi secretaria, por supuesto, no como mi amante. Sería perfecta para guiar a la gente a mi oficina y gestionar mis archivos, tanto digitales como en papel. Sabía lo importante que era la preparación operativa y necesitaba ese trabajo más que ningún otro. Ella me demostraría que valía la pena tenerla en cuenta, y yo sabía que no se podía comprar la motivación.

"Quiero este trabajo porque ahora mismo estoy luchando por encontrarme de nuevo a mí misma", concluyó Ava. "He perdido el rumbo, pero estoy decidida a no dejar que nada me detenga de nuevo. Seré la mejor secretaria ejecutiva de la que hayas oído hablar si me das una oportunidad".

La miré directamente a los ojos y le dije: "Estás contratada".

Parpadeó, sorprendida por mi repentina afirmación. "¿De verdad?".

"Sí, de verdad. Vamos a meterte en Recursos Humanos". Cogí el teléfono y pulsé el botón. "Voy a mandar a Ava...".

"Stan", dijo.

"¿Stan?", repetí. No era lo que esperaba y sonaba más a estudiante de fiesta que a pelirroja de piernas largas.

Ella sonrió. Era evidente que ya se había enfrentado a ese tipo de confusiones. "Sí, Stan".

"Eso suena como un nombre de pila", dije.

"Ya me han dicho eso".

Volví a mirarla para ver si estaba bromeando, pero su rostro mostraba exactamente el tipo de paciencia que uno esperaría de una persona con un apellido extraño. Me incliné sobre el intercomunicador para continuar mi conversación con Recursos Humanos.

"Voy a enviar a Ava Stan abajo. Va a trabajar conmigo, así que necesitará una identificación y un ordenador y todo eso". Miré a Ava y apenas escuché la respuesta de Recursos Humanos.

"El departamento de personal está en el segundo piso", dije. "Baja por el ascensor y ve inmediatamente a la izquierda. Es la tercera oficina a la derecha".

"Izquierda, tercer despacho a la derecha", repitió.

"Segundo piso", añadí.

"Segundo piso", repitió, poniendo en orden toda la información que tenía en su cabeza. "Gracias".

"De nada", respondí. "No me decepciones".

"No lo haré, señor".

Observé cómo salía despreocupadamente de la habitación, sin correr, pero sin entretenerse tampoco. Su zancada era decidida y resuelta, lo que aprecié. No tenía forma de saber a cuántas rubias fuera de serie había entrevistado en las horas anteriores, pero ella las había superado a todas con creces.

Satisfecho conmigo mismo por haber resuelto el problema del escritorio y el de la secretaria, me di cuenta, en retrospectiva, de que probablemente había llegado el momento de trabajar de verdad. Tendría bastantes reuniones que había pospuesto, pero Ava podría reprogramarlas una vez que empezara. La mejor manera de emplear mi tiempo era ponerme a trabajar cuanto antes en la empresa. Ya sabía del negocio y tenía más conocimientos que la mayoría, pero siempre había algo nuevo que aprender. Durante una hora miré los informes trimestrales y luego decidí dar por terminado el día. A la mañana siguiente volvería a empezar, con una empleada competente a mi lado.

Capítulo 4

Ava

Tuve miedo hasta que llegué al departamento de personal. Estaba muy nerviosa por si lo estropeaba todo, aunque ya tenía el contrato en el bolsillo. Mi postura era rígida, pero seguía siendo cortés y sonreía a menudo, aunque no era una sonrisa de verdad. Charlé con la representante de Recursos Humanos mientras me guiaba para inscribirme en el sistema de nóminas. Me dio una tarjeta de identificación y un cordón, comprobó mi documentación y escaneó mis huellas dactilares.

"Eso es sólo para asegurarnos de que no tienes antecedentes penales", explicó.

"¿No se hace eso en la comisaría?", pregunté extrañada.

"Sólo enviamos las huellas dactilares a la policía y ellos hacen la comprobación de antecedentes", respondió la mujer. "Así es más barato para nosotros. Además, es mucho más rápido". Se inclinó hacia delante de forma conspiradora. "Se puede tardar hasta un mes en conseguir una cita con la policía de Boston para tomar las huellas dactilares".

"¿Un mes?", repetí, haciéndome la sorprendida.

"Con eso, tendremos los resultados antes del fin de semana".

"¿Significa eso que tengo que esperar a que me avises?", pregunté.

"Oh, no", respondió ella con una sonrisa. "Eso es sólo una formalidad, empiezas mañana".

Contuve la respiración. Eso era mejor de lo que esperaba. No sólo había conseguido el trabajo, sino que ni siquiera tenía que esperar y podría empezar a ganar dinero al día siguiente, lo que me acercaría bastante a mi objetivo de mudarme a mi propia casa.

Al cabo de un rato, por fin dejé atrás el proceso de contratación y me dieron el alta. El único problema era que no tenía adónde ir. Quería ir de fiesta, salir y regalarme una comida elegante o unas copas. Pero no podía permitirme malgastar mi dinero en esos lujos.

Me dirigí al aparcamiento y volví a subir a mi coche. Me costó quince dólares pagar el parking. El representante de personal me había dicho que podía comprar una tarjeta de aparcamiento mensual, pero eso superaba con creces mi presupuesto. Tendría que encontrar una manera de evitar las tarifas de aparcamiento. Tal vez podía aparcar fuera de la ciudad y coger el transporte público para ir al trabajo todos los días. Eso sería al menos una solución temporal hasta que pudiera pagar una plaza de aparcamiento.

Me detuve en el mostrador y entregué algunos de mis preciados dólares. Desgraciadamente, no tenía la suficiente confianza para preguntar si podían devolverme el ticket de aparcamiento, pero no me lo ofrecieron. Sospechaba que la gente no creía que esas pequeñas cuotas fueran importantes. Para los que teníamos pocos medios, era un problema, pero la gente que tenía un

buen sueldo en su trabajo probablemente ni se lo planteaba.

Conduje hasta el refugio para indigentes pensando que allí conseguiría una comida caliente y una ducha. Pero cuando llegué, aunque me dejaron entrar, me dijeron que no había camas disponibles. Eso significaba que tenía que dormir en mi coche. Me tomé la noticia lo mejor que pude, pero no fue precisamente la mejor solución. No podía estirarme bien en el asiento trasero y las hebillas del cinturón de seguridad se me clavaban en la espalda. Bueno, al menos estaba seca y me ofrecía cierta protección contra el frío. Además, ya tenía un trabajo al que aspirar. Sólo con eso podría haberme mantenido caliente durante una ventisca. Tenía un trabajo, las cosas estaban mejorando a partir de ese momento.

Cogí mi bolsa de aseo y mi muda de ropa del asiento trasero. Luego cerré el coche y lo aparqué justo detrás del edificio bajo las farolas y a la vista del personal. Nadie se atrevería a acercarse a mi coche siendo tan visible. Eran los callejones oscuros y sin salida los que tenían que preocuparme.

Me dirigí apresuradamente a los vestuarios, evitando como podía a todo aquel con el que me cruzaba. Allí vi a un par de señoras mayores de pie y desnudas en medio de la sala, así que mantuve la vista en el suelo y me acerqué a las paredes mientras seguía mi camino. Pasados los aseos, había cuatro cabinas de ducha. Dos de ellas estaban vacías y elegí la más cercana al fregadero. Aunque nunca había sido víctima de violencia en el refugio, eso no significaba que debiera descuidarme. No creía que fuera buena idea darme una ducha demasiado larga. Era mejor entrar y salir, lavarse y seguir adelante.

Tuve que rasurarme, así que me llevó un poco más de tiempo, pero después de tanto rato en la carretera, era una profesional. Podría rasurarme todo el cuerpo en menos de diez minutos, más cinco minutos para lavarme el pelo y dos más para lavarme la cara. Eso era todo lo que necesitaba. Mientras me lavaba, mantenía los oídos atentos para escuchar si había problemas fuera. No sería bueno que me pillaran desprevenida. Aquello no era una prisión, pero era lo más parecido.

Finalmente, terminé mi ducha sin incidentes, me sequé y me puse lo que se consideraba un pijama. Lamentablemente, no pude ponerme cómoda con un jersey de punto o una camiseta hasta la rodilla, pero sí con un pantalón de chándal y una sudadera. Eso me mantendría caliente, y la tela era elástica. Si hubiera ocurrido algo en medio de la noche, me habría vestido adecuadamente para hablar con la policía. Pero si me dejaban dormir, estaba lo suficientemente cómoda.

Esperé hasta que se distribuyó la cena. Hubo pastel de carne, preparado y servido por la congregación de la Sinagoga Beth Shalom. Siempre me aseguré de dar las gracias a todos los voluntarios que iban al hogar. Después de todo, no estaban obligados a gastar su tiempo y energía en nosotros. Pero como las comidas caseras estaban riquísimas, no me costó nada ser amable.

Mientras estaba allí, entablé conversación con una de las mujeres que distribuían la comida. Estudiaba en el Máster, pero por lo visto prefería hacer buenas obras antes que salir de fiesta y pasar la noche en vela.

"Eres un pájaro extraño", dije con una sonrisa.

Se encogió de hombros. "He conocido a mucha gente estupenda gracias a este trabajo".

"Yo no he conocido a tanta gente estupenda", respondí. "Aunque espero no estar aquí mucho tiempo".

"Espero que encuentres pronto el camino", dijo, volviéndose a la cola y cortando otro trozo para el siguiente indigente.

"Tengo un título universitario", le revelé.

Me miró sorprendida y al momento contestó que la mayoría de la gente pensaba que la falta de vivienda era un problema de los desempleados, de los que abandonan la escuela o de los veteranos militares perdidos en batallas lejos de casa. No le decía a mucha gente que era un sin techo, pero cuando conocía a alguien en el albergue, me gustaba disipar esas ideas preconcebidas. Si me pasó a mí, le podía pasar a cualquiera. No me avergonzaba de ello, aunque anhelaba desesperadamente el fin de mi estancia en la calle.

Cuando salí del refugio esa noche, me subí a mi coche y conduje hasta un lugar que me gustaba. Estaba en un callejón detrás de una tienda de comestibles. Había luces alrededor, así que no me asusté demasiado, pero nadie volvió por allí después de que la tienda cerrara.

Aparqué el coche, lo apagué y me subí al asiento trasero. Mi teléfono estaba cargado, así que lo utilicé para navegar por mis redes sociales. Saber cómo les iba a mis amigos no me hizo sentir mejor sobre mi propia situación, pero tampoco me hizo sentir peor. Algunos tenían hijos y mascotas que exhibían con orgullo, lo que me hizo sonreír. Otros tenían un estilo de vida que defendían, como el veganismo o el motociclismo. Algunos de ellos estaban locos, y sus desplantes cargados de maldiciones me hacían sentir que estaba en la cumbre de la cordura.

Después de echar un vistazo, cerré la página sin publicar mi propia actualización. Nunca he revelado mucho sobre mí en Internet. La foto que utilizaba era de mi segundo año en la universidad, y no me había molestado en sustituirla por una nueva. Sabía que Marcus me estaba siguiendo y no quería darle ninguna pista sobre cómo me encontraba en ese momento. Que se preocupara, como el resto del mundo. No tenía intención de arrojar luz sobre el asunto.

Puse el despertador para tener tiempo suficiente para lavarme y vestirme. El albergue para indigentes abría a las siete y yo tenía que estar en el trabajo a las ocho y media. Así que tendría un total de hora y media.

Mientras me espabilaba, me deleitaba con la gloriosa certeza de que eso de acampar en el coche terminaría pronto. Todo lo que tenía que hacer era poner unos cuantos cheques más en el banco y todo estaría hecho. Según Recursos Humanos, me pagarían cada quince días. Eso significaba que sólo viviría así un mes más. Después podría despertarme en mi propia cama y ducharme sin tener que mirar constantemente por encima del hombro. Soñaba con esa vida y con toda la paz y la seguridad que me aportaría una vivienda.

Pero me pareció que sólo habían pasado unos instantes cuando, de repente, el estridente ruido

de mi despertador llegó a mi oído y me desperté. Lo apagué y me froté los ojos. Luego me subí al asiento, me puse al volante y volví al refugio con tiempo de sobra. Por un momento pensé en frotarme con pañuelos de papel, como había hecho el día anterior, pero decidí no hacerlo. Tenía que causar una buena impresión. Aquello fue una entrevista en la que no estaba segura de mis posibilidades. Pero en ese momento ya tenía el trabajo, y tenía que mantenerlo, así que tendría que ducharme por la mañana.

Volví a realizar todo el procedimiento y salí con ropa adecuada para la oficina. Por desgracia, no podía dejar mi coche en el refugio todo el día por miedo a que no fuera seguro y el personal hiciera que se lo llevara la grúa, y tampoco podía pagar el aparcamiento. Así que decidí aparcar el coche en algún lugar cercano. Mientras conducía por las calles de la ciudad, descubrí un estrecho callejón sin parquímetros. Allí me paré en un espacio estrecho durante diez minutos hasta que por fin estuvo bien aparcado. Entonces salí y cerré el coche. Todavía tenía quince minutos para llegar al trabajo.

Me apresuré a caminar por la calle, sin poder acostumbrarme a los tacones que llevaba. Sin embargo, llegué a tiempo. En la puerta, le mostré al guardia de seguridad mi identificación y me explicó por dónde tenía que pasarla. Me abrí paso en la sala de recepción y causé una buena impresión en mi primer día.

Sin perder tiempo, tomé el ascensor hasta el séptimo piso. Cuando salí, me dirigí a la oficina del Sr. Brockton. Encontré el mostrador de recepción fuera de su oficina, vacío. Suponiendo que me sentaría allí, probé la silla y abrí algunos de los cajones para examinarlos. No había archivos, bolígrafos, papeles o clips en ellos. Parecía que el escritorio era nuevo o que lo había limpiado un profesional.

Tampoco había nada en la superficie, así que no tenía nada con lo que trabajar. Había un teléfono con varias líneas. Me agaché para leer el texto que había debajo de algunos botones. Todo lo que decía era adelante, espera, línea 1, línea 2. Parecía bastante simple. Podría hacer esa parte del trabajo sin ningún problema. Sin embargo, tendría que preguntar por un ordenador y no había mejor momento que ese.

Me levanté, llamé a la puerta del despacho y esperé un minuto entero antes de oír un cortante "¡Pasa!".

Empujé la puerta y entré, lo suficientemente familiarizada con el interior de la habitación como para relajarme y esperar mientras mi nuevo jefe, que estaba hablando por el móvil y paseando por la habitación, terminaba su llamada. Me miró y levantó un dedo. Le asentí con la cabeza. Por supuesto que esperaría.

Me di cuenta de que había una bandeja de pasteles en una mesa auxiliar debajo de un espejo. Era casi absurdo ese contraste entre la oficina del Sr. Brockton y el refugio para indigentes. Todo allí era institucional, con azulejos sucios y papel pintado desconchado. Las luces de neón brillaban por todas partes y las cucarachas correteaban por las esquinas.

Pero en el despacho del director general, las ventanas estaban cubiertas con finas cortinas y una pesada malla que dejaba pasar la luz sin cegar. La alfombra bajo mis pies era suave e impecable,

o bien estaba recién aspirada esa misma mañana o era nueva. La sala era grande y fresca, dividida en diferentes zonas por paredes de cristal y sofás. Los pasteles estaban en una bandeja junto a una jarra de plata que contenía café o agua caliente. Intenté no pensar en ello, pero sentí que mi estómago gruñía. No había comido desde el pastel de carne del refugio. Los pasteles tenían un aspecto delicioso, decorados con un brillante glaseado de azúcar.

Un momento después, el señor Brockton colgó y me miró como si no me hubiera esperado o como si hubiera hecho algo malo. Pasé nerviosamente de un pie a otro bajo su intensa mirada, preguntándome si había tomado la decisión correcta de aceptar el trabajo. Parecía brusco y arrogante, dos cualidades que me desanimaron. Pero había algo en él que me hacía pensar que había algo más de lo que sugería su exterior arrogante.

"Eres puntual", comentó.

"Por supuesto", respondí.

"¿Ya te has instalado?".

"Sí, pero, ¿a quién puedo dirigirme para pedir un ordenador?".

"Sí, por supuesto". Se dirigió a su escritorio, comprobó algo en la pantalla de su ordenador y frunció el ceño. Por un momento pensé que se había olvidado de mí. Parecía muy absorto en el mensaje que estaba leyendo. Pero entonces se volvió hacia mí y me dio la información que necesitaba. "Baja abajo. Ellos se ocuparán de ti".

"¿Dónde exactamente?", pregunté.

"Cuarto piso. Habitación 417".

No pude evitar echar otra mirada anhelante a la bandeja de pasteles. Esa vez el Sr. Brockton se dio cuenta y me ofreció uno. Me negué por principio, no quería parecer codiciosa en mi primer día. Pero me aseguró que eran para todos y que era imposible que se los comiera él, y me indicó que le haría un favor si me llevaba uno o dos.

Me lamí los labios y me obligué a caminar con calma hacia la mesa auxiliar en lugar de abalanzarme sobre ella. Al final cogí dos rosquillas rellenas de mermelada, porque me había dicho que podía coger dos y una servilleta. Al salir de la habitación, no pude resistirme a morder uno. Podría haber sido más apropiado esperar hasta que estuviera de vuelta en mi escritorio, pero me estaba muriendo de hambre.

Me dirigió una mirada interrogativa, que simplemente ignoré. No había estado fingiendo nada. Yo era quien pretendía ser. No me había preguntado de dónde sacaba las comidas, y yo no se lo había dicho. Si asumió que tenía un interés desmedido por los platos del desayuno, no era lo peor del mundo.

Me senté a terminar mi desayuno antes de ir en busca de un ordenador. También fue bueno que me tomara mi tiempo para comer, porque después no tuve la oportunidad. Se necesitaron horas para realizar todos los trámites burocráticos y para que el departamento de informática me

proporcionara un ordenador. Y tardé otras tres horas en poder ordenar todas las citas del Sr. Brockton y asegurarme de que todo estaba listo para la jornada.

Nadie pareció darse cuenta de que me estaba saltando el almuerzo, y tampoco iluminé a nadie al respecto. No tenía dinero y no había llevado nada. Tampoco habría tenido sentido tomarme una hora entera libre para sentarme en la sala de descanso y jugar con el móvil. Cuando por fin volví al refugio más tarde, ya estaba medio muerta de hambre. El guiso nunca me supo tan bien.

Capítulo 5

Nate

No me había pasado desapercibido cómo había mirado Ava los pasteles. Personalmente, a mí no me gustaban mucho. Mi madre los encargó suponiendo que necesitaba algo que ofrecer a mis clientes y visitantes. La verdad es que estaban muy bien para ese fin, y de vez en cuando también me daba un capricho. Todas las mañanas, antes de que yo llegara, los llevaban frescos de la panadería. Eso también fue idea de mi madre, ya que consideraba que era importante apoyar la economía local y que podría conseguir la aprobación del ayuntamiento si apoyaba a un pequeño negocio de esa manera.

A mi padre, en cambio, le gustaba demostrar su poder. Siempre había tenido cuidado de exprimir los nuevos negocios del mercado de la ropa. Siempre que se fijaba en un nuevo diseñador con potencial lo incorporaba a la empresa antes de que pudiera suponer una amenaza. Esa había sido su forma de eliminar la competencia. La mayoría de las veces, había utilizado trucos sucios.

Años antes, había sido testigo de cómo desmantelaba una empresa rival hablando mal de su marca hasta que lo único que les quedaba eran cajas de productos de los que no podían deshacerse, a las que él se había abalanzado, comprando todos los productos con descuento y donando generosamente la ropa a un país del Tercer Mundo.

No sabía cómo se habían encontrado mis padres, porque hasta donde yo sabía eran absolutamente diferentes. Esperaba haber heredado lo mejor de cada uno de ellos, y quería creer que podría ser duro cuando lo necesitara, y al mismo tiempo servicial y cariñoso cuando la vida requiriera ser más suave.

Esa era exactamente la impresión que tenía de Ava. Era puntual y eficiente, pero había algo en ella que no era habitual. Tenía que ver con la forma en que miraba el pastel. Tuve la sensación de que no comía mucho, y no precisamente por elección.

La mayoría de las mujeres con las que salía tenían aversión a cualquier cosa que tuviera carbohidratos. No se acercarían a esos productos horneados ni aunque su vida dependiera de ello. Ava era todo lo contrario. Todas las mañanas se tomaba dos para desayunar y luego no la veía comer nada durante el resto del día. Es cierto que estaba ocupado y no podía estar al tanto de las horas de descanso de mi secretaria, pero no veía que se tomara sus descansos para comer.

Ni una sola vez la vi en otro lugar que no fuera la puerta de mi despacho. Su trasero estaba firmemente plantado en su silla y atendía todas las llamadas al primer timbre. No podía quejarme. En sólo tres días, había conseguido limpiar la basura de todo un año que Lauren había dejado atrás. De repente, podía encontrar archivos en la unidad compartida, y las notas de cada una de mis reuniones llegaban a mi bandeja de entrada con antelación, por lo que tenía mucho tiempo para revisarlas.

Sabía que había tomado la decisión correcta, pero también estaba confundido. ¿Cuál era esa

extraña dieta en la que desayunaba azúcar y nada más? ¿Por qué esperaba todas las mañanas a que le ofreciera los productos horneados en lugar de llevarse otra cosa? ¿No se daba cuenta de lo que era? Era un plato de comida para compartir, no mi reserva personal.

Decidí preguntarle la próxima vez que la viera.

Entonces, el jueves llegó a la oficina, dispuesta a tomar notas. Tenía la costumbre de enumerar las cosas que quería que se hicieran y me alegraba de que hubiera empezado a llevar un cuaderno de notas a nuestras reuniones. Justo cuando abrí la boca para repasar los acontecimientos del día, la vi asomarse de nuevo a un lado.

"No tienes que preguntar antes de coger un trozo", dije.

Me miró con una mirada salvaje y de disculpa, como si la acabaran de pillar haciendo algo prohibido. Me puse de pie y caminé alrededor de mi escritorio para disipar un poco la tensión.

"¿Por qué estás tan loca por los pasteles?".

Desvió la mirada, con una sonrisa avergonzada en los labios. "No estoy loca".

"¿Te tomas tus descansos para comer?".

Se enderezó hasta alcanzar su máxima altura y pareció darse cuenta de que se metía en problemas. "No".

"Tienes que tomarte tus descansos", dije. "Aprecio su entusiasmo, pero hay derechos laborales".

"De acuerdo", aceptó.

"¿Hay alguna razón por la que sólo comes en el desayuno?". Sabía que no era de mi incumbencia, pero tenía curiosidad. Así que decidí dejar que me dijera que no quería hablar de ello en lugar de asumirlo. Si estuviera equivocado, dejaría el tema. Pero si yo tenía razón y había una historia detrás de su extraño comportamiento, entonces tal vez era algo en lo que podíamos trabajar.

Miró a la ventana y luego a la lámpara. Fijó su mirada en todo menos en mi cara. Cuando por fin habló, su voz era cortante, sus labios finos y sus ojos entrecerrados. "Actualmente no tengo hogar".

No estaba seguro de lo que había oído. "¿Perdón?".

"Actualmente no tengo hogar", dijo de nuevo. "Duermo en mi coche o en el refugio para indigentes si tienen sitio allí".

"Mierda", gemí antes de poder detenerme. Y esa era la versión censurada. La palabrota que estaba pensando no era ni de lejos tan inocua.

"Es sólo hasta que me paguen", continuó apresuradamente, alarmada por mi reacción.

"Tenemos que encontrarte un alojamiento", dije. No vi otra salida. Mi negocio era el orgullo de mi familia, y el personal era parte vital de la operación. Necesitaba que cada uno de ellos estuviera en plena forma y que no tuviera problemas para conseguir una cama para dormir. También estaba el deseo personal de ver a Ava bien cuidada. Sin embargo, no quería admitir que estaba preocupado, así que descargué mi ira. ¿Cómo se atrevía a llegar a esa situación? ¿No se daba cuenta de que ser mi secretaria conllevaba cierta responsabilidad?

"No pasa nada", insistió, "no es tan grave".

"¿Dónde dormiste anoche?".

"No quiero decírtelo", respondió ella.

"Cuéntame", ordené.

"En mi coche. Detrás del supermercado".

La miré críticamente. Era tan estoica como el mascarón de proa de un barco en el mar, inamovible e imperturbable ante las furiosas olas. Eso no me gustó nada. No quería pensar en ella acampando detrás de una tienda de comestibles toda la noche. Me dije a mí mismo que era sólo por la compañía. No podíamos permitir que alguien tan talentoso y profesional como Ava se pusiera en peligro cada noche. Tenía que haber alguna norma contra ese tipo de cosas en el código de conducta.

"Te daré un adelanto", dije.

"No, gracias", respondió ella.

"Bueno, entonces puedes quedarte en uno de mis pisos".

"No creo que eso sea apropiado", respondió ella.

"¿Qué sería lo apropiado?", pregunté desafiante. "¿Dejarte dormir fuera otra noche?".

"Estaré bien, y no necesito ninguna ayuda", dijo con un poco de énfasis.

Pude ver que estaba vacilando. Ella quería su propio lugar, con una cocina y una puerta con cerradura, pero no quiso aceptar mi ayuda, Ava era terca y tenía orgullo. Se avergonzó de que yo intentara obligarla a aceptar ayuda.

En realidad, en mis experiencias con la mayoría de las mujeres, había encontrado exactamente lo contrario. Había comprobado que la mayoría de las mujeres con las que trataba aceptaban inmediatamente cualquier regalo que les diera. Hasta un piso, supongo. No me imagino a ninguna de mis compañeras de juego teniendo problemas con que les quisiera mejorar su nivel de vida.

Con el corazón encogido, me obligué a refrenar mis instintos protectores, dándome cuenta de que en el futuro tendría que tener mucho cuidado de no sorprenderla con buenas intenciones. Había pensado que podía comprar cualquier cosa con mi dinero. Poseía un yate y propiedades

inmobiliarias que se extendían por toda la costa, pero nada de eso le importaba a Ava. No tenía intención de aceptar ayuda, por mucho que la presionara, y yo lo respetaba.

Sin embargo, no estaba dispuesto a dejar el asunto en paz. Necesitaba un hogar, y yo no podría dormir bien en mi propia cama si supiera que ella estaba por ahí durmiendo en su coche. Simplemente no estaba bien. Aun así, lo dejé pasar. Por el momento.

Cuando esa vez cogió algunos de los pasteles, lo hizo a regañadientes. Sabía que la estaba observando y que ahora entendía lo que estaba haciendo. Me di cuenta de que los pasteles eran probablemente la única comida que recibía y que esa era la razón por la que tomaba dos trozos.

Mis pensamientos volvieron al instante a la pregunta de cómo podía ayudarla. Estaba orgullosa de no aceptar mi ayuda, pero quizás habría una forma de hacerla entrar en razón. Era una de mis empleadas y, en consecuencia, merecía mi apoyo. Al menos eso fue lo que me dije a mí mismo. En mi mente aparecieron imágenes de albergues para indigentes y no pude quitarme de encima la repugnancia que esas escenas me provocaban. La impotencia no era un sentimiento que pudiera manejar bien.

Mientras veía a Ava salir de nuevo de la habitación, con las manos llenas de caramelos, decidí llamar a mi madre. Mariah Harris sabía exactamente cómo ocuparse de la gente. Era la reina del afecto insistente. Si había alguien que sabía cómo ayudar a Ava, era mi madre.

Capítulo 6

Ava

Casi esperaba que el Sr. Brockton me prohibiera salir del edificio esa jornada. A lo largo de nuestra conversación había parecido que cada vez demostraba más su dominio. Era el director de la empresa y además, mi jefe. Sabía que podía resolver lo que quisiera. Y entonces sólo me quedaría una desagradable decisión. ¿Me quedaría y aceptaría su ayuda o renunciaría y abandonaría mi única línea de vida?

Si no hubiera tenido tanta hambre, nunca habría devorado el pastelito del desayuno, y él nunca se habría enterado de nada de eso. Habría seguido creyendo que yo era una empleada más, normal y sin problemas.

Aunque era bastante bonito lo cariñoso que se había vuelto conmigo. Habría sido fácil para mí aceptar su ayuda, más fácil incluso que irme. Pensé en su oferta de proporcionarme un piso. Por supuesto, poseía varios que estaban vacíos y a la espera de ser alquilados. Podría utilizar mi sueldo para pagar el alquiler y vivir sin preocupaciones mientras tanto. Pero esa no era yo.

No podía aceptar esa ayuda, por mucho que me presionaran. Eso era algo que tenía que hacer por mi cuenta. No quería que pensara que no podía manejar mi propia vida. El hecho de que tomase malas decisiones y terminase en la calle, no significaba que no pudiera cuidarme. Sólo necesitaba un poco de tiempo.

En dos meses, todo estaría resuelto. Ya no faltaba mucho para que pudiera mudarme a un piso y permitirme comer. No necesitaba una limosna, pero sí el trabajo. Sólo esperaba que no me obligara a aceptar su ayuda. Me sentí desgarrada. Sí, necesitaba el dinero, pero quería ganarlo honestamente. Para mi gran alivio, no lo vi durante el resto del día. No me pidió que volviera a su oficina para hablar de nuevo, ni intentó conseguirme un lugar para pasar la noche.

Volví al albergue para indigentes y descubrí que tenían una cama para mí. Por lo menos no tendría que pasar la noche fuera sola. Cené con los demás residentes y luego me acosté a dormir en la cama plegable que me habían asignado. No era la cama más cómoda, pero era mucho mejor que el asiento trasero de mi coche.

Mientras intentaba ponerme cómoda, recordé cómo había sido cuando dormí con Marcus en su cama de matrimonio, en un colchón en el que se había gastado dos mil dólares. El colchón era firme y suave al mismo tiempo. Siempre había dormido bien allí, y aunque el refugio era mejor que mi coche, no podía relajarme del todo cuando estaba rodeada de otras mujeres sin hogar. Nunca se sabe cuándo alguien puede interesarse por ti o por tus pertenencias. Eso significaba que tenía que dormir con un ojo abierto. Era una forma horrible de vivir, y pensé con nostalgia en la sugerencia del señor Brockton.

¿Sería tan malo dejar que me ayude? Si me dejara vivir en uno de sus pisos, podría pagarle. Podría trabajar horas extras, podría pagarle a plazos. Cualquier cosa sería mejor que esta miserable existencia.

Pero era demasiado orgullosa. No quería aceptar su ayuda. Simplemente no estaba bien. Me dormí soñando con sábanas limpias. A la mañana siguiente comprobé mis cosas para asegurarme de que todo seguía allí. Afortunadamente, nadie las había tocado durante la noche.

Volví a la ducha y me apresuré a salir lo antes posible. Evité a la mayoría de las otras mujeres lo mejor que pude, aunque algunas eran difíciles de evitar. Había una niña con su madre que se negaba a dejarme sola. Me siguió por el vestuario y me preguntó por mi ropa y mis artículos de aseo.

"¿Tienes un trabajo?", preguntó.

Me limité a asentir, sin querer entrar en una conversación. Debía tener unos seis años y me daba pena. Ya era bastante duro vivir en un lugar así como adulto, y no podía imaginar lo que debía ser para una niña. Ella se merecía un piso nuevo y un lugar seguro para jugar más que yo. Me pregunté qué pensaba la escuela sobre su situación de alojamiento, y me di cuenta de que probablemente no lo sabían. No era la única que tenía orgullo. Muchas de las mujeres que vivían en el refugio no dejaban que se supiera aquello.

Cuando terminé de peinarme, me escabullí silenciosamente del baño. Llevaba la misma ropa que había llevado a la entrevista y sabía que el señor Brockton lo notaría. Sin embargo, no tenía mucha ropa para la oficina. Ni siquiera había suficientes trajes para llevar algo diferente cada día.

Realmente necesitaba resolver eso. No podía dejar que el resto del personal se enterara de que estaba en una situación difícil. Pronto se darían cuenta de que llevaba las mismas tres combinaciones cada semana. Pero no podía permitirme ropa elegante. Tenía que guardar todo el dinero para el nuevo piso.

Conduje el coche de vuelta al mismo aparcamiento. Me había dado cuenta de que casi siempre había un sitio libre para mí cuando iba a trabajar temprano. Sin embargo, esta vez todos los espacios estaban ya ocupados y tuve que conducir un poco más lejos para encontrar una calle libre. Mientras aparcaba, miré el indicador de combustible. Se acercaba peligrosamente a la reserva, algo de lo que tendría que ocuparme antes de mi primera paga. Parecía que mis gastos no tenían fin.

Salí y cerré el coche. *Posiblemente pueda pedir prestado algo de dinero al albergue de indigentes para la gasolina.* Había algunos programas de apoyo para los trabajadores. Y si no podían ayudarme con la gasolina, estaba segura de que tenían billetes de autobús. En cualquier caso, me pareció que lo mejor era recurrir a la organización que me proporcionaba alimentos.

Llegué justo a tiempo, pasé mi identificación y tomé el ascensor hacia arriba, donde me senté en mi escritorio para hacer algunas cosas antes de mi reunión matutina con el señor Brockton. Encendí el ordenador y revisé los correos electrónicos para ver qué había en la agenda de ese día. No había emergencias ni nada urgente de lo que hubiera que ocuparse. Eso significaba que podía trabajar en el boletín y en los memorandos internos que el Sr. Brockton quería que escribiera. Había todo un departamento gráfico y un departamento editorial que se encargaba de los memos, pero el director general era el responsable del contenido. Me pidió que recogiera algunas estadísticas de los informes trimestrales y los nombres y currículums de todo el nuevo personal,

incluido el mío. Todo eso se resumiría en un amistoso correo electrónico de la empresa que llegaría a la bandeja de entrada de todos la semana siguiente.

Esperé a que fueran las nueve y media, cogí un bolígrafo y un papel y llamé a la puerta del señor Brockton.

"¡Entra!", dijo.

Entré en la sala, preparada para otra reunión matutina, sólo para descubrir que él ya estaba en una reunión. Una hermosa mujer de llamativo pelo rosa estaba sentada frente al director general, con las piernas cruzadas bajo un vestido sencillo y a la moda. Dudé, sin saber si debía interrumpirla.

El Sr. Brockton me hizo un gesto para que me acercara y ambos se pusieron de pie. "Ava, es mi madre, Mariah Harris. Mamá, ella es Ava".

Mariah me tendió la mano, y yo cambié mi cuaderno a la otra mano para saludarla. Me agradó al instante. No estaba segura de si era su carisma amistoso o su cálida sonrisa, pero había algo en Mariah Brockton que me tranquilizaba.

"Ava", dijo, "he oído hablar mucho de ti".

Le dirigí una mirada fulminante a mi jefe, olvidando por un momento que era mi jefe. Evidentemente, había informado a su madre sobre mi situación vital. ¿De qué otra cosa iba a hablar? Sentí que mi columna vertebral se endurecía. No tenía ni idea de adónde llevaría esa conversación, pero no podía ser buena. La madre a menudo se sentía obligada a cuidar de los empleados de su hijo. Debía ser por eso que estaba allí, y lo que inicialmente había pensado que sería una reunión, parecía más bien una encerrona.

Pasé con inquietud de un pie a otro, sin saber qué decir. Pero no tenía que preocuparme, porque Mariah continuó como si no hubiera ningún problema.

"Estamos muy contentos de tenerte a bordo", dijo la mujer. "Nate me ha dicho lo puntual y organizada que eres".

Le dirigí al director general otra mirada amarga. ¿Puntualidad y organización? ¿Eso fue lo mejor que se le ocurrió? Se lo mostraría. Sería la mejor secretaria que jamás hubiera visto. Siempre que pudiera salir viva de aquella habitación.

"¿Por qué no coges uno de los donuts?", preguntó Mariah.

"No quiero nada, gracias", mentí.

"Mentira". Se acercó a la mesa donde estaban los pasteles y los llevó al escritorio de su hijo. Luego sirvió tres tazas de café y las colocó junto al plato para que todos pudiéramos servirnos.

Suspiré. Parecía que iba a ponerme comida delante, la quisiera o no. Se sentó en una silla y me indicó que me sentara en la otra. El Sr. Brockton ocupó su lugar detrás del escritorio y tomó una taza. Parecía el mismísimo diablo mientras cogía un pastelito y lo mordía con fruición. Mariah

también cogió uno, junto con una servilleta para recoger las migas. No tuve más remedio que hacer lo mismo.

La pequeña comida del desayuno estaba muy bien. Empecé a depender de él rápidamente para pasar el día. Los productos horneados fueron un comienzo dulce y cálido del día y tuve que admitir que me alegré de poder comer algo. No se me escapó cómo Mariah había orquestado todo el asunto. Al sentarme en el escritorio, me había dado permiso para llenar mi barriga. Era casi como si tuviera experiencia en animar a la gente que no quería cuidarse.

"Las compré en la panadería de la esquina", me dijo.

"Son muy buenos", dije, dirigiendo a mi jefe una mirada de disculpa. No era su culpa que yo fuera una indigente. No debería ser tan antipática cuando lo único que él quería era ayudar.

Me miró con una expresión de serenidad que habría encajado más en una partida de póker que en un desayuno familiar. Obviamente era muy bueno en su trabajo. Me imagino que la capacidad de ocultar sus sentimientos probablemente le resultó muy útil en la sala de juntas. Probablemente no era ajeno a las negociaciones tensas.

"Creo que es importante apoyar nuestra economía local", continuó Mariah.

Pude ver que estaba trabajando en lo que me iba a preguntar. Bueno, no se lo iba a poner muy fácil. Todos sabíamos que el verdadero motivo de esa reunión era discutir sobre mi situación, pero no quería tener esa conversación ni en ese momento ni en el futuro. Si mantenía la boca cerrada, tal vez me dejaban salir con una charla amistosa.

"Nuestra empresa es internacional, pero nuestra sede está aquí, en Boston", dice Mariah. "Deberíamos involucrarnos aquí".

"Eso tiene sentido", acepté.

"Me aseguré de que mi marido, mi exmarido", corrigió, "apoyara a los equipos juveniles locales".

"Eso está bien".

"Tienen camisetas con nuestro logotipo en la espalda, y después de cada partido del campeonato les damos un almuerzo y trofeos", dijo el Sr. Brockton.

Me lamí el azúcar de los labios y escuché atentamente. Sólo querían decirme que no era la única a la que ayudaban. Para ellos era importante trabajar por el bien del barrio en el que trabajaban. Querían beneficiarse del bienestar de la comunidad y crear un buen entorno para su negocio.

"También trabajo para una organización sin ánimo de lucro que ayuda a las mujeres a recuperarse tras salir de relaciones abusivas", continúa Mariah.

"No estoy en una relación abusiva", respondí rápidamente. "No tengo ninguna relación".

"Lo sé", respondió ella con la misma rapidez. "Todo lo que digo es que tenemos varias propiedades de alquiler para ayudar a las mujeres a encontrar un lugar donde vivir para volver a rehacer su vida".

Me tensé, sabiendo exactamente a dónde iba eso. No quería ninguna ayuda. No era más que la oferta de vivienda gratuita del Sr. Brockton, pero reestructurada. En lugar de aceptar limosnas de la empresa, las recibiría de la organización benéfica de la madre del Sr. Brockton. No quería aceptar la ayuda de nadie, pero no sabía cómo negarme.

"Estaré bien", respondí.

"Tonterías", dijo Mariah. "Los pisos están ahí para ser utilizados. En este momento, tres de los cuatro están disponibles. ¿Qué clase de empleadores seríamos si te dejáramos dormir en tu coche?".

"Eso es cosa mía", rechacé.

"Relájate", trató de tranquilizarme Mariah y puso su mano sobre la mía. "Estamos preocupados por ti, eso es todo. Eso no tiene nada que ver con tus habilidades".

Abrí la boca para responder, pero inmediatamente la volví a cerrar. Se dio cuenta de mi actitud confiada y llegó al meollo de la cuestión. Estaba tratando de salvarme. No se trataba sólo de orgullo. Sabía que podía hacerlo y quería tener la oportunidad de demostrar mi valía. *Si pudiera esperar hasta mi primer o segundo sueldo y permitirme una vivienda propia, me sentiría muy bien. Me sentiría realizada porque podría gestionar mi futuro.* Mariah me recordó sutilmente que nadie en esa sala pensaba mal de mí por ser pobre. No me juzgaron. Yo era la única con un propósito.

"Aquí tienes mi tarjeta", dijo, entregándome un pequeño papel blanco rectangular. "Si te pones en contacto conmigo en ese número, todo pasará por la organización. No habrá ninguna conexión con tu jefe".

Aturdida, acepté la tarjeta. Miré al señor Brockton para ver qué pensaba, pero estaba ocupado leyendo un informe que tenía sobre su mesa. Estaba completamente sola a merced de la sonrisa más cálida que jamás hubiera existido.

"Gracias", dije, levantándome. "¿Hay algo más?".

"¿Cuál es mi programa para la jornada?", preguntó el señor Brockton, mirándome por fin a los ojos de nuevo.

"Tienes una videoconferencia a las diez y media, un almuerzo con el vicepresidente de ventas y una reunión con tu distribuidor japonés a las dos", informé.

Asintió secamente y me despidió. Pero antes de que pudiera irme, Mariah se levantó. "Ha sido un placer charlar contigo, pero tengo que irme ya".

"Gracias por venir", dijo el Sr. Brockton, dirigiéndose a su madre.

"Cuando quieras, querida", respondió ella. "Llámame en cuanto puedas", le indicó. "Le haré saber a nuestra secretaria que te estamos esperando".

Abrí la boca para protestar, pero Mariah salió de la habitación antes de que pudiera poner en orden mis pensamientos y pronunciar una sola palabra. Así que me volví hacia el Sr. Brockton y le grité. "No deberías haberme echado encima a tu madre".

Levantó las cejas, sorprendido por la agudeza de mi voz. Pero no pude evitarlo. Todos los sentimientos de insuficiencia volvieron a surgir en mí. Me sentí como si él hubiera organizado una encerrona y yo fuera la alcohólica angustiada que no conseguía rehacer su vida. No necesitaba ese tipo de atención por su parte y, desde luego, no necesitaba un piso gratis.

Después de lo que había dicho Mariah, estaba segura de que me perseguirían literalmente si no les llamaba antes. Tenían pisos de acogida para mujeres maltratadas y les haría un favor si me trasladaba a uno de ellos. Todo lo que tenía que hacer era estar agradecida y podría mudarme a mi propio piso sin más obligaciones. Era demasiado bueno para ser verdad. Sentía que estaba perdiendo lentamente el control de mi propia vida, y la única persona a la que podía culpar de ello era al señor Brockton.

"No te metas en mis asuntos", le advertí.

Me miró mientras salía de la habitación sin decir nada más. Cuando me senté de nuevo en mi escritorio, me arrepentí inmediatamente de haberme puesto así. Sólo había tratado de ayudar. Me pregunté si alguna vez en su vida se había sentido perdido. ¿Alguna vez había tenido que pedir ayuda a alguien? ¿Sabía lo que se sentía al aceptar la caridad de alguien? Lo más probable es que no lo hubiera hecho. Se crió en una mansión a las afueras de la ciudad, estudió en escuelas privadas y se graduó en la universidad sin problemas. Le esperaba un puesto de trabajo después de graduarse, y ascendió rápidamente cuando su padre se retiró.

¿Y qué? ¿Qué significaba que fuese agradable? Eso no significaba que pudiera ponerse en mi lugar. Nada de eso me ayudó con mi problema de la gasolina. Todavía necesitaba comer y necesitaba el coche para ir al trabajo. Puse la tarjeta de visita de Mariah en mi cartera para llamarla más tarde. Aunque no pudiera evitarlo, al menos podría retrasarlo unas horas. Tuve que pensar en algo para rechazar educadamente su ayuda. O tendría que admitir que no podría hacerlo todo por mi cuenta. Y eso sería tan doloroso como la realidad de mi situación.

Capítulo 7

Nate

Me sorprendió y me horrorizó el modo en que Ava me había tratado, pero lo achacaba a su terquedad. Era más que capaz de manejar sus propios asuntos, estaba seguro. Pero necesitaba su cabeza libre de preocupaciones y no estaba seguro de que eso fuera posible si tenía que dormir en su coche.

No quería admitir que estaba preocupado por ella. Aunque sólo la conocía desde hacía unos días, sentí que mi instinto de protección se activaba. No quería que le pasara nada malo, y las estadísticas de la policía estaban repletas de incidentes de mujeres solteras agredidas mientras estaban solas por la noche. Su versión de que estaba a salvo cuando aparcaba detrás de un supermercado era ridícula. Si yo fuera un delincuente y encontrara a alguien solo en su coche por la noche, podría coger lo que tuviera. Y ese era simplemente el mejor escenario que quería imaginar.

No, necesitaba un lugar propio. Y para conseguirlo, no me privaría de ayudarla un poco. Sin embargo, su tono agudo me había sorprendido. No esperaba que reaccionara con tanto enfado porque quería ayudarla.

Durante el resto del día estuvo callada y amable, pero ambos sabíamos que no podía presionarla más. Esperaba que aceptara mi oferta y llamara a la organización de mi madre. Mamá no había mentido cuando explicó que había varios pisos en ese momento vacíos. Así que si Ava no quería uno de mis pisos, podría coger uno de la organización.

El viernes por la noche, me fui a casa sin ver cómo estaba. Como había dejado claro que no quería mi atención, tenía que confiar en que utilizaría los servicios que necesitaba. Sólo podía esperar que superara su obstinación y aceptara la ayuda de mi madre.

No tenía ganas de ver a nadie. Había algunas mujeres a las que podía enviar mensajes, pero ninguna de ellas era exactamente la persona con la que quería estar. Recibí dos invitaciones para salir a tomar algo, pero rechacé ambas. Al día siguiente tenía un torneo de golf y me dije que necesitaba mi sueño reparador.

Me serví un brandy y me metí en el jacuzzi de mi terraza. Mi primera semana completa como director de la empresa había terminado, y la forma en que las cosas estaban resultando me hacía sentir bien. Ava era competente e inteligente, y con ella a mi lado, estaba preparado para cualquier reunión a la que asistiera. Incluso después de un examen minucioso, no había podido detectar ningún signo de crisis. Parecía que papá había dejado todo en perfecto orden.

En París estaban trabajando en la colección de primavera y la producción de los artículos para las tiendas de bajo coste se ajustaba exactamente al calendario. Hubo un pequeño problema con las importaciones italianas debido a una nueva ley, pero mi equipo jurídico ya estaba trabajando para encontrar una solución. En el peor de los casos, tendríamos que reducir nuestras actividades en ese país.

Después de una media hora, volví a salir del jacuzzi y pasé el resto de la tarde envuelto en un albornoz frente a la pantalla. En mi salón había instalado un gran sistema de videojuegos con sonido estéreo y su propio monitor. Me conecté al último juego de Battle Royale y me abrí paso a tiros por varios niveles. Era un poco de diversión infantil para desahogarme, algo para lo que cada vez era más difícil sacar tiempo.

Poco después me fui a la cama relajado y a la mañana siguiente me levanté temprano para hacer ejercicio. Tenía un gimnasio en la primera planta, totalmente equipado con una cinta de correr, una bicicleta estática, pesas y una barra de dominadas. También había algunos equipos más modernos, como un saco de boxeo con sensores que medían la fuerza de mis golpes y una bicicleta con recorridos en streaming. Fui a la cinta de correr durante diez minutos para calentar y luego pasé la mayor parte del tiempo haciendo ejercicios de espalda y pecho. Tenía un programa de entrenamiento que trabajaba los principales grupos musculares para tonificar el cuerpo, no para aumentar la masa muscular. Quería conseguir un aspecto muy concreto, que fuera tonificado, pero sin parecer un hombre musculoso.

Gracias a mi padre, analicé en exceso todo lo relacionado con mi persona. Siempre me señalaba cada palabra que pronunciaba mal y cada cosa que estaba fuera de lugar. Para ser la imagen típica de un mujeriego, era notablemente exigente.

Tuve el tiempo justo para ducharme y vestirme antes de salir para el campo de golf. De hecho, estaba deseando que llegara el torneo. Peter era mi mejor amigo y tuve que admitir que sus consejos sobre las entrevistas abiertas habían sido acertados. Si lo hubiera ignorado y hubiera seguido el camino tradicional, nunca habría conocido a Ava.

"Hola, ¿cómo te va?", preguntó Peter, tendiéndome la mano.

Lo agarré y le di un tirón, parodiando el tradicional apretón de manos de los empresarios. "Como siempre".

"Salvo que ahora eres presidente de la empresa", me recordó Peter.

"Y tú sigues siendo un pobre vicepresidente", me burlé de él.

"¿Cómo van las cosas con la nueva secretaria?", pasó sin problemas al siguiente tema.

"Lo está haciendo bien. Creo que fue una buena elección".

"Tampoco tiene mal aspecto", comentó.

"No me había dado cuenta", dije.

En realidad, eso no era del todo cierto. Era muy consciente de que Ava era atractiva. Estaba decidido a no abrirme a ese tipo de relación. Era mi empleada, mi secretaria, por el amor de Dios, no iba a repetir el grave error de mi padre y caer en la misma categoría de jefes odiosos que se aprovechaban de sus empleadas. No, Ava estaba absolutamente fuera de mis límites.

Formamos equipo con nuestros caddies, quienes asistían a los golfistas y salimos juntos al

campo de golf. Era un torneo pequeño, sólo entre los habituales del club de campo. Pero eso no significaba que hubiera un gran alboroto. El club hizo todo lo que pudo, con un desayuno buffet seguido de un almuerzo con servicio de catering. Se habían imprimido y colocado folletos por todo el edificio en los que se proclamaba la exclusividad del torneo.

También iba a estar presente una celebridad. Era una golfista profesional, una jugadora de alto rango. Nos reunimos todos en el campo de salida. Había bastante gente allí. Al menos cincuenta personas estaban presentes y se habían reunido alrededor de los jugadores. Vi a algunos miembros de la familia y a otros del club que conocía por su nombre y reputación.

El premio del torneo era de diez mil dólares. No se trataba de un premio cuantioso, pero fue suficiente para calificar el evento en las publicaciones nacionales de golf. Era el tercer año que me presentaba al concurso y tenía la intención de donar el dinero si ganaba. Había una organización benéfica de golf que organizaba campamentos de verano para niños socialmente desfavorecidos. Si alguien que tenía medios económicos ganaba el torneo, generalmente se esperaba que diera sus ganancias a esta organización benéfica. Lo único que realmente estaba en juego era el derecho a presumir.

Mientras me abría paso por el campo, oí que mi teléfono vibraba constantemente. La primera vez que lo miré, me di cuenta de que era uno de mis amigos. Quería ir a tomar una copa y me propuso sin tapujos que quedáramos. Lo ignoré. En cuanto tuviera un minuto le contestaría.

Estábamos en el noveno hoyo cuando mi padre se acercó a nosotros. Al principio no lo vi porque estaba concentrado en mi tiro. Pero tan pronto como la pelota dejó el llamado tee y salió disparada por el aire, oí su voz y maldije en voz baja para mí.

"¡Nate!", gritó borracho.

Miré a Peter. "Si no pego por debajo del par, le echaré la culpa a él".

"Creo que te ha visto", respondió Peter secamente.

Me giré para saludar a mi padre y abrí los brazos para el abrazo obligatorio. Inmediatamente se abalanzó sobre mí y me levantó antes de volver a depositarme en el suelo sin contemplaciones. Entre los muchos hábitos molestos de mi padre estaba su tendencia a alardear de sus proezas físicas. Debía ser el hombre más grande del campo y no se cansaba de demostrar su superioridad. O tal vez sólo estaba feliz de verme. Era difícil de saber.

No pude reprimir la ira que me invadió al verlo. Lo que le hizo a mi madre ya era bastante malo, pero que ni siquiera se preocupara por su secretaria era demasiado. Pensé que tal vez habría sido diferente si hubiera estado enamorado de otra mujer. El hecho de que tuviera una aventura tras otra siendo un hombre casado lo sentíamos como una traición, no sólo mi madre, yo también.

"Hola, papá", dije, poniendo mi cara de póker. Estaba acostumbrado a ocultar mi disgusto. Me resultaba útil tanto en los negocios como en el golf, y parecía que también lo sería en mi vida personal.

"¿Qué tal tu primera semana en la dirección?", preguntó, balanceándose un poco.

"¿Estás borracho?", pregunté. No pude evitarlo, se me escapó.

"No", respondió. "Sólo quiero saber cómo está mi hijo".

"Estoy bien", respondí irritado. "Parece que has logrado entregarme un negocio que funciona".

"¿Cómo que funciona?", eructó. "Es una empresa líder".

"Enhorabuena", dije con una sonrisa.

"Apuesto a que has despedido a Lauren", me acusó, señalando con el dedo.

"¿Podemos dejar este tema?", pregunté.

Había otras personas cerca, y algunas de ellas empezaban a mostrar interés por nuestra conversación. Peter apartó la mirada, avergonzado. Evidentemente, no sentía ningún deseo de ser incluido en la conversación. Me di cuenta de que estaba ansioso por pasar al siguiente hoyo y no podía culparlo. Tampoco quería prolongar la conversación más de lo estrictamente necesario.

"Era una buena mujer", dijo papá.

"No me importa", repliqué.

"No es su culpa".

"Ella sabía que estabas casado". Me esforcé por hablar en voz baja, pero la profundidad de la emoción que sentía lo hacía difícil.

"Se acabó con tu madre". Mi padre, sin embargo, no me mostró el mismo respeto. Su voz resonó en el campo.

Me volví. Había muchas cosas que no cuadraban en esa afirmación. En primer lugar, no habían terminado la relación. Todavía estaban casados cuando se acostó con Lauren. Para empeorar las cosas, Lauren no era la única con la que papá tuvo aventuras extramatrimoniales. No sabía los nombres de las demás, pero tanto mamá como yo sabíamos que hubo otras.

Pero no importaba. Lo que se acabó, se acabó. Mamá seguía adelante con su vida y yo tenía que hacer lo mismo. Solo me dolió, papá ni siquiera entendió lo que había hecho. Pensaba que no tenía sentido, que mamá y yo estábamos siendo demasiado sensibles. Quería abofetearle, pero las docenas de personas que se hubieran quedado boquiabiertas, me hicieron reflexionar.

Cogí mi hierro 9 y me dirigí al siguiente hoyo. Durante el resto de la partida mantuve la cabeza agachada, decidido a ignorar a ese monstruo. Había desaparecido después de nuestra discusión, y no me importaba. Me habría gustado revocar su pertenencia al club. Tal vez eso le hubiera demostrado que hizo algo mal.

Odié la forma tan despreocupada en que aireó nuestros trapos sucios. Los cadáveres deben permanecer en el sótano y no ser sacados a bailar. Peter intentó aligerar un poco la situación

bromeando sobre lo salvaje que era el pelo de mi padre. Tuve que admitir que se parecía un poco a Boris Johnson. La comparación fue buena y evitó que mi mente divagara en lugares oscuros.

No ganamos el torneo, lo que no me sorprendió. Después del noveno hoyo, mi rendimiento fue bastante pobre. El premio fue para Steve Miller, un banquero de inversiones. Esperé en la cola para felicitarle y aplaudí cuando pronunció el discurso obligatorio.

"Donaré las ganancias a la Fundación 'Golf para Niños Desfavorecidos'", anunció Steve.

"Por supuesto", susurró Peter.

"Yo habría hecho lo mismo", dije.

Era una señal de éxito donar el dinero. Todos los que se quedaron con el dinero estaban admitiendo que lo necesitaban. El jefe de la organización benéfica dio un paso adelante y se mostró sorprendido y feliz, como si todo el evento no hubiera sido planeado exactamente así.

Me quedé tomando unos cuantos tragos más en el club, evitando a mi padre lo mejor que pude todo el tiempo. Cuando finalmente llegué a casa, me sentí completamente agotado. Sin embargo, eso se debió más a la tensión que a los rigores del golf. Tenía que encontrar una manera de llevarme bien con él que no desencadenara mi respuesta de lucha o huida. Era tan molesto que la sola idea de tener que hablar con él me aceleraba el corazón. Afortunadamente, estaba en la flor de la vida y hacía ejercicio con regularidad. Mi corazón podría soportarlo.

Cuando llegué a casa, encontré un mensaje en mi contestador automático. Por alguna razón, mi madre seguía utilizando mi teléfono fijo, aunque yo llevaba mucho tiempo intentando que cambiase esa costumbre. A esas alturas, nadie tenía teléfono fijo. Pero sólo costaba unos pocos dólares al mes, y si significaba que no perdía ni una sola llamada, valía la pena. No tenía ni idea de por qué pensaba que podía localizarme en casa. Incluso cuando estaba allí, no cogía el teléfono.

"Hola, cariño", dijo mi madre. "Sólo quería decirte que hemos encontrado un lugar para Ava. Se ha mudado hoy, así que no dormirá en la calle. Espero que tu torneo haya ido bien. Volveremos a hablar pronto".

Me quité la camiseta de golf y me liberé del estrés del día. Al menos una cosa iba bien. No tendría que preocuparme de que Ava fuera asaltada, o algo peor. Atravesé mi casa hasta la zona trasera donde estaba mi gimnasio. Allí, encendí el saco de boxeo y empecé a dar unos cuantos golpes. Cada vez que golpeaba me imaginaba que el saco era la cara de mi padre. Según los sensores, fueron mis mejores golpes hasta entonces.

Capítulo 8

Ava

Como no creía que tuviera otra opción, finalmente decidí llamar a la organización benéfica de Mariah. Si me obstinaba y rechazaba la ayuda, sólo me presionaría más. Después de todo, ella sabía dónde trabajaba. Estaba preparada para dar una excusa de por qué no necesitaba un lugar para vivir. Podía decir que sólo estaba esperando mi primera o segunda paga, que me iba muy bien, pero cuando expuse ese argumento, lo desestimaron rápidamente.

No fue Mariah quien contestó el teléfono, fue una trabajadora de la organización. No quiso hablar de mi situación por teléfono y me hizo prometer que iría a su oficina para una sesión de asesoramiento. Acepté de mala gana.

Decidida a salir de dudas, me presenté en su oficina el sábado. Mi cita era a mediodía y llegué puntualmente a las doce. Casi no tenía gasolina en el coche. Eso empezaba a preocuparme. Había solicitado una pequeña cantidad de dinero al centro de acogida para personas sin hogar, pero no podían aprobarla hasta el lunes. Me dieron un billete de autobús para poder desplazarme. Pero no quería dejar mi coche en cualquier sitio. Tenía todas mis cosas dentro y había aprendido a tener cuidado.

La organización benéfica tenía su sede en un pequeño edificio de ladrillos situado en la esquina de una de las calles del centro de la ciudad. Había un pequeño aparcamiento detrás del edificio donde aparqué. Cogí mi bolso y me dirigí a la portería, con toda la intención de rechazar la oferta.

"¿Ava Stan?", preguntó la mujer. Llevaba un jersey corto rosa y unos pantalones azul marino. Yo iba más a la moda que ella, pero sabía que los trabajadores sociales no suelen estar tan bien pagados como se merecen. Puede que tuviera hijos en casa, una hipoteca y pagos de coche, docenas de cosas de las que preocuparse más que de su atuendo. A diferencia de la gente con la que trabajaba, esa amable joven probablemente compraba en tiendas de segunda mano. Allí podía aprovechar al máximo su presupuesto para ropa, y de todas formas la moda no tenía el mismo valor cuando se trabajaba para organizaciones sin ánimo de lucro.

"Sí", dije, y me detuve a firmar en el libro de visitas antes de seguir a la mujer a un despacho del fondo. No había ninguna decoración en las paredes, y toda la habitación podía caber en un armario de mi despacho.

"¿Cómo podemos ayudarla?", preguntó la trabajadora social, tomando asiento tras su escritorio.

En la habitación sólo había espacio para dos sillas, una a cada lado del escritorio. Me acomodé en la silla de los visitantes y me preparé para dar mi discurso. "Realmente no necesito ninguna ayuda. Me pidió que viniera aquí Mariah Brockton".

"Sí, me ha hablado de ti", aceptó la mujer. Tenía la sensación de que sabía exactamente por qué estaba allí, y que sería tan difícil de disuadir como la madre del señor Brockton.

"La cosa es que tengo un trabajo", le expliqué. "Sólo necesito unas semanas más hasta que reciba mi nómina y entonces todo se solucionará".

"Tenemos alojamientos de corta duración que pueden ocuparse mensualmente", respondió la mujer. Era una persona sin pelos en la lengua que no se inmutó en absoluto por mi confesión de que no tenía hogar. "Podríamos incluso ocupar un piso semanalmente".

Parpadeé sorprendida. No se me había ocurrido que eso pudiera ser una solución temporal. De repente, la idea de estar sola en una habitación cálida y segura parecía casi tan tentadora como mantenerme firme y rechazar la ayuda. Intenté recordar qué estaba haciendo allí. Iba a rechazar la oferta de ayuda, pero tras unas breves frases ella ya había ganado la discusión.

"Vivo en un refugio", objeté.

"Esa es definitivamente una opción", aceptó la trabajadora social. "Pero en este momento tenemos varias vacantes y era importante para Mariah que te colocáramos en una de ellas".

Pude ver cómo mis opciones se desvanecían rápidamente en el aire. Si no se me ocurría una buena excusa, no tendría elección. "Todo lo que necesito es gasolina para mi coche y estaré bien".

"Podemos darte una tarjeta de combustible", respondió amablemente. "Pero deberías considerar quedarte en uno de nuestros pisos. No te comprometes a hacerlo, y cuando recibas el cheque, puedes empezar a buscar un apartamento estable".

Suspiré. Era buena. Hubiera estado loca si me hubiera negado a tener un hogar, especialmente cuando venía sin obligaciones. "No puedo pagarlo ahora mismo".

"Las casas son gratis", dijo la trabajadora social con voz tranquila y calmada. "Recibimos financiación del Estado".

Al haber pasado un tiempo en un albergue para indigentes, sabía exactamente cómo funcionaban las subvenciones. Básicamente, se trataba de dinero gubernamental que se pone a disposición de los problemas sociales. Pagaban al personal y las organizaciones lo utilizaban para pagar la comida, el alquiler y otras cosas.

"De acuerdo", acepté finalmente.

"¡Genial!", dijo con una sonrisa, abriendo un cajón para sacar una hoja de papel. "Necesito algo más de información, y luego te mostraré tu nuevo espacio vital".

Necesitaba dos identificaciones mías. Utilicé mi carnet de conducir y mi carnet de trabajo. Luego repasamos mi historia personal. Como se trataba de un refugio para mujeres maltratadas, me hicieron algunas preguntas sobre mi relación anterior. Le aseguré que mi ex no estaba interesado en reavivar la relación, que no le importaba dónde estaba ni con quién.

"Es sólo un trámite administrativo", me aseguró la mujer.

Pidió detalles sobre el coche de Marcus para poder ponerlo en una lista de vigilancia para sus

guardias de seguridad. Tuve que explicarle cómo había terminado la relación y que me había echado. Le dije que no había niños ni mascotas, que tenía mi propio coche y un trabajo remunerado.

Después de todo eso, cogió una tarjeta de combustible de una pila en su escritorio y una llave de una caja cerrada en la pared detrás de ella. La seguí hasta el aparcamiento, donde se metió en su coche.

"Sígueme", dijo.

"¿Podemos echar gasolina primero?", pregunté.

"Claro", aceptó ella.

Mi pequeño coche llegó a la gasolinera más cercana y se acercó sigilosamente al surtidor. La trabajadora social pasó la tarjeta y me dejó llenar el depósito. Sentí que la tensión en mi pecho se aliviaba y me di cuenta de lo estresante que era cuando me quedaba sin gasolina. Era como el elixir de la vida para alguien que vivía en el asiento trasero. Me permitía moverme por la ciudad, conducir hasta el trabajo y encontrar un lugar donde pasar la noche. Un depósito lleno de gasolina significaba al menos dos semanas más de viajes gratis, y yo lo necesitaba.

Después de la gasolinera, seguí a mi nueva mejor amiga a la vuelta de la esquina. El edificio de apartamentos estaba en una zona con alquileres bajos. No había aparcamiento, así que tendría que aparcar en el arcén durante mi estancia. Pero eso estaba bien. Después de vivir en la calle durante tanto tiempo, había dominado ese arte como ningún otro.

Después de haber aparcado las dos, nos encontramos en la puerta principal. La trabajadora social sacó una llave y la introdujo en la cerradura. Al abrir la puerta, entramos en un estrecho pasillo. Había una escalera a la derecha y subimos un piso. Otro pasillo salía de las escaleras y estaba rodeado de puertas. La mujer eligió la segunda puerta de la izquierda y sacó otra llave. Abrió el piso y me dejó entrar.

Era lo más bonito que había visto nunca. La puerta conducía a la cocina, que en realidad era un rincón de una habitación más grande. Había una nevera y una cocina con una pequeña encimera entre ellas. En la pared opuesta había un fregadero bajo cuatro armarios rayados. El suelo era de linóleo, con un dibujo de bloques marrones y amarillos que obviamente tenía décadas de antigüedad.

El salón ocupaba el resto del espacio. Había un sofá hundido y una mesa de centro que no encajaba del todo. Un televisor en una de las paredes y decenas de DVD apilados en una estantería al lado. También había juegos de mesa, novelas y cualquier cosa que pudiera necesitar para entretenerme.

Una puerta conducía a un baño y otra, en el lado opuesto de la sala, a un dormitorio. Eché un vistazo al cuarto de baño y vi que era oscuro y feo, con azulejos marrones y una sola bombilla atornillada encima del lavabo. Pero eso no importaba. Era sólo mío durante el tiempo que lo necesitara.

El dormitorio tenía una cama doble y una cómoda individual de seis cajones. Tenía un armario con algunas prendas anticuadas colgadas y algunas cajas en el suelo. Había sábanas y mantas perfectamente dobladas sobre el colchón. Era todo lo que necesitaba para estar cómoda, nada más.

"Esa es una caja de bienvenida". La trabajadora social me llamó la atención sobre una caja marrón que estaba en la encimera de la cocina. "Una de las iglesias locales las organiza. Contiene algo de comida y algunos aperitivos. También hay fichas de lavandería, jabón, champú y demás".

Miré a la trabajadora social e intenté no llorar. No fue fácil aceptar la ayuda, pero una vez que me dejé llevar, la amabilidad de los desconocidos me resultó abrumadora.

"Hay números de emergencia en la puerta". Señaló una hoja de papel plastificada que colgaba junto a la entrada. "Y cada jueves alguien comprobará si estás bien".

Me limité a asentir, sin atreverme a hablar.

"Buena suerte", dijo la mujer antes de entregarme las llaves.

Las tomé como si fueran un salvavidas. Una vez que se fuera, podría guardar mis cosas y cerrar la puerta. Podría ducharme por primera vez en mucho tiempo sin tener que mirar por encima del hombro. Y podría ponerme cómoda en el sofá y ver una de esas viejas películas, sabiendo que esa noche estaría a salvo.

La trabajadora social me dejó sola y lo primero que hice fue sacar mis cosas del coche. Colgué toda mi ropa de trabajo en el armario y guardé todo lo que había dejado el anterior inquilino.

Mis pertenencias no eran muy numerosas. Tenía unos zapatos, algunos libros y mi saco de dormir. También tenía dos maletas en el maletero, que no había abierto desde que Marcus me echó. En ellas guardaba pijamas y fotos enmarcadas, cosas que sólo podía abrir en mi propia casa.

Sabía que no debía hacer agujeros en las paredes, así que apoyé algunos de los cuadros en los alféizares de las ventanas. Eran fotos familiares, una mía con mis padres y otra de una mascota favorita que falleció hacía unos años.

Al ir a la cocina, examiné la caja de bienvenida y encontré algunas galletas saladas y varias latas de comida. Tendría que ir pronto a hacer la compra, pero esa provisión me duraría al menos toda la noche. También necesitaba lavar la ropa. Pero eso también tendría que esperar. Mis necesidades más apremiantes en ese momento eran la relajación, una larga ducha caliente y una noche de sueño reparador.

Al día siguiente llamaron a mi puerta, algo que no esperaba. Me acerqué con cautela y me alegré al comprobar que era la madre del señor Brockton la que estaba de pie en el pasillo. Abrí, esperando un estallido de energía triunfante. Y no me decepcionó.

Me abrazó con tanta fuerza que me tambaleé en la puerta. Retrocedí y me agarré para no caer. Sin embargo, no prolongó el abrazo, sino que se separó de mí cuando hizo su declaración.

"¿Qué te parece?", preguntó ella, mirando alrededor del piso.

"Es una maravilla", dije con entusiasmo.

"Es una mierda", dijo sin tapujos. "Pero es sólo por unas semanas".

Cerré la puerta tras nosotras y me volví hacia ella con una mirada de reproche. "Me costó mucho esfuerzo llegar a este piso. Déjame disfrutar del ambiente".

"Por supuesto", dijo con una sonrisa. "Lo siento. Sólo quería pasarme por aquí y asegurarme de que te estás instalando bien".

"Me estoy instalando", respondí. "Hay algunos DVD viejos que aún no he visto".

"Todo son donaciones", me informó Mariah. "El sofá, la mesa, las sillas, todo es una desgravación fiscal para las familias ricas".

"Por favor, dales las gracias de mi parte", dije.

"Para ser sincera, eres exactamente el tipo de mujer que esperamos". Fue a la cocina, abrió la nevera y examinó su contenido.

"Creo que hay café por aquí", dije rápidamente, dirigiéndome a uno de los armarios. De hecho, aún no había mirado para ver qué comida había.

"No importa", dijo Mariah. "Podemos salir a tomar un café también".

"No, de verdad", intenté en vano disuadirla. "Tengo que lavar la ropa".

"Puedes hacerlo cuando vuelvas", resopló Mariah. "Sólo llevará media hora".

Miré alrededor del piso, desesperada por encontrar una excusa. No quería que gastara más dinero en mí. Lo que ya había hecho era increíble. Ya tenía un techo sobre mi cabeza, y más de diez horas de sueño a mis espaldas, más de las que había tenido en el albergue para indigentes o en el asiento trasero. Por lo general, cinco o seis horas era lo ideal. En contadas ocasiones había conseguido siete horas, pero nunca más que eso. Simplemente no era posible cuando se vivía tan cerca de otras personas.

Sin embargo, no tenía ninguna razón para negarme. Y al fin y al cabo sólo era un café. Sabía, por experiencia, que unos pocos dólares por una bebida no metían a nadie en la casa de los pobres. Sólo eran los desempleados y los sin techo quienes no podían permitirse ese lujo.

Cogí mi bolso y mis zapatos y la seguí hasta el pasillo. Cuando cerré la puerta, sentí que una chispa de excitación surgía dentro de mí. Ese era, al menos por el momento, mi piso. Yo era quien tenía las llaves.

Mariah y yo caminamos por el pasillo y salimos a la calle. Había una cafetería a unas pocas manzanas de distancia. Como casi todos los lugares de Boston, era pequeño y estrecho. Había seis mesas en un comedor estrecho, y las sillas estaban incluso fuera, en la acera. Como era

domingo, el local estaba lleno. Pedimos nuestras bebidas pero tuvimos que sentarnos afuera. Hacía frío, pero no tanto como para resultar incómodo.

Puse las manos alrededor del vaso de papel y sorbí con fruición. Mariah había insistido en comprar unos croissants y yo comí sin objetar. Seguía necesitando comida, pero no tenía dinero para comprarla. Así que hasta que recibiera mi salario, tendría que conformarme con los productos enlatados de la iglesia local. Las opciones eran alubias cocidas y sopa de pollo con fideos. No era precisamente el mejor menú. Pero en tiempos de necesidad, el diablo comía moscas.

Cuando terminamos el café, Mariah ya parecía una vieja amiga. Volvimos a mi piso y nos despedimos en la acera. Le di otro abrazo impulsivo antes de verla alejarse. Fue agradable ser atendida. Era una mujer increíblemente cariñosa que estaba pasando por un momento difícil. Lo poco que había dicho sobre su divorcio era muy revelador. Ni siquiera había pensado en que otras personas tuvieran problemas. La búsqueda de mi próxima comida me había dejado perdida en mi propia angustia. Lo sentí de verdad por Mariah y le agradecí mucho todo lo que había hecho por mí.

El lunes estaba más que preparada para volver al trabajo. Me sentí muy bien, y eso se debió principalmente a una cosa: me había duchado de nuevo. Lo hice sola y sentí que podría acostumbrarme. Esa mañana me puse mi traje del lunes, pero esa vez estaba lavado y planchado. Iba al trabajo en un coche que no estaba cargado con todas mis pertenencias, sólo eso me daba sensación de libertad.

Como no tenía dinero para el aparcamiento, tuve que aparcar lejos y caminar hasta la oficina. Pero llegué a tiempo, como siempre, y me deslicé triunfalmente detrás de mi escritorio. Cuando el Sr. Brockton me llamó a su despacho, estaba ansioso por saber cómo iba el nuevo piso. Estaba tan emocionada que olvidé mi enfado y simplemente le informé de todas las comodidades.

"Hay un viejo tablero de Monopoly", dije encantada. "Y hay una caja de piezas de ordenador en el armario".

Intentó ocultar su alegría, pero no lo consiguió. Estaba segura de que su piso era mil veces más grande, pero nunca durmió en su coche, así que no podría apreciar lo especial de un techo y cuatro paredes.

Esa vez, en lugar de bollería, tenía bagels en su plato, que me serví sin que me lo pidiera. Se unió a mí y nos sentamos juntos a desayunar y a hablar de mi golpe de suerte. Me sentí bien al tener a alguien con quien compartir mi buena suerte. Esperaba que se olvidara de lo perra que había sido la semana anterior.

"¿Qué ha hecho este fin de semana, Sr. Brockton?", le pregunté.

"¿Por qué no me llamas Nate? Y ya podemos tutearnos, ¿no?", respondió.

Me sonrojé y bajé los ojos a la alfombra. No quería discutir con él. Fue un bonito gesto, y con todos los demás gestos agradables que ya había tenido conmigo, no estaba segura de cómo

podría devolverle el favor.

"Tuve un torneo de golf", continuó, como si fuera perfectamente normal pedirle a su secretaria que lo tuteara.

"¿Cómo fue?".

"Bien".

"¿Ganaste?", pregunté.

"No", suspiró y apartó la mirada. "Estaba distraído".

"¿Crees que podrías haber ganado si no te hubieras distraído?".

"Nunca lo sabremos", dijo con una sonrisa.

"¿Con qué frecuencia juegas?". Me lamí el queso crema de los dedos, más feliz de lo que había sido en mucho tiempo.

"Tan a menudo como puedo". Me observó atentamente y sus labios se torcieron en una suave sonrisa.

"Bueno", dije, terminando el último bocado de mi panecillo, "de vuelta al trabajo".

Recogí la basura, la llevé conmigo y la tiré en la papelera que había junto a mi escritorio. Fue increíble, pero después de dos noches de sueño reparador, pude dedicar toda mi energía a mi trabajo. Me sorprendió la cantidad de energía que podía dedicar a las hojas de cálculo y los correos electrónicos. Todo lo que escribía sonaba mucho más coherente. Cada vez que respondía al teléfono, controlaba perfectamente la conversación y obtenía toda la información importante de la persona que llamaba para transmitírsela a Nate. Tenía su agenda diaria establecida y las sesiones informativas en su escritorio mucho antes de que fueran necesarias.

Recordé su afirmación de que sería una mejor secretaria si tenía la situación de mi vida bajo control. Tenía razón. Había gastado al menos la mitad de mi energía luchando por encontrar comida y refugio. Ahora que por lo menos una de esas necesidades estaba cubierta, podía dedicarme de lleno al trabajo. Fue una buena sensación.

Sabía que era competente, pero tener la energía para comprometerme de verdad era algo nuevo. Leí todos los correos electrónicos. Una de las secretarias del vicepresidente me pidió que le ayudara a organizar una reunión. Tenía problemas para seguir las respuestas a las numerosas invitaciones, y había dos participantes que parecían no tener nunca un hueco. Tenía tiempo y energía extra, así que pensé, ¿por qué no? Envié unos cuantos correos electrónicos para presentarme e incluí una consulta del calendario en línea para recabar información de los participantes que pudieran no estar presentes.

A la hora de comer, tenía el proyecto adicional terminado y se lo devolví. Ella se mostró agradecida y yo supe que había ganado una valiosa aliada. Tras sólo dos semanas en la empresa, ya me había integrado bien. Mariah me había acogido bajo su ala, Nate era entusiasta y el resto

del personal me apreciaba.

Y no sólo eso, sino que por fin me puse de pie por mi cuenta. Tenía un lugar donde quedarme hasta que llegara el primer cheque de nómina. En cuanto hubiera ahorrado lo suficiente, podría buscar un lugar mejor, pero hasta entonces, al menos tenía mi propia cama.

Me tomé un descanso para almorzar pero no comí. Todavía no me sentía del todo cómoda aceptando ayuda, y no quería que Nate pensara que tenía que proporcionarme el desayuno, la comida y la cena. Sin embargo, había expresado claramente que debía tomar mis descansos, así que volví a comprobar mi coche. Estaba justo donde lo había dejado y las seis ventanas estaban intactas.

Volví a la oficina sin prisa, sintiéndome vigorizada por el aire fresco. Después del almuerzo, Nate tenía una reunión con alguien llamado Jonas Matthews. El hombre era un verdadero fanfarrón. Entró en la recepción como si fuera el dueño de todo el lugar. Sabía de qué tipo era antes de que me saludara. Cuando me vio, me miró de arriba abajo. Era el tipo de mirada que decía que prefería pagarme por sexo que responder a las llamadas.

Entrecerré los ojos y traté de ignorar su atención lo mejor que pude. Entonces cogí el teléfono para avisar a Nate de que había llegado. Jonas intentó entablar una pequeña charla conmigo mientras esperaba. Por mi parte, me mantuve cortés pero distante.

"Eres una mejora respecto a la última secretaria", dijo Jonas.

"Gracias".

"Sí, era vieja".

Sólo le dediqué una fina sonrisa.

"¿Qué piensas del Sr. Brockton como jefe?". Jonas se apoyó en mi escritorio.

"Creo que ya te está esperando", respondí, encontrándome con su mirada con el mayor tacto posible.

El hombre levantó la vista y comprobó que la puerta estaba abierta. Nate estaba de pie en el marco de la puerta mirando en nuestra dirección. Abrió la puerta aún más y sin palabras invitó a Jonas a entrar. Puse los ojos en blanco y Nate lo notó. Le vi reprimir una sonrisa antes de desaparecer tras el intruso huésped de su despacho.

Era mi primera experiencia con un gilipollas así, y esperaba que fuera la última. A pesar de que todo el mundo en ese edificio nadaba en riqueza, todos eran personas decentes en su mayoría. Nadie más me hizo sentir como un trozo de carne, y lo agradecí.

Me obligué a concentrarme en mi trabajo y a no preocuparme por el final de la reunión de Nate. Sin embargo, no pude evitar repasar la información que había reunido sobre Jonas Matthews. Era un empresario que intentaba introducirse en la industria de la moda. Había dado un golpe de efecto desde el principio con buenas inversiones, así que no era alguien a quien

ignorar. Sin embargo, no sabía qué quería de Nate. Si Jonas compraba otra empresa de moda, entraría en competencia directa con Nate. Eso por sí solo debería haberle desanimado, pero había insistido en sentarse con el nuevo director general, y Nate me había indicado a regañadientes que hiciera un hueco en su agenda. Esperaba que ese fuera el último encuentro con él. Acababa de conocer a Jonas y ya me caía mal.

Era tan eficiente que me quedaban unos minutos libres en los que no tenía nada que hacer. Por supuesto, tenía que quedarme cerca del teléfono por si sonaba, pero no tenía nada concreto que hacer. Así que abrí mis redes sociales y empecé a acechar a algunos de mis viejos amigos.

Cuando Marcus y yo estuvimos juntos, me propuse dejar todas mis otras relaciones. Eso significaba que había cortado lazos con novios con los que estaba cuando iba a la universidad, con gente que conocía desde el colegio y con todos los demás de mi vida. Fue agradable comprobar cómo estaban, saber dónde estaban y cómo les iba.

Cuando oí girar el pomo de la puerta, aparté rápidamente el teléfono. Los dos hombres salieron al mismo tiempo. Jonas hablaba y Nate escuchaba, pero tenía claro que Nate sólo estaba siendo educado. Quería que el otro hombre saliera de su despacho y estaba a punto de tomarse la justicia por su mano.

Jonas se detuvo en el umbral y se fijó en mí en el mismo lugar en el que me había visto por última vez. "Tendrás que tener cuidado con ese". Jonas señaló con el dedo a Nate.

Exhale suavemente y me obligué a mantener la calma. Estaba a punto de irritar mis nervios sin darse cuenta. No sabía si podría ser más machista aunque lo intentara. Era como si alguien hubiera reunido toda la basura machista anticuada de la ciudad y la hubiera puesto en piel humana.

"Espero volver a verte pronto", dijo Jonas al salir, guiñándome un ojo.

Volviéndome hacia Nate, lo vi mirándolo descaradamente. Fue un alivio saber que estábamos en la misma onda. Según eso, probablemente no tendría que preocuparme de que invitara a Jonas a volver pronto. Tenía demasiadas ganas de preguntarle de qué había ido todo aquello, pero no era asunto mío. Nate lo acompañó a la salida y luego me miró con fastidio antes de desaparecer en su despacho. Dejé mi teléfono en el escritorio y volví a revisar mis correos electrónicos para asegurarme de que no había perdido nada. Todavía faltaban dos horas para el cierre, pero sabía que no podía seguir jugando con el teléfono.

Capítulo 9

Nate

Jonas era molesto. No había mejor manera de decirlo. Tenía muchas ideas, pero no sabía cuándo era el momento de retirarse. Intentó convencerme de un millón de cosas, pero aunque le di las razones por las que no podía hacer cada una de sus ideas, no cedió. Se limitó a dar vueltas y a pasar a la siguiente idea en su interminable bombardeo, hasta que finalmente lo detuve.

"¿Qué quieres de mí?", pregunté.

"Su tiempo", respondió. "Creo que tengo un gran futuro y quiero entrar en la moda deportiva. Sólo necesito un pequeño consejo".

"¿Consejo?". No podía creerlo. Era peor de lo que había pensado. No quería que invirtiera en ninguna de las ideas que me presentaba, sino que esperaba que le ayudara a que tuvieran éxito. Eso podría llevar incluso más tiempo que intentarlo yo mismo.

No es que todos fueran malos, pero ya tenía bastante con llevar mi propio negocio. No tenía tiempo para sentarme con Jonas cada semana, ni siquiera cada mes. Pero sospechaba que el rechazo tendría consecuencias.

Tenía los contactos adecuados. Llegó a través del club, por medio de un amigo común al que tampoco quería defraudar. Jonas había estado en las universidades correctas, lanzando nombres para hacerme saber que era una estrella en ascenso. Su implicación era clara. Si no accedía a sus deseos, simplemente pasaba al siguiente multimillonario con su arrogancia. Adquiriría un archienemigo y posiblemente me haría perder clientes.

La amenaza de nuevas empresas era real. Eran legendarios en la industria tecnológica, pero había que tener cuidado también en la industria de la moda. "Hip" era un adjetivo que se utilizaba sobre todo con las empresas nuevas y prometedoras, no con las antiguas y establecidas. Podría invertir mucho en diseñadores para estar al día y a la moda, pero al final mi marca ya era conocida. No podría dar el salto de la ropa económica y práctica a la ropa deportiva de vanguardia de la noche a la mañana. Podría intentarlo sólo.

Tenía el dinero y los contactos para contratar diseñadores y comenzar la producción. Podría ser su mentor y hacer un amigo o echarlo y conseguir un enemigo. En realidad, no quería hacer ninguna de las dos cosas. Lo que quería era que me dejara en paz. Pero no tenía opción.

Al final, le prometí que lo pensaría. Me inventé una excusa, diciendo que todavía tenía que hacer un hueco en mi agenda, y luego le pedí que se pusiera en contacto con Ava. Le acompañé a la puerta, sin darle tiempo a entretenerse con Ava.

Pero en cuanto volvió a ver a mi secretaria, parecía haber olvidado por completo el asunto de la cita. No me gustó la forma en que la miró. Era como si la imaginara en una posición comprometida. Me di cuenta de que ella también lo notó, y la mirada gélida que le dirigió habría sido suficiente para desanimar a la mayoría de los hombres. Jonas Matthews, sin embargo, no era

como la mayoría de los hombres. Había que animarlo insistentemente a salir. Lo acompañé hasta el ascensor y pulsé el botón que le llevaría de vuelta al vestíbulo.

Luego volví al escritorio de Ava. "Qué idiota".

"¿De dónde lo has sacado?", preguntó.

"Amigo de un amigo", respondí.

"Es... entusiasta".

Me reí. "Es él. ¿Ya has almorzado?".

"Lo hice", dijo ella.

"¿Pero has comido?", hice la siguiente pregunta, sabiendo perfectamente que la respuesta era no.

Ava negó con la cabeza y me dedicó una tímida sonrisa.

"Vamos", dije, entrando en mi despacho para coger la cartera y volviendo un momento después. "Vamos a por un trozo de pizza".

"No puedo permitir que pagues por mí todo el tiempo", objetó ella. Me alegró ver que, aunque sus palabras eran despectivas, su lenguaje corporal no lo era. Se levantó, dispuesta a seguirme hasta la puerta.

"Va a ser una comida de trabajo", le dije, "necesito relajarme después de esa reunión".

"No me sorprende". Entró en el ascensor conmigo. "El hombre es como un pulpo verbal".

Me volví hacia ella, pensando en la metáfora. "Lo es", acepté. "Tenía un montón de ideas y yo no podía decir nada".

"¿Qué quería?".

"Esencialmente, quería amenazarme".

Ava jadeó y sus bonitos ojos se abrieron de par en par por la sorpresa. "Oh, Dios mío".

"No es tan dramático", aseguré. "Quiere empezar su propia línea de moda, y yo puedo ayudarle siendo su mentor, o seguirá sin mí".

Ava se relajó y sus visiones de que me apuntaban con una pistola o lo que fuera que había imaginado fueron sustituidas por una imagen más realista. "Eso no suena tan mal ahora".

"Tiene el dinero y el tiempo. Podría convertirse en un fuerte competidor", respondí, molesto conmigo mismo porque la perspectiva pesaba mucho en mi mente. Ya había tratado con nuevas empresas. Podría esperar a que alcanzara una determinada cuota de mercado y entonces comprarlo. No era necesario animarlo con mi atención.

Cuando el ascensor se detuvo, dejé que Ava saliera la primera. Pasó y me dio tiempo para seguir adelante de nuevo. Salimos juntos de la oficina y no prestamos ninguna atención al guardia de seguridad. Le pagaban bien y no difundía ningún chisme. Además, era libre de comer con quien quisiera. No significaba nada.

Había una pizzería cerca. Giramos a la derecha y bajamos por la acera mientras hablábamos de cómo sería el resto de la jornada y la jornada siguiente. Como lo que nos conectaba tenía que ver sobre todo con la oficina, era fácil ceñirse a los temas de trabajo. Sin embargo, no me sentí en absoluto incómodo en su presencia ni como si todo fuera muy formal. De hecho, su compañía era amistosa.

Pedimos en el mostrador, tomamos nuestras bebidas y nos sentamos. Elegí un asiento cerca de la ventana para poder ver a la gente que pasaba por la calle. Era acogedor, pero de alguna manera también bullicioso. Había un partido de béisbol en la televisión, y los pocos televisores repartidos por el lugar estaban todos sintonizados en el mismo canal.

Ava hizo un comentario sobre uno de los jugadores, lo que me hizo ver que estaba siguiendo la temporada. Fue una agradable sorpresa. Por alguna razón, no esperaba que se interesara mucho por los deportes, y que se demostrara que estaba equivocado fue una sorpresa inesperada. Se me daba bastante bien evaluar a la gente, y era raro que alguien superara mis expectativas.

Mi móvil sonó mientras hablábamos y cuando lo miré, vi que era Jill, una de mis compañeras de cama. Decidí dejar de dar rodeos y llamarla esa misma tarde. Respondí al mensaje para hacerle saber que estaba ocupado, pero no la ignoré. Me envió un emoji de pulgar hacia arriba y lo dejamos así.

De alguna manera, estar cerca de Ava me hizo sentir un poco más amoroso que de costumbre. Sin embargo, como ella estaba claramente fuera de los límites, tendría que encontrar ese tipo de compañía en otra parte. Jill era divertida y fácil de llevar. Teníamos una relación muy casual, tan casual que casi no se podía llamar relación. Ella sólo enviaba mensajes de vez en cuando y yo le respondía ocasionalmente. Quedábamos de tarde en tarde, y no nos importaba si no funcionaba.

Ojalá todo en la vida fuera así de sencillo. Durante un momento traicionero, pensé en lo agradable que sería tener una relación similar con Ava. Entonces podría llevarla a casa si quisiera y podríamos divertirnos juntos sin ninguna consecuencia. No tendríamos que manchar la oficina con un asunto sórdido, sino que podríamos permitirnos considerar algo más que una amistad profesional.

Al momento siguiente descarté ese pensamiento. Era absolutamente imposible acostarme de vez en cuando con mi secretaria sin que eso afectara al negocio. Si aprendí algo de mi padre, era que no debía empezar ninguna relación con la gente con la que trabajaba. Ava tenía que tener la cabeza limpia y concentrarse en su trabajo. Y tenía que asegurarme de que no hubiera ningún drama en la oficina por mi salud mental como por el éxito de la empresa.

Jill fue la elección correcta. Podría llevarla a tomar unas copas y luego llevarla a mi casa para pasar la noche con ella. A la mañana siguiente se marcharía y cada uno seguiría con su vida. Eso era perfecto. No estaba seguro por qué me sentía culpable escribiendo a otra mujer mientras

almorzaba con Ava. No estábamos en una cita. Sólo era una comida de trabajo. ¿O no?

Capítulo 10

Ava

Después de sólo dos semanas, estaba empezando a acomodarme. Sabía dónde estaban todas los apartamentos del edificio y ya había hecho algunos amigos. También conocía a otras secretarias y administrativas por su nombre y me estaba ganando la reputación de alguien que hacía su trabajo de forma fiable. Todo el mundo fue muy amable y me ayudó cuando estaba perdida. La empresa parecía una gran familia y yo trabajaba para el jefe.

El Sr. Brockton, o Nate, como me había pedido que le llamara, era con diferencia el mejor jefe que había tenido. Nunca se enfadó conmigo, y siempre me lo agradeció y valoró todo. Cada noche, antes de salir de la oficina, me daba las gracias. Solía ir a su despacho y preguntarle si necesitaba algo antes de irme a casa. Entonces me pedía un documento o me decía que no le faltaba nada. Y antes de salir por la puerta, decía "gracias".

Me había dado cuenta de que llegaba a la oficina temprano y trabajaba hasta altas horas de la noche. Sin embargo, no parecía estresado, sólo ocupado. Siempre tenía tiempo para almorzar conmigo y desayunar cuando iba a su despacho. Había empezado a esperar con impaciencia nuestros bagels o croissants con café, que comíamos en su escritorio.

También compartió su almuerzo conmigo e ignoró mis objeciones. Siempre que pedía comida, pedía dos raciones de todo para que yo pudiera tomar una. Y cuando tenía una reunión para comer, se aseguraba de incluirme en el pedido de comida. Después de la primera semana, deje de protestar. Me había prometido a mí misma que le devolvería hasta el último céntimo en cuanto recibiera mi primer cheque. Aunque era una tontería. El hombre era multimillonario, bien podía permitirse siete dólares al día para llevar a su secretaria a cenar. Pero yo no lo vi así. Era una cuestión de orgullo, y no quería ser una aprovechada.

El primer cheque fue como un regalo del cielo. Lo encontré en mi mesa el segundo viernes y supuse que Recursos Humanos lo puso allí antes de que abriera la oficina. Supe lo que era en cuanto lo vi. Un cheque de pago.

Abrí el sobre con cuidado de no romper el cheque. Y me dejé caer pesadamente en mi silla, abrumada por el número que tenía delante. Ya sabía que el sueldo era considerable, pero me seguía sorprendiendo. Una sola nómina bastaba para pagar el alquiler del piso en el que vivía. También era suficiente para mudarme a un piso mejor, aunque todavía no podría pagar una fianza y el primer mes de alquiler. Todavía necesitaba al menos una paga más antes de poder mudarme a un piso propio.

Pero como el apartamento en el que vivía era mío por el momento, no tenía que preocuparme. Mariah y la trabajadora social habían dicho que podía quedarme hasta seis meses si lo necesitaba. Y además, el piso era cancelable el mes que yo quisiera, nada me detendría una vez estuviera lista para mudarme.

Valoré la idea de gastar parte del dinero en ropa. Necesitaba desesperadamente un nuevo

vestuario. Se estaba volviendo embarazoso tener sólo tres trajes para elegir. La gente era educada, pero noté que algunos empezaban a darse cuenta.

Tendría que pasar por el banco. No estaba muy segura de por qué me habían dado un cheque. Pensé que el departamento de Recursos Humanos tenía todos mis datos para la transferencia. Así que envié un correo electrónico para asegurarme de que todos mis formularios habían sido recibidos. Una hora más tarde recibí una respuesta en la que se me decía que la primera y la última nómina se emitían siempre en papel. Después, no tendría que preocuparme de los trámites y el dinero se transferiría directamente a mi cuenta.

Durante todo el día le eché miradas furtivas. Fue maravilloso, porque significó un montón de cosas buenas para mí. Ya podría devolverle a Nate todos los almuerzos que me había pagado, y no tendría que aceptar limosnas suyas. Quizá incluso pudiera tomar un café antes del trabajo. Sólo ese pensamiento me hizo entrar en un estado de euforia, me imaginé una taza humeante de café con crema.

Podría llenar el depósito de mi coche e ir a hacer la compra. Tal vez incluso me daría el gusto de comer algunos bocadillos. A esas alturas estaba acostumbrada a comer sólo lo que podía conseguir en la oficina y en el refugio para indigentes, lo que los feligreses donaban en productos enlatados. Me privaba por completo de las patatas fritas y las palomitas. Sencillamente, no podía permitírmelas.

Mientras me hacía a la idea de comer bocadillos, otra imagen me entró de repente como un rayo. Podría comprar helado, sentarme en la sala de estar y tomarlo mientras veía una de las viejas películas en DVD que la organización benéfica dejó para mí. La idea era casi orgásmica y decidí hacerlo cuando el cheque estuviera en el banco.

Estaba dispuesta a comprar mi propio almuerzo, pero recordé que tenía que depositar el cheque antes de poder gastarlo. Eso significaba que tendría una última comida a costa de Nate. No se lo iba a pedir, y me sentía tan bien con mi próximo festín, que ni siquiera necesitaba echar combustible.

Mi teléfono móvil sonó, devolviendo mi atención a la realidad. Mientras miraba la pantalla, mi corazón se desplomó. Era Marcus. Estaba enfadado porque estaba saliendo con otro hombre. Eso me sorprendió. No creí que le importara. Hacía ya más de un mes que me echó y no sabía nada de él.

Fue él quien lo dejó. ¿Qué le daba derecho a opinar sobre mi vida amorosa? ¿Y cuándo había salido con otro hombre? Intenté volver sobre mis pasos en los últimos días, pero la única posibilidad que se me ocurrió fue Nate. Habíamos comido juntos un par de veces, pero no era algo serio. Marcus no podría referirse a mi jefe, ¿verdad?

Eso hubiera significado que me estaba espiando. Tuve un pensamiento aterrador. Pero, ¿de qué otra forma podría haberse enterado de mis citas para comer? Tal vez había estado paseando inocentemente por la zona y me vio aparecer con Nate en la pizzería. Pero inocente no era la palabra que usaría para describir a Marcus. Era más bien un matón.

Había asegurado a Mariah y a su organización de víctimas de la violencia doméstica que Marcus no era peligroso. Pero de repente me sentí agradecida de que me pidieran que describiera su coche. Eso significaba que alguien estaba pendiente de mí. Tenían la experiencia de parejas violentas que intentaban acercarse a las mujeres en sus casas. Pensé que conmigo sería diferente, pero tal vez me equivoqué.

El mensaje me asustó y me hizo desear que no tuviera mi número. Lo bloqueé para que no me escribiera y me planteé cambiar de número. De todos modos, no tenía muchos amigos que se pusieran en contacto conmigo por teléfono. Tal vez valiera la pena considerarlo. Siempre podría actualizar mi expediente en Recursos Humanos y comentar a Mariah lo que estaba pasando.

Durante el resto del día, no pude deshacerme de la incómoda sensación de que Marcus me estaba acechando. Había tanta malicia en sus palabras que perdí todas las ganas de comprar helado. Pero cuando volví a mirar mi cheque, me dio un subidón de adrenalina. Seguía siendo igual de espectacular que antes, nada había cambiado. Pronto sería capaz de valerme por mí misma. Marcus se olvidaría de mí, yo me olvidaría de él, y ambos seguiríamos con nuestras vidas.

Al principio me costó, pero la realidad era que empezaba a vivir de nuevo. No podía dejar que mi ex se metiera en mi vida de esa manera. Estaba segura en el trabajo y en casa. Lo que Marcus pudiera pensar era su problema. No tenía tiempo ni energía emocional para lidiar con su drama.

Esa tarde, Mariah llegó a la oficina alrededor de las tres. Llevó a dos asistentas con ella, cada una con tres bolsas de ropa. Como Nate estaba en una reunión, yo misma saludé a su madre.

"Sólo será media hora", le dije.

"He venido a verte", dijo Mariah con un gesto.

"¿De verdad?".

"Bueno, a ti y a él", corrigió. "Tenemos algunos vestidos para que te pruebes".

Miré a las dos asistentas, sin saber si debía creer a Mariah o no. "No soy una modelo", objeté titubeante.

"Son sólo muestras de la nueva colección", explicó Mariah. "No necesitamos una modelo, sino una mujer normal que las lleve durante unos días".

"Oh." Me tragué el resto de mis objeciones. "¿Y qué pasa después de unos días?".

"Entonces puedes quedartelos", respondió Mariah triunfante.

Una de las asistentas colocó su colección de bolsas de ropa sobre mi escritorio. Sacó uno y abrió la cremallera para que yo pudiera ver el contenido. Me acerqué y aparté con cuidado el plástico negro. Dentro había un precioso vestido rosa y amarillo con mangas fluidas y una falda de varias capas. Debajo había un traje pantalón azul y blanco con un cinturón decorativo y solapas anchas.

"¿Cuántos hay de estos?", pregunté, desconcertada.

"Dos o tres por bolsa", dijo Mariah.

Levanté la vista y vi que me observaba con una mirada que sólo podía describir como maternal. Y como no pude evitarlo, me incliné y la abracé. Todo era demasiado. No estaba segura de si realmente necesitaban a alguien para probarse y ponerse la ropa, pero no me importaba. "¿Cómo voy a llevarlos a casa?", pregunté.

"Los llevaremos a tu coche", anunció Mariah, mirando interrogativamente a sus asistentas.

"Sí, señora", confirmó una.

"Te enseñaré dónde está mi coche". Saqué las llaves del cajón de mi escritorio.

"Más tarde", rió Mariah.

Las asistentas parecían incómodas. Probablemente las bolsas eran pesadas y tenían que cargar con ellas. "Sólo será un minuto", mentí, aliviando su carga.

"De acuerdo", cedió Mariah. "Pero date prisa. Y deja una de las bolsas aquí, quiero ver cómo te quedan".

Aparté las bolsas de ropa y dejé la primera sobre mi escritorio, luego cogí las otras dos y me dirigí al ascensor. Las dos asistentas me siguieron y la primera volvió a tomar la bolsa a pesar de mis protestas.

Las conduje a mi coche, que estaba aparcado a una buena distancia. No preguntaron por qué, ni se lo expliqué. Me di cuenta de que habían pensado que estaba aparcado en el garaje y que el par de manzanas extra era un paseo que no habían previsto. Me callé y dejé que se quedaran con la duda.

Cuando volví a la oficina, lo primero que hice fue probarme el vestido amarillo. Mariah me pidió que me diera la vuelta y me sentí un poco tonta al hacerlo. Sin embargo, fue divertido probarme ropa nueva y sentirme como un icono de la moda. Mi mancha de nacimiento se asomaba un poco bajo el vestido. El escote no era exactamente el que yo hubiera elegido.

Mariah no se dio cuenta o fue demasiado educada para mencionarlo. A las asistentas tampoco parecía importarles. Enseguida se acomodaron en el sofá de la sala de espera y sacaron sus teléfonos móviles. En cuanto Nate salió de su reunión, Mariah se dirigió a él, ansiosa por enseñarle mis looks.

"¿Qué te parece?", preguntó la madre de Nate, agarrando la mano de su hijo.

"Impresionante", respondió.

No sabía por qué su opinión era tan importante para mí, pero lo era. Me gustó que él pensara que estaba guapa. Guardé mi antiguo traje en la bolsa de la ropa y lo colgué en el perchero del despacho de Nate. Luego me dejé puesto el vestido amarillo durante el resto de la jornada, sin

preocuparme de lo que pudiera pensar la gente.

Capítulo 11

Nate

Me atusé el pelo y miré mi reflejo en el espejo. Después de un entrenamiento matutino, seguido de una ducha y un afeitado, ya estaba listo para salir. La noche del viernes había sido divertida, pero las reglas tradicionales que dictaban cuándo se trabajaba o cuándo se estaba libre no se aplicaban realmente a los directores generales. Tenía una cita para comer con un financiero al que tenía que impresionar con mi disposición a trabajar también el sábado.

Así que me abotoné la camisa hasta el cuello e ignoré la sensación de rigidez del algodón en mi cuello. Tendría mucho tiempo para relajarme después de la reunión. Sólo era un almuerzo. Me puse un traje de chaqueta y me anudé la corbata. Era la hora del espectáculo.

Cuando ya estaba a medio camino, mi teléfono móvil sonó de repente. Lo miré y puse los ojos en blanco. Era mi madre reclamando mi atención. Me detuve y le envié un mensaje de texto para informarle de que tenía una cita. Insistió en que me pasara por allí después de comer y pasara un rato con ella en su nuevo ático. Como no se me ocurría nada para evitarlo, y no tenía nada más planeado para el resto del día, acepté.

La comida fue buena. Pude dar algunas cifras del primer trimestre que parecían prometedoras. No me sabía todos los informes de memoria, pero le prometí que Ava se los enviaría el lunes a primera hora. Se trataba más bien de presentarme y prometer hacer un buen trabajo. Bajo el liderazgo de mi padre, los bancos siempre recibieron su parte. En aquel momento me tocaba a mí continuar esa tradición, y sólo querían asegurarse de que yo era consciente de ello.

Sabía bastante de operaciones, lo suficiente para mantener la conversación. Tampoco estaba tratando de impresionar. Lo sabía todo sobre nuestra empresa y que éramos una fuerza a tener en cuenta en el sector. Todo lo que tenía que hacer era dar la impresión de que la empresa estaba en buenas manos.

Nos despedimos en torno a la una, habiendo logrado ambos nuestros objetivos. Conduje hasta la casa de mi madre, aparqué y subí. Vivía en el último piso de un pequeño edificio antiguo que había sido renovado recientemente. La puerta principal estaba abierta, lo que no me gustó nada. Tendría que hablar con ella para que instalara un portero automático.

Era la primera vez que visitaba su piso y evalué todo con ojo crítico. Definitivamente era un barrio seguro, y por lo que sabía, mamá no tenía enemigos. Pero me hubiese sentido mejor si la puerta principal hubiera estado cerrada con llave. Así sólo podrían entrar los residentes.

Subí al tercer piso y llegué a un pequeño rellano. Allí no había nada más que una puerta y un pequeño espacio. Llamé a la puerta y oí que algo se movía dentro del piso. Un momento después, mi madre abrió la puerta y dio un paso atrás para dejarme entrar.

Llevaba una de sus muchas túnicas fluidas, con mangas de trompeta y un estampado de batik de color marrón turbio. Para ser la exesposa y madre de ejecutivos de empresas de moda, parecía

estar un poco ciega a las tendencias del momento. Aprecié la nostalgia de los años 70, pero no era exactamente contemporánea.

Sin embargo, guardé mis críticas. No ayudaría a nuestra relación, y de todos modos no le importaba lo que yo pensara de su vestido. Era el piso lo que ella quería que viera. Quería lucirlo y no lo ocultaba.

"¿Qué te parece?". Entró en el salón, agitando las manos en el aire como si con ello pudiera conjurar el alma del piso.

"Es bonito", respondí. Techos altos, mucha luz natural, suelos de madera, el piso era simplemente genial. También era espacioso. No era un piso estrecho. Había un amplio salón que daba paso a una pequeña cocina. A un lado estaba el pasillo que conducía a dos dormitorios, uno para mi madre y otro para los invitados. Había dos baños, uno junto al dormitorio principal y otro en el lado opuesto de la sala de estar.

Tenía una televisión, pero sabía que no la usaba. Probablemente fue un accesorio que dejaron los agentes inmobiliarios cuando amueblaron el piso. Las paredes estaban decoradas con los cuadros favoritos de mi madre: brillantes óleos de colores abstractos y formas geométricas.

"Es perfecto para ti", mejoré mi primera respuesta.

"Gracias". Me dio un beso en la mejilla. "¿De qué trataba la reunión?".

"Uno de los viejos amigos banqueros de papá quería asegurarse de que no era un maldito imbécil", le expliqué.

"¿Y le mostraste que no lo eras?".

"Por supuesto". La seguí hasta la cocina, donde me sirvió un vaso de zumo. En realidad no tenía sed, pero lo acepté de todos modos.

"No es una tarea difícil", comentó.

"No", coincidí con ella.

"¿Qué te pareció la nueva colección de Ava?". Mamá me guiñó un ojo y sentí que me estaba insinuando algo.

"Es una gran colección. Estoy seguro de que será un éxito en las tiendas cuando salga". Volví al salón con mi vaso y me senté.

Mamá me siguió y oí sus pies descalzos pisando el suelo. "No me refería a eso".

"Entonces no tengo ni idea de lo que quieres decir". Le dirigí una mirada aguda para disuadirla de seguir con la insinuación.

"Es una chica maravillosa", continuó, ignorando mi advertencia.

"No", le regañé.

"¿Qué?", preguntó inocentemente.

"No, no estoy interesado en Ava de esa manera".

"No he dicho que lo estuvieras".

"¿Es una chica maravillosa?", repetí la afirmación de mamá, enfatizando de forma que sonara siniestra.

"¡Lo es!". Mariah jadeó como si la hubiera insultado.

"No tengo ninguna duda al respecto". Sentí que mi voz se elevaba y luché por controlarme. "Es que no me gusta que seas así".

"Tú tampoco deberías", cedió mamá, abandonando la lucha.

"De acuerdo". Levanté las manos en señal de rendición.

"Pero admítelo. Te alegras de que ya no esté en el refugio", continuó su ataque desde otro ángulo.

"Estoy muy contento de que tenga piso propio", respondí. "Pero no porque quiera estar con ella".

"Oh, cariño." Mamá arrugó la nariz. "No seamos tan poco delicados".

Sacudí la cabeza. No había manera de que pudiera ganar. Al parecer, ella era libre de hacer todo tipo de sugerencias e insinuaciones inapropiadas, pero si le llamaba la atención, yo era el villano. La única manera de zafarme de la conversación era desviarla hacia otras cosas. Me puse a pensar. El divorcio era un tema delicado, y mamá no estaba realmente involucrada en las operaciones diarias del negocio. No jugaba al golf ni a los videojuegos.

"¿Tienes noticias de la tía Polly?", pregunté. La hermana de mi madre era un absoluto desastre y siempre proporcionaba un buen tema de conversación.

"Oh, nunca adivinarás lo que está haciendo ahora". Mamá mordió el anzuelo y se lanzó a una animada exposición sobre el último escándalo de Polly. Estaba involucrada en algún tipo de esquema Ponzi que implicaba la venta de limpiadores domésticos orgánicos. El problema era que Polly ya había vendido botellas a todos los de su círculo cercano, incluida mi madre. "Es bueno, y huele bien, pero no funciona mejor que el material barato. Y no voy a seguir comprando limpiador en spray a mi hermana. Tiene que hacerlo llegar desde California. Es una locura. Me saldría mucho más barato ir a la droguería más cercana".

"¿Y qué va a hacer con un armario lleno de artículos de limpieza?", pregunté.

"¿Empezaré mi propio servicio de limpieza?", sugirió mamá, riéndose de lo absurdo de la idea.

"Tal vez deberías venderlos".

"Pero no tiene beneficios", me recordó mi madre. "Todo va a parar a la gente de arriba".

"Dile que busque un abogado", le aconsejé.

"Ya lo hice".

"¿Y qué dijo ella?".

"Dijo que se encargaría de ello".

Miré mi teléfono y fingí recibir un mensaje. "Tengo que irme", dije mientras leía los nombres de las aplicaciones en la pantalla.

"¿Quién es?", preguntó mamá.

"Peter", mentí. "Quiere ir a tomar una copa".

"Dile que le mando saludos". Mamá se levantó. Sabía que la visita había terminado.

Le di un beso en la mejilla antes de irme. Era agotadora, pero su corazón estaba en el lugar correcto. Sabía que se sentía sola, pero también era consciente de que estaba cansada de tener que soportar las tonterías de papá. Dejarlo había sido la decisión correcta.

De camino a casa, paré en mi restaurante griego favorito. Tenían una ensalada y pinchos de barbacoa, que me gustaban especialmente. Todavía era temprano, pero de todos modos estaba de camino. Al entrar en el restaurante, vi a Ava sentada en una de las mesas con una joven bastante anodina. Pensé acercarme a ella y saludarla, pero luego deseché la idea.

No estábamos en horario de trabajo. Aunque nos llevábamos bien en la oficina, nunca habíamos hablado fuera del trabajo. Me alegró ver que había salido y disfrutado de una comida. Sabía que una vez que llegara la nómina, podría hacer mucho más que antes.

Esperaba que se diera un capricho, que se comprara unos zapatos o un bolso o lo que quisiera que hasta hacía poco estaba fuera de su alcance. Me acerqué al mostrador e hice mi pedido. La comida ya estaba lista, así que lo único que tenían que hacer era envolverla para llevármela.

Cuando todo estaba envuelto, pagué mi comida y me fui mientras me preguntaba en silencio por qué Ava aparecía tan a menudo en mi vida. Encontrarse con ella tan al azar en el restaurante después de hablar con mi madre parecía un giro del destino. Sacudí la cabeza. Me fui volviendo poco a poco más romántico. Ava era sólo mi secretaria y yo sólo su jefe. Así que no había necesidad de ver más en ese encuentro casual.

Tiré mi comida en el asiento del copiloto y conduje a casa. El día ya había terminado y en realidad no había hecho mucho. Mientras aparcaba en casa, revisé los correos electrónicos de mi teléfono y vi que el banquero se había intentado poner en contacto conmigo. Sólo quería hacerme saber lo mucho que apreciaba haberme conocido y que estaba deseando trabajar conmigo en el futuro.

Redacté un correo electrónico igualmente profesional, con el mensaje implícito de que revisaba los correos electrónicos incluso a última hora de la tarde de un sábado, y lo envié. Al entrar en mi casa, me quité los zapatos. Era el momento de relajarse un poco antes de la cena. Los

videojuegos me llamaban.

Capítulo 12

Ava

Miré a mi jefe de reojo. Después de cobrar mi paga, me sentí rica y decidí salir esa noche. Llamé a una de mis antiguas amigas de la universidad a la que no había visto desde que empecé mi relación con Marcus.

Se alegró de recibir la llamada y decidimos reunirnos en el Olive Pit, un restaurante griego de comida rápida situado en una zona de moda de la ciudad. Entré en el restaurante con uno de los vestidos de Mariah. Después de probármelos, los había clasificado por diseño profesional, estilo y color. Los había colgado en mi pequeño armario y pasé un buen rato mirándolos.

Había diez conjuntos, el doble de mi vestuario normal. Había elegido un vestido corto y sexy de color púrpura y llevaba un par de botas que tenía desde antes de quedarme sin hogar. Sentí que había llegado a mi destino, que volvía a estar en pie y que ganaba dinero en mi nuevo y elegante trabajo.

Ya no estaba bajo el control de Marcus y podía cuidar de mí misma. Tenía suficiente dinero en mi tarjeta de débito para comprar alimentos y gasolina, y un poco de sobra para gastar en cosas bonitas. Fue mi primera cita real para cenar en mucho tiempo. Estaba deseando ver a Ari, ponerme al día con ella y ponerla al corriente de todo lo que me pasaba.

Nos alegramos mucho de vernos. En cuanto la vi, me di cuenta de que había pasado demasiado tiempo. La abracé y hablamos mientras el camarero nos servía la comida. En realidad era un local de comida para llevar, pero todavía había algunas mesas. La gran diferencia entre comer en un restaurante y comer para llevar era que nos servían la comida en platos de porcelana.

Pedí una ensalada y una brocheta de pollo a la parrilla. Sin embargo, no fue muy saludable porque la ensalada venía con un fantástico aderezo que vertí por todo el plato. Ari pidió unos gyros con patatas fritas. Era una cosita pequeña y no tenía que preocuparse demasiado por las calorías.

"Estás fantástica", comentó acomodándose en su asiento.

"Gracias, tú también", respondí. Decidí pasar por alto todo el asunto de los indigentes. "Tengo un nuevo trabajo".

"Eso es genial. ¿Dónde trabajas?".

"En Brockton Clothing", le dije. "Soy secretaria ejecutiva".

"Oh". Ari parecía confundida. Un trabajo de secretaria no encajaba con mi licenciatura. "Pensé que ya estarías en televisión".

"Es un poco más difícil de entrar de lo que pensaba", admití. Eso era en parte cierto. En efecto, era difícil afianzarse en el trabajo de tus sueños cuando tenías que preocuparte por conseguir tu

próxima comida. "Quizá lo intente de nuevo más adelante, en este momento me gusta mucho mi trabajo".

"¡Eso es genial!".

"¿Y tú? ¿Has tenido suerte?".

"Yo tampoco estoy en mi trabajo ideal", dijo, sonriendo. "Trabajo como camarera".

Intenté no parecer demasiado sorprendida. "Es un buen trabajo".

"Lo es", aceptó ella. "Y voy a la universidad nocturna".

"¿Qué estás estudiando?".

"Quiero hacer un máster en administración de empresas", respondió, "y después me gustaría abrir mi propio restaurante".

"Eso no tiene nada que ver con el periodismo", me reí.

"En absoluto", respondió, "pero me mantiene ocupada. Creo que estudié periodismo porque mis padres querían que lo hiciera".

En ese preciso momento, levanté la vista y vi a Nate entrar por la puerta. Volví a bajar la mirada a mi ensalada, casi avergonzada por haber sido sorprendida fuera de la oficina. Entonces recordé que era sábado. No estaba holgazaneando en tiempo de trabajo, sino cenando con una vieja amiga.

Nate no me prestó atención y me pareció incómodo levantarme y acercarme a él para saludarlo. Así que nos ignoramos mutuamente. Eso estuvo bien. No era exactamente un amigo, aunque sentía que nos acercábamos más cuanto más tiempo trabajábamos juntos. Tal vez no me reconoció.

Ari observó mi mirada y se inclinó para susurrar confidencialmente. "Está bueno".

"Es mi jefe", dije distraídamente.

"Ahora sé por qué te gusta tu trabajo", se burló de mí.

Me sonrojé y desvié la mirada. La vista de la calle a través de la ventana se volvió repentinamente muy interesante. Había unos cuantos coches aparcados fuera, y me fijé en la forma en que caía la luz del sol sobre sus parabrisas."No es así", insistí.

"De acuerdo", cedió, dándose cuenta de que intentaba cambiar de tema.

Fue la primera vez que me di cuenta de lo atractivo que era Nate. Me detuve en ese pensamiento y recordé la primera impresión que tuve de él. Lo sabía desde el principio. Pero lo había olvidado después de pasar tanto tiempo a su lado.

Ari acababa de recordármelo y tuve que reírme de mí. Por supuesto que era atractivo, pero era

mi jefe. No sabía nada de su vida amorosa, no era asunto mío. Pidió comida para llevar y se fue para que yo pudiera volver a respirar con normalidad.

Me volví hacia mi amiga y la vi observándome atentamente. Conmovida, pinché un trozo de pollo y me lo metí en la boca. Ella no podía saber lo que Nate y yo habíamos pasado. Que me había rescatado de la pobreza y me había conseguido un piso, que era el responsable de la ropa que llevaba y del dinero de mi cuenta bancaria. Nada de eso era despreciable, por supuesto. No era un amante. Pero sin Nate, Mariah nunca habría llegado a mi vida. Y sin Mariah, hubiera seguido durmiendo en la calle.

"¿Qué pasó con Marcus?", preguntó Ari inocentemente.

Me atraganté con mi trozo de carne. La sola mención de su nombre me hacía hervir la sangre.

"¿Tan malo es?", me preguntó mi amiga mientras buscaba agua.

Me tragué la carne. "Rompimos".

"¿Puedo preguntar por qué?".

"Me engañó", respondí. "Pero prefiero no hablar de eso".

"Muy bien". Ari levantó una mano para indicar su acuerdo.

Terminamos nuestra comida y Ari me habló de otras compañeras con las que habíamos estado en la universidad. Me alegró saber cómo les iba y que algunas de ellas ya estaban felizmente casadas.

"Deberíamos repetir alguna vez", dije mientras recogíamos nuestras cosas para irnos.

"Definitivamente", aceptó Ari. "Vuelve a llamarme otra vez".

"Lo haré", prometí.

Nos abrazamos y luego cada una se metió en su coche. Volví a mi piso sintiéndome mejor que en mucho tiempo. Mi vida estaba mejorando. La cena no había sido tan cara, así que todavía tenía mucho dinero para gastar en otras cosas. Decidí apartar mil dólares para un piso mejor, pero eso aún me dejaba más de mil dólares de sobra. Si los ahorraba también, podría permitirme fácilmente un piso propio en unos meses.

Todavía me quedaba media tarrina de helado de la fiesta de la noche anterior esperándome en el congelador. Así que cogí una cuchara y me senté en el sofá para ver una vieja comedia romántica. La mujer era joven y hermosa y el hombre era rico y exitoso. Casi me resultaba un poco familiar, como si la historia fuera sobre mí y no sobre una estrella de Hollywood. Sin embargo, rápidamente aparté ese pensamiento y me reí de mis propias imaginaciones.

Pasé el resto del fin de semana sola, poniéndome al día con todas las cosas maravillosas que no había podido hacer durante tanto tiempo. Me bañé. La bañera no era muy grande, pero sí suficiente. Entonces encontré una receta que quería probar y cociné pollo con verduras en mi

cocina. Puse música y bailé en mi salón. Más tarde, escogí un libro de la biblioteca, me senté en el sofá durante unas horas y me perdí en la lectura.

Cuando llegó el lunes, estaba lista para volver al trabajo. La ropa de Brockton fue un cambio en mi vida. Ir a trabajar era como volver a casa. Tenía mucho que hacer, pero todo era factible. Y era buena en mi trabajo, estaba orgullosa.

Llevé el traje de pantalón azul. Puede que fuera gratis, pero era vanguardista. Me sentí como una mujer recién nacida. Sinceramente, no recordaba la última vez que me puse algo que no hubiera encontrado en una tienda de segunda mano. Incluso cuando estaba en la universidad, nunca utilice ropa cara. Un par de vaqueros y un par de camisetas me bastaron para pasar los cuatro años de universidad. Más tarde, cuando vivía con Marcus, él se encargaba de elegir mis vestidos. La ropa de Mariah me hacía sentir dueña de mi propio cuerpo. Era como si tuviera un sexto sentido sobre mi estilo y mi figura. Todos los modelos eran favorecedores. Me adaptaba mucho mejor a la rutina de la oficina con la ropa cara. Mientras subía en el ascensor recibí muchos cumplidos, fue un buen comienzo de la jornada.

Cuando llegué, vi que Nate no estaba en la oficina, lo cual era extraño. Tampoco habría desayuno gratuito, pero estaba bien. Ya no tenía hambre. Esa vez había llevado mi propio almuerzo para ahorrar unos cuantos dólares. Tenía cosas ricas como fruta y pasas sultanas, y estaba deseando comérmelo en el descanso.

Me acomodé en mi silla y encendí el ordenador. Había un montón de correos electrónicos que responder. Era evidente que muchos de los altos cargos trabajaban durante el fin de semana. Los datos de fecha y hora me indicaron que algunos de ellos todavía estaban despiertos a las tres de la mañana enviando mensajes masivos que podrían haber esperado hasta la mañana siguiente. Pero no importaba. Respondí a todo lo que requería mi atención y luego me puse a trabajar en la agenda de Nate para la semana.

Eran casi las diez cuando Nate entró por fin en la oficina. Me levanté para saludarlo, sin saber si debía estrecharle la mano o simplemente sonreír y asentir. En cualquier caso, no me parecía respetuoso ignorarlo y seguir con lo que estaba haciendo.

"Buenos días", dije.

"Buenos días", respondió.

"¿Quieres repasar tu agenda?".

"Sí". Abrió la puerta y entró sin decir nada más.

Cogí mi bolígrafo, mi papel y lo seguí. "¿Qué tal el fin de semana?".

"Bien, ¿y el tuyo?".

"Bien también", respondí. No quería parecer demasiado entusiasta, pero de todos modos él conocía mi situación. "Desperdicié un poco de dinero".

"Me resulta difícil de creer". Dejó su maletín junto al escritorio y abrió las cortinas.

La oficina estaba inundada de luz y tuve que parpadear varias veces hasta que mis ojos se adaptaron. "Me giré un poco para que pudiera ver el contorno de mi ropa.

"Se ve bien", dijo secamente. Sin saber si le gustaba o no, decidí que era hora de ir al grano.

"Hoy tienes dos reuniones y una conferencia telefónica".

"¿Material de preparación?".

"Ya está en tu bandeja de entrada".

"Estupendo. Lo tienes todo resuelto", dijo, mirándome por fin a los ojos.

Le regalé una brillante sonrisa. No me importaba que fuera mi jefe, ni si tal vez era inapropiado. Disfrutaba de sus elogios. Me dio la única cosa que necesitaba en la vida: el aprecio verdadero. Todo lo demás era superfluo. La comida, la vivienda, la ropa, todo era secundario frente al respeto. Sentía que me había tocado la lotería con ese trabajo, no me importaba quién lo supiera.

Cuando terminó nuestra pequeña reunión diaria, volví a mi escritorio y comencé a clasificar los mensajes de voz. Siempre anotaba toda la información que los clientes dejaban. Pegaba los mensajes en correos electrónicos y los enviaba a los destinatarios correctos. Envié los mensajes destinados a Nate, cada uno con el nombre de la persona que llamaba.

Lo prefería así. Podría devolverles la llamada. Era más fácil que darle una lista completa de mensajes.

La jornada transcurrió sin incidentes, era casi la hora de comer cuando de repente sonó mi móvil. Al mirarlo, vi un mensaje de Marcus. Maldito tipo. Pensé que lo había bloqueado. Comprobé el número de teléfono y vi que había estado enviando mensajes de texto desde un smartphone diferente. Tendría un número nuevo o tomó prestado el teléfono de otra persona. Entonces se me ocurrió una cosa. Era posible que utilizara algún tipo de software o aplicación que le permitiera saltarse mi bloqueo.

No pude evitar murmurar en voz baja. Preocupada, bloqueé también ese número y apagué el dispositivo. En ese momento, Nate salió de su despacho y se dirigió al ascensor. Se detuvo a mi lado, me miró y sonrió socarronamente.

"¿Acabo de oírte jurar?".

"¿Qué?". Miré hacia arriba avergonzada. "Sí, lo hice, lo siento".

"¿Qué pasa?".

"Es mi exnovio", dije sin pensar. "Creía que lo había bloqueado, pero de alguna manera encontró la forma de anular el bloqueo. Me envió un mensaje desde otro número".

"¿Quieres un teléfono nuevo?", preguntó Nate.

Me quedé atónita y sentí que se me caía el alma. No podía aceptar la oferta, teniendo en cuenta que podría superar los mil dólares, según el modelo.

"Es un teléfono de trabajo", explicó Nate. "Iba a conseguirte uno de todos modos".

"Pero no lo necesito para trabajar", respondí.

"Entonces será mejor que no se lo digas", aconsejó.

"No puedo aceptarlo".

"No es un regalo. Es propiedad de la empresa y tendrás que devolverlo cuando te vayas, es sólo para poder localizarte", explicó Nate.

Con los pensamientos acelerados, miré a mi escritorio. ¿Podría pedir prestado un nuevo teléfono a la oficina? Si me limitaba a seguir las instrucciones de Nate y no contaba mi historia al departamento de informática, asumirían que todo era normal. Si era un teléfono de trabajo prestado a los empleados de la empresa, no hubiera estado aprovechándome de nadie. No fue un gesto magnánimo y desinteresado, sino una solución mutuamente beneficiosa para mi problema personal.

"De acuerdo", acepté.

"Genial", dijo. "Le enviaré un correo electrónico a TI tan pronto como regrese".

"Gracias", dije tras él.

"No tienes que darme las gracias", respondió. "Basta con que hagas un buen trabajo".

Mientras bajaba en el ascensor, me quedé mirando el pasillo vacío, preguntándome cómo podía tener tanta suerte. No podría saberlo, pero utilizar un teléfono móvil de la empresa era casi tan gratificante como tener un techo. Le debía tanto a Nate y a su familia que nunca podría pagarlo. Después de ese último pensamiento, me lancé a mi trabajo con mucho entusiasmo. Si todo lo que quería era una excelente secretaria, entonces yo sería la mejor secretaria que habría tenido en su vida. Conseguiría que todas las demás secretarias parecieran basura. Le demostraría que valió la pena cada favor que me había hecho y mi objetivo número uno en la vida sería dar lo mejor de mí para Nate Brockton y su empresa.

Capítulo 13

Nate

Acababa de volver de mi descanso para comer. Tenía un gimnasio a la vuelta de la esquina, y como pasaba más tiempo en la oficina que en casa, me había hecho socio. Cuando me sentía realmente estresado, salía a correr o incluso a nadar antes de mi siguiente reunión.

Había hecho unos cuantos kilómetros, me había duchado y cambiado antes de volver a la oficina. En lugar de escribir un correo electrónico, me pasé por el departamento de informática. Quería hacer el pedido del teléfono personalmente. Eso era algo que no había aprendido de mi padre. Se había mantenido aislado y sólo tenía contacto con el resto del personal a través de Lauren. No quería cometer el mismo error y me propuse hacer una ronda por la oficina cada pocos días.

Me tomaba una hora, hablaba con los vicepresidentes y echaba un vistazo a los diseños de la próxima temporada. A continuación, me asomaba a la sala de descanso para ver quién estaba allí, me preparaba un café y me quedaba un rato charlando. Por último, iba al departamento de finanzas y comprobaba con los responsables de las cuentas por cobrar si tenían algún problema.

Siempre seguiría el curso de las actividades. Podría ser que un problema con un distribuidor no fuera lo suficientemente importante como para que me enviaran un correo electrónico, pero estando allí, quizá alguien diría algo. Había leído sobre esas técnicas en algunos de los libros de liderazgo que había leído. Quería asegurarme de hacer un buen trabajo y una de las técnicas recomendadas en casi todos los libros era recorrer las oficinas y pasar tiempo con el personal. Así que pensé que podía matar dos pájaros de un tiro. Podía hacer una visita al departamento de informática y asegurarme de que todo funcionaba bien, y al mismo tiempo pedirles que consiguieran un teléfono móvil para Ava.

Cuando volví a mi despacho, había un correo electrónico esperándome en mi bandeja de entrada. Se lo reenvié a Ava, sospechando que se emocionaría. Hacia las tres de la tarde, entró en mi despacho para enseñarme su nuevo aparato. Era un elegante teléfono móvil negro con una base de datos y varias aplicaciones ya instaladas. Tenía todo el material de oficina para que pudiera trabajar en hojas de cálculo y otras cosas desde casa y también tenía buzón de voz para que pudiera rechazar las llamadas no deseadas. Por supuesto que el exnovio no se haría con ese número, estaba seguro.

Me preocupaba que la estuviera acosando. No sabía mucho de él, excepto que era la razón por la que ella se había quedado en la calle. No entendía cómo aquel hombre pudo poner a una mujer en la indigencia. Incluso alguien que no me cayera bien no merecería ese trato.

Si Ava no hubiera estado en la calle cuando nos conocimos, no habría sentido un impulso tan fuerte por protegerla. Por la forma en que tuve que intervenir me sentía responsable. El tipo era la última mierda. Si hubiera sido por mí, le habría aconsejado que lo denunciara a la policía, pero no sabía si esa sugerencia le sentaría bien.

Conociendo la organización benéfica de mi madre, sabía que estaban pendientes de esas cosas. Ava se había presentado originalmente como una mujer soltera, alguien que no estaba agobiada por relaciones anteriores. Pero eso no era del todo cierto. Un teléfono móvil de la empresa era lo menos que podía hacer por ella. Sinceramente, pensé en pedir uno para ella hacía una semana, pero se me había olvidado.

"Ava", dije con seriedad, interrumpiendo su excitada efusividad sobre el aparato.

"¿Sí?".

"Si algo fuera mal, ¿me lo dirías? Lo había dicho como una pregunta, pero sonó más como una orden.

Apretó los labios y consideró mi petición. "Por supuesto".

"Si lo ves...", le advertí.

"Te lo haré saber", prometió.

"De acuerdo". Dejé el tema.

Tras esas últimas palabras, se produjo un silencio pesado e incómodo entre nosotros. Había cruzado una línea, y lo sabía. Mi pregunta no fue precisamente profesional. Tampoco era sentimental, sino que se encontraba en el ámbito de la atención y la preocupación. Era importante que le hiciera ver la gravedad de su situación. Ya había escuchado demasiadas historias de mi madre sobre mujeres que habían subestimado la ira de sus compañeros de vida.

Sí, quería que estuviera cerca para trabajar para mí, pero también quería asegurarme de que estuviera a salvo. No era del todo egoísta, y ella lo sabía. Me dedicó una sonrisa antes de volver a su escritorio y cerrar la puerta.

Maldije en voz alta y lancé el bolígrafo al otro lado de la habitación. Poco a poco, estaba empezando a involucrarme demasiado en sus asuntos. Ella era sólo una empleada y yo tenía que permanecer distante. Darle un teléfono móvil, un vestuario nuevo y un piso estaba bien siempre que supiera dónde poner el límite. Pero no podía dejarme llevar. Me recordé que ella estaba fuera de los límites.

Había muchas mujeres a las que podía recurrir para satisfacer mis necesidades sexuales. Jill, por ejemplo, siempre estaba dispuesta e interesada. Luego estaban Cherry y Amanda. Me divertía con las dos, cada una fue genial a su manera. Tenía que llamar a una de ellas esa noche si quería seguir manteniendo la distancia con Ava. Rápidamente se estaba convirtiendo en la primera persona en la que pensaba cuando me despertaba por la mañana, y su cara era lo último que veía antes de dormirme.

El reloj avanzaba silenciosamente y sus manecillas se acercaban ya a las cinco cuando Ava volvió a llamar a la puerta.

"¡Entra!", dije.

Abrió la puerta y vi a mi padre de pie detrás de ella en la entrada. No pude evitar que mi cabeza cayera sobre mi cuello en señal de frustración. Fue sólo un pequeño movimiento, pero no pasó desapercibido. Si hubiera estado jugando una partida de póquer, eso hubiera significado acabar de anunciar mis malas cartas. Sin embargo, por suerte para mí, a mi padre no le importaba.

Entró como si fuera el dueño del lugar, chocando con Ava y casi derribándola al entrar. Busqué su mirada y me disculpé con ella sin palabras, pero estaba distraída y no captó el sutil mensaje. Entonces la puerta se cerró de nuevo y vi a mi padre dirigirse a la ventana.

Se detuvo brevemente para echar un vistazo a la ciudad y a la zona que había sido su dominio. "Secretaria caliente", dijo.

"Aléjate de ella", ordené, buscando en mi interior la fuerza para respaldar esa petición.

Probablemente podría haberme ahorrado la molestia. Era un cabrón machista del que no podría protegerla. Aparte de una paliza, nada funcionaría con el viejo. Nunca le había pegado, aunque algunas veces estuve a punto. Después de lo que le había hecho a mamá, por no hablar del montón de mujeres con las que se había acostado a lo largo de los años, la medida estaba más que llena.

"Bonito escritorio". Papá observó el escritorio de pino que utilizaba para trabajar. "¿Qué pasó con el anterior?".

"Lo quemé", respondí.

"¿De verdad?".

"En realidad no. Está en el almacén".

"Bueno, sácalo. Me gustaba esa mesa".

"Puede ser tuyo”, dije. "Llévatelo, por favor.".

Entrecerró los ojos, tratando de determinar si estaba bromeando o no. "Llama a los vicepresidentes, hagamos una comida de trabajo".

"Son casi las cinco", objeté.

"Una cena de trabajo entonces", continuó, sin querer ceder.

"¿Hay algo que quieras?". Me metí las manos en los bolsillos, sintiéndome de nuevo un adolescente.

"Sólo quiero ver cómo te va", dijo.

"Eres demasiado adulto para dejar que tu padre te ayude, ¿verdad?". Me dio un codazo en broma, como si todavía fuera un niño y algo así era importante para mí.

"Estoy muy ocupado", mentí.

"De acuerdo entonces, invitaré a tu secretaria a tomar una copa". Se dio la vuelta para marcharse.

"¡No!", le increpé. "Déjala en paz".

Lex Brockton hizo una pausa, se dio la vuelta y entonces la sonrisa más fea que jamás había visto se dibujó en su rostro. "Te gusta".

"No", protesté.

"Sí, lo sabes", insistió desafiante, dando otro paso hacia mi escritorio. "Si no te gusta, está disponible".

"Vale, está bien", resoplé. "Me gusta. Voy a invitarla a salir. No la toques".

"Tienes buen gusto para las mujeres", elogió y se volvió hacia la puerta. "¿Por qué no te pasas por mi casa alguna vez? No te hagas de rogar".

"De acuerdo", respondí, aliviado por haber conseguido sacarlo de la oficina sin mucho problema.

No quería ni imaginar cómo habría sido una cena con los vicepresidentes.Hubiera sido una tortura para todos los implicados, excepto para mi padre. Nadie hubiera sabido quién presidía la reunión y habría habido muchas pausas incómodas y bromas groseras. Nadie habría querido ir, pero todos habrían acudido por sentido del deber. Me hubieran obligado a soportar una historia tras otra sobre lo estupenda que había sido la empresa hacía un año, cuando mi padre era el director general. Y todos hubieran esperado que la cena terminara cuanto antes para que pudieran irse a casa con sus familias.

Un rato después llamó Jonas, cosa que no me apetecía en absoluto, y me planteé pedirle a Ava que le cogiera el recado. Pero la amenaza que suponía el joven me hizo pensarlo dos veces. No podía dejar que los problemas con mi padre me impidieran tomar la decisión correcta para la empresa. No quería ganarme un enemigo sólo porque mi padre me había puesto de los nervios.

Así que le di luz verde a Ava para que atendiera la llamada, señalando que sólo le quedaba media hora para el fin de la jornada. Jonas fue excesivamente amable, como siempre, y me halagó con su típico encanto.

"¿Duro en el trabajo, o el trabajo es duro?", preguntó bromeando.

"Ya me conoces", respondí, negándome a dar más detalles.

"Mira, eres un tipo inteligente, cualquiera estaría encantado de escuchar tu opinión. ¿Qué tal si tú y yo salimos a comer sushi? Tú dices cuándo y dónde. No aceptaré un no por respuesta".

¿Qué podía decir? El tipo no iba a dejarme escapar sin luchar, y ni siquiera estaba seguro de quererlo hacer. Acepté reunirme con él, pero conseguí posponer la reunión hasta la semana siguiente. Tendría tiempo para prepararme, pues ya sabía que todo el asunto probablemente me daría dolor de cabeza.

A las cinco en punto, Ava entró en mi despacho y me preguntó si podía hacer algo más por mí antes de salir del trabajo. La miré sin palabras, con los ojos entrecerrados. Parecía que todo lo que podía salir mal en la última hora había salido. Fue como si un pequeño tornado hubiera pasado por mi oficina, derribando las plantas y haciendo volar las ventanas. Tenía que recoger los pedazos, y no quería hacerlo solo. "Todavía necesito que trabajes en un proyecto", dije.

La vi moverse con inquietud de un pie a otro bajo la presión de mi mirada. Nunca le había pedido que trabajara más tiempo. Nunca la había mirado como si fuera un trozo de carne en un asador. Y, sin embargo, me encontré haciendo ambas cosas sin sentir el más mínimo remordimiento.

Capítulo 14

Ava

Después de las agudas palabras de Nate, volví a mi escritorio, molesta. Me dije que él era el jefe. Si quería que terminara un proyecto antes de irme a casa, estaba en su derecho. Sin embargo, no pude evitar la sospecha de que se había inventado esa tarea. De alguna manera, tenía la sensación de que había entrado al despacho en mal momento y que él estaba descargando su mal humor sobre mí.

Sacudí la cabeza para poner en orden mis pensamientos. Estaba siendo profesional. Si se estaba comportando como un imbécil, era su problema. Me quedaría una hora más para hacer lo que me pedía y luego me marcharía. No tenía que preocuparme por perderme la cena en el albergue de indigentes, por coger el autobús o incluso por caminar por la calle en la oscuridad.

Había gastado parte de mi primer sueldo en una plaza de aparcamiento, estaba cubierta en cuanto a los desplazamientos. Nate me pidió que cancelara sus citas por el resto de la noche. No sabía de qué hablaba porque el día ya había terminado, pero no quería contradecirlo. Parecía que quería arrancarme la cabeza, así que salí de la habitación tan rápido como pude.

Cuando revisé su agenda, vi que tenía dos reuniones más. Fue mi propio prejuicio el que me hizo creer que la jornada laboral ya había terminado. Por supuesto, no terminaba a las cinco, no era un empleado, era el director general de la empresa. Se reunía con la gente según sus horarios, lo que significaba que a veces seguía haciendo videoconferencias a las ocho o las nueve de la noche.

Estaba demasiado cerca de la hora fijada para enviar correos electrónicos o simplemente cancelar la reunión a través de un programa informático, así que llamé a las secretarias de las dos personas con las que debía reunirse. Me disculpé por los imprevistos y conseguí reprogramar ambas reuniones para más adelante en la semana.

Una vez hecho, no sabía qué más hacer. Había comprobado los informes de gastos para asegurarme de que todas las columnas coincidieran, había resaltado algunas cuentas y escrito algún texto adicional para explicar algunos de los gastos. De ese modo, al equipo de finanzas le resultaría más fácil clasificar las cosas. Aparte de eso, no tenía mucho más que hacer.

Navegué un poco por Internet, lo que técnicamente podría considerarse trabajo, ya que busqué a Brockton Clothing en las redes sociales para ver qué tipo de cosas publicaban. Todo era bastante aburrido. Anunciaban las últimas ventas, y hubo algunos posts felicitando a las personas que habían ascendido en la empresa. El perfil de la marca parecía no tener personalidad, ni mensaje, sólo había fotos de productos y empleados sonrientes y felices.

Después, jugué a un juego de palabras online y ejercité mi cerebro hasta que el reloj dio las seis. Miré la puerta de Nate y me pregunté qué hacer. ¿Le molestaría que me fuera sin más? ¿Se negaría de nuevo si iba y le pedía permiso? Decidí ir a lo seguro y abrí la puerta una vez más.

Dentro, Nate había encendido la luz. Miraba fijamente su ordenador como si el sentido de la vida estuviera escrito en la pantalla. Supuse que probablemente eran los informes de bolsa los que le tenían tan preocupado. O eso o estaba viendo porno. Como la pantalla estaba de espaldas a mí, no podía ver nada.

"He cancelado tus citas", dije.

"Gracias", respondió.

"Ahora me voy a casa", añadí.

"De acuerdo".

Aliviada, me dirigí hacia la salida, poniéndome de puntillas por precaución. Podría salir del edificio sin molestar a mi jefe, y esa hora extra en la oficina no había sido tan mala.

Me pregunté qué le había pasado a Nate. Quizás fue por su padre. Nunca lo había visto tan malhumorado, pero tampoco había conocido a su padre. Me resultaba inconcebible que alguien no estuviera perdidamente enamorado de Mariah. Era como un soplo de aire fresco, tan hermosa y brillante. Quienquiera que fuera Lex Brockton, tuvo la audacia de dejar a la mujer que me había salvado la vida. Sólo por eso me di cuenta de que podía odiarlo.

Tal vez Nate sentía lo mismo. Quizá estaba enfadado porque su padre le había faltado al respeto a su madre. Quizá por eso estaba de tan mal humor. Estaba segura de que me hubiera sentido igual de miserable estando entre dos personas enfrentadas a las que amaba.

No tenía que desquitarse conmigo. La forma en que me miró cuando fui a preguntarle si podía irme no me había gustado nada. Fue una mirada hambrienta. Me indicaba que estaba considerando llevar nuestra relación más allá. Los hombres no miraban a sus empleadas de esa manera. Ese aspecto estaba reservado a las esposas, amantes, novias o prostitutas. Había visto esa mirada antes, pero no en los ojos de Nate. Significaba problemas, lo sabía.

Conduje hasta mi casa, aparqué en la calle y subí los escalones de mi nuevo hogar. Una vez dentro, me quité los tacones y la blusa y me bajé la cremallera del vestido. Me liberé por completo del estrés y contemplé la posibilidad de ducharme. Sólo quería sentirme libre, quería dejar atrás la confusión y la frustración y esconderme bajo el edredón hasta el amanecer.

Me metí en la cama y cerré los ojos. Pero la primera imagen que me vino a la cabeza fue la cara de Nate. Estaba sentado detrás de su escritorio como una especie de genio diabólico. Su traje estaba inmaculado, su corbata perfectamente anudada, todo el conjunto hecho a medida. Tenía las manos unidas delante del pecho, igual que antes de que me fuera.

Los latidos de mi corazón se aceleraron y me di cuenta con horror de que en realidad me excitaba su forma de ser tan grosera. Había abierto la puerta a algo prohibido. *Puede que diga las cosas correctas y haga el papel de jefe respetuoso, pero me ha mostrado sus cartas.* Era sólo cuestión de tiempo que se decidiera a jugar.

Sentí que el corazón se me subía a la garganta al imaginar ese día. ¿Tendría el valor de

rechazarlo? ¿O caería en su cama con la misma facilidad con la que había entrado en su despacho? Tenía que tener cuidado. No podía permitirme el lujo de enamorarme de mi jefe, ni él podía enamorarse de mí. Suponiendo que el amor estuviera en juego.

Capítulo 15

Nate

Esa noche me fui a casa y bebí un poco más de lo que debía. Fue horrible tratar con mi padre. Era como un toro, arrasando sin piedad la vida de los demás. En realidad, me consideraba una persona capaz y ecuánime, pero Lex me ponía contra las cuerdas como nadie podía hacerlo.

Cuando Ava vino a mi despacho para decirme que se iba, yo no estaba pensando en nada. Sólo me di cuenta a la mañana siguiente de que la había retenido hasta bien pasadas las cinco. Le pedí que reprogramara las reuniones que debía tener a última hora de la tarde, y lo había hecho, pero no tenía que quedarse más allá de su horario. Estaba tan concentrado en mi propia ira que me olvidé pensar en los demás.

Pero había un problema mayor. Me había permitido pensar en Ava como algo más que una simple secretaria. El papel que desempeñaba en mi vida crecía con el tiempo. Desayunaba con ella, y al momento siguiente mis padres ya estaban insinuando que íbamos a ser pareja. No estaba acostumbrado a que una mujer ocupara tanto espacio en mi mente y eso me hacía sentir incómodo.

Mientras la miraba en mi despacho, me había permitido imaginar cómo sería besarla. Me había visto agarrando su brazo y tirando de ella fuertemente contra mí. La agarraba por la nuca, le cerraba los labios y no le dejaba espacio para replicar. Cuando entendiera lo que ocurría, se entregaría a mí.

Hasta ahí llegué, porque mi mente se volvió a iluminar. Así que envié un mensaje a Cecilia, una amiga de una amiga por la que había mostrado interés. Habíamos quedado para tomar unas copas, pero yo había bebido demasiado antes y tuve que cancelarlo. Le había prometido que la compensaría, pero ella parecía molesta.

Así que me metí en mi bañera de hidromasaje, miré al techo y no hice nada hasta que el agua se enfrió. Luego volví a bajar y jugué unas cuantas partidas hasta la una de la madrugada. A la mañana siguiente tenía que levantarme al amanecer y, como no me atrevía a decir que estaba enfermo, me arrastré a la cama en contra de mi buen juicio.

Me resultaba difícil desconectar la mente y, cuando por fin conseguí dormirme, faltaban sólo tres horas para levantarme. Si las cosas seguían así, el interés de mi padre en el negocio me mataría. No podía dejar que me afectara. Si una simple visita me hacía dormir mal, ¿qué haría una verdadera pelea? De mal humor, me tragué unas pastillas de vitaminas y con el café.

Quería hablar con alguien, pero no sabía con quién. Antes de irme al trabajo, le envié un mensaje a Peter y le pregunté si quería comer conmigo. Respondió rápidamente y me sentí aliviado cuando dijo que sí. Peter era el mejor amigo que tenía. No era un miembro de la familia ni un competidor, conocía toda mi historia y podía confiar en que no correría a la junta si le confesaba cualquier problema emocional.

En la oficina, esperé a que Ava se reuniera conmigo. Siempre venía a desayunar, aunque ya podía comprarse su propia comida. Ese era un ritual que habíamos establecido justo después de que fuera contratada y lo disfrutaba. Durante ese tiempo siempre hablábamos de mi horario y podía acomodarme un poco antes de empezar a trabajar. Pero ese día no apareció.

Esperé otros quince minutos antes de ir a ver cómo estaba la recepción. Allí estaba sentada detrás de su escritorio leyendo sus correos electrónicos. Oyó abrirse la puerta y se volvió hacia mí justo cuando me asomé.

"¿Quieres desayunar?", pregunté.

"Ya he desayunado", dijo.

"Vuelve a desayunar", ordené, desapareciendo de nuevo en mi despacho y dejando la puerta abierta tras de mí.

Poco después apareció detrás de mí, con aspecto un poco molesta, pero en general amable. Buscó un croissant, una servilleta y cogió otra para mí, llevó ambas cosas a la mesa y las dejó allí antes de volver a por el café. Cuando todo estaba en la mesa, nos sentamos como siempre.

Sabía lo que estaba pasando. Estaba molesta porque el día anterior la había obligado a quedarse hasta más tarde. Independientemente de si me había portado mal o no, no podía dejar que se comportara así. Ella era mi secretaria y yo su jefe. Si era necesario que hiciera horas extra, era porque formaba parte del trabajo. Quería que entendiera que debía controlarse. Tampoco es que me estuviera comportando de forma inapropiada o le pidiera algo injusto.

"Siento haberte pedido que te quedaras más tiempo", empecé.

"Está bien", respondió ella.

"Ese tipo de cosas pueden ocurrir ocasionalmente".

"Lo entiendo".

Concluido ese asunto, pasé directamente al siguiente. "¿Qué hay en la agenda de hoy?".

"Tienes varias reuniones", dijo antes de mirar su bloc de notas. "A la una con el señor Clark del departamento de calzado, a las tres con el equipo de ventas de Italia y a las cinco con tu madre".

"¿Pidió una cita?", pregunté.

"Aparentemente", respondió Ava. "Posiblemente se le escapó que tu padre estuvo aquí ayer".

"Oh".

"Ella insistió en avisarte de que iba a venir".

"No tiene que esperar hasta las cinco".

"Tenía algunas citas propias". Ava se inclinó hacia delante para morder su croissant,

ofreciéndome una visión del escote bajo su blusa.

Había algo más en su hombro, una mancha de piel roja y brillante. Me pregunté si se trataba de una marca de nacimiento o tal vez de un tatuaje que se había quitado. En cualquier caso, no era asunto mío y volví a apartar la vista antes de que me pillara.

"¿Crees que debería mandarles a paseo?", pregunté de repente. ¿Por qué debía esperar a mi almuerzo con Peter? Ya podría descargar algo de mi tensión en Ava. Después de todo lo que había hecho por ella, sentí que debía ser comprensiva conmigo.

"¿A quién? ¿A tus padres?".

"Sí, a los dos".

Ava sonrió y vi que con esa pregunta me perdonó todos mis pecados. "Estás en una posición difícil. No es que conozca los detalles, pero todo ese tiempo tus padres han estado a cargo, no sólo de ti, sino de todos los que te rodean. Eso ha cambiado ahora, y no creo que se den cuenta".

"Quizá tenga que ayudarles a darse cuenta", sugerí.

"Deberías hablar con ellos", le respondí, esperando a ver cómo reaccionaba.

Cruzó los brazos sobre su precioso pecho y me lanzó una mirada que podría haber fundido el acero. "Como tu secretaria, puedo hacer muchas cosas por ti, pero conseguir que tus padres te dejen en paz no es una de ellas".

"¿Y qué otras cosas puedes hacer como mi secretaria?". La pregunta se me escapó antes de que pudiera detenerme.

"Puedo pedir la comida", dijo sin dar más detalles. "Puedo reorganizar tus papeles o reservarte un viaje a Cancún".

"¿Puedes reservar a mis padres un viaje a Cancún también?", murmuré.

"También puedo hacerlo", respondió, "pero tendrías que decírselo".

"Eso no me ayuda".

"¿Debo decirle que estás ocupado?".

"No, yo me encargo". Dirigí mi atención a la pantalla del ordenador, indicando que nuestra conversación del desayuno había terminado. "¿Podría darme una hora libre durante el almuerzo? Voy a reunirme con Peter, de diseño de productos".

"Claro", dijo, limpiando nuestro pequeño picnic antes de salir por la puerta. La vi partir sin mucho entusiasmo. El pantalón que llevaba marcaba perfectamente su trasero, un festín para los ojos de cualquiera. Decidí mantener a Ava en la lista de personal para probar nuevos diseños. Me daría un interesante desfile de moda en mi propia oficina.

Peter se acercó a la hora del almuerzo y fuimos a comer pizza. Por fin pude desahogarme sobre

mi padre y toda su mierda. Estaba desesperado por explicarle lo mal que me había sentado su visita, que no había podido dormir y que había bebido demasiado. "Relájate", dijo Peter, dando un mordisco a su pizza. "Todo el mundo sabe que tu viejo es difícil. Sinceramente, me sorprende lo bien que te llevas con él".

"Gracias.".

"Dale unos meses. Ya se dará cuenta por sí mismo".

"No estoy tan seguro", dije. "Quería que convocara a todos los vicepresidentes para una cena de trabajo".

"Dios, eso suena horrible". Peter frunció el ceño.

"No dejé que se saliera con la suya", le aseguré.

"Gracias"

"Tal vez debería introducir un premio al empleado del año de Lex Brockton o algo así. Algo que le dé una excusa para volver a la oficina alguna vez". Peter dio un sorbo a su refresco, cogió una patata frita que había pedido para acompañar la pizza y la agitó. "Celebraremos un almuerzo, haremos que alguien le entregue una placa de honor y le pondremos al frente de todo. Descubrirá que le gusta estar retirado y saldrá contento".

"No es mala idea", reflexioné.

"Gracias".

"No, de verdad. Es como promover a alguien para deshacerse de él. Nadie puede objetar y el problema se resuelve sin ninguna complicación".

"Exactamente".

"Pondré a Ava en ello tan pronto como regrese".

"Hablando de Ava, ¿cómo está?", preguntó Peter.

Suspiré. En realidad, no quería hablar de Ava. No sabía cómo me sentía cuando se trataba de ella. Aparte de una vaga sensación de malestar por estar pensando en ella con demasiada frecuencia, realmente no había nada que decir.

"Nos llevamos bien. Trabaja mucho y aún no le he encontrado nada malo".

"¿Y tu antigua secretaria?", preguntó Peter.

"¿Lauren?", pregunté.

"¿Ese era su nombre?".

Me encogí de hombros. "Creo que volvió a buscar trabajo cuando me ascendieron. Era

simpática, pero no tenía lo necesario para ser secretaria ejecutiva".

"¿No querías quedarte con ella?". Echó una mirada furtiva a mi pizza después de terminar la suya y se la acerqué.

"De todas formas, ¿por qué estamos hablando tanto de mis secretarias?", pregunté, molesto. "¿Qué le pasa a tu secretaria?".

"Nada". Peter se encogió de hombros y se sirvió lo que quedaba de mi pizza. "Pero estoy casado".

"También lo estaba mi padre", murmuré.

"De acuerdo, entendido".

Terminamos la comida y volvimos juntos a la oficina. Tuve una reunión tras otra hasta que mi madre apareció a las cinco. Ella y Ava se encontraron en el pasillo, pero dejé que Ava se fuera en lugar de pedirle que se quedara para entretener a mi madre.

"Me gusta ese conjunto en Ava", comentó mamá al entrar en mi despacho.

"Por favor, déjalo en paz", dije.

"¿Dejar qué?", preguntó con fingido despiste.

"Déjalo en paz".

"Cariño, que tu padre sea un cabrón, perdona mi lenguaje, no significa que tú lo seas. No tienes una esposa y un hijo, y tampoco eres un alienígena en serie".

"Es mi secretaria", repliqué, tratando de poner fin a la discusión.

"Y es una mujer, y te gusta", señaló mamá.

"¿Podemos hablar de otra cosa?", pregunté.

"¿De qué quieres hablar?".

Me acaricié la barbilla, pensando en mi conversación con Peter. Había sugerido dar a mi padre una pseudo ocupación, pero no veía ninguna razón por la que eso no funcionara con mi madre. "Estaba pensando en dar un premio. Algo así como un premio de alta costura de Mariah Harris al mejor atuendo. Podrías organizarlo todo. Sería un evento anual que podría celebrarse en el club de campo o algo así".

Frunció el ceño, sorprendida por mi sugerencia. No era un insulto ni una sugerencia inapropiada, pero de alguna manera le pareció percibir algo sospechoso. "De acuerdo", aceptó con dudas.

"Puedes contactar con Ava para cualquier cosa que necesites", continué, acompañándola hacia la puerta.

"De acuerdo". Esa vez sonó un poco más entusiasmada, como si empezara a convencerse de la idea.

"Estaba pensando en mayo, para la colección de primavera". Puse mi mano en su hombro y abrí la puerta.

"Eso no me deja mucho tiempo", dijo.

"Significaría mucho para la empresa", respondí.

"De acuerdo". Se puso de puntillas para darme un beso en la mejilla, luego salió del despacho sin molestarme más.

Me quedé pensando en mi amigo Peter. Primero había encontrado a Ava gracias a su sugerencia sobre las entrevistas abiertas, y después me dio una solución infalible para librarme de mis padres. Tuve que reconocer que era un genio.

El viernes, sentí que las cosas con Ava volvían a ir bien. Desayunábamos juntos todas las mañanas sin que yo tuviera que presionarla. Siempre estaba sonriendo y parecía relajada en mi presencia. Yo también estaba relajado, aunque me había pillado mirando su pecho más de una vez.

"Oye, ¿por qué no te vienes conmigo?", le pregunté el viernes por la mañana mientras desayunábamos panecillos con queso. No respondió, así que continué, sólo para asegurarme de que entendía que no le estaba pidiendo una cita. "Tengo una cita de sushi con Jonas después del trabajo. Podríamos hacer una cena de trabajo e inventar una excusa para deshacernos de él antes".

Sonrió. "Creo que la mejor parte de salir a tomar algo con Jonas sería probablemente deshacerse de él otra vez".

"Entonces, ¿vienes?".

"Realmente no lo sé", dudó, "no tengo nada que ponerme".

"¿Por qué no te pones lo que tienes puesto ahora?", sugerí. No era exactamente un traje de noche, pero no íbamos a una fiesta. Cuando salía de copas con alguien de una familia rica, lo que había que hacer era quedarse corto. "Vamos, será divertido".

"De acuerdo", cedió. "Pero sólo si me dejas inventar la excusa".

La miré con curiosidad. ¿Qué quiso decir con eso de inventar la excusa? "¿Qué vas a decir?".

"Hmm", consideró, arrugando su nariz respingona. "Que mi perro está gravemente enfermo y hay que recogerlo y llevarlo al veterinario".

"Esa es buena. ¿O qué tal una tubería rota en mi sótano?", intenté.

"¿Por qué tendría que irme por culpa de tu tubería?", rebatió ella.

"¿Por qué tendría que irme por culpa de tu perro?", repliqué.

"La oficina", dijimos de repente simultáneamente.

"Podemos decir que hay una emergencia en la oficina", continué.

"Una redada del FBI".

Sacudí la cabeza. "No. Él puede comprobarlo. Un problema de nóminas o algo que requiera la atención de ambos".

"De acuerdo", cedió. "Pero mi historia es más emocionante".

"Y también ilegal", señalé.

Fuimos directamente de la oficina al restaurante, y lo que al principio me pareció una buena idea se convirtió rápidamente en algo más frustrante de lo que esperaba. Había olvidado por completo cómo había tratado Jonas a Ava cuando la conoció. Se le había insinuado y yo tuve que apartarlo.

Esa vez fue lo mismo, sólo que peor, ya que se trataba de una situación informal. Aparecimos brazo con brazo, no juntos, pero lo suficientemente cerca como para que cualquier hombre normal se sintiera incómodo. Jonas se limitó a ignorarla, alejó a Ava de mí y le mostró un lugar para ver cómo se preparaba el sushi.

Me senté a la mesa e intenté que no me afectara. El hombre era un idiota. Ava no podría interesarse por él. Sin embargo, parecía estar pasándolo bien. Tal vez, después de todo, había algo en él entusiasta y bondadoso. Era ese algo que probablemente le catapultaría a la fama y a la fortuna, cuando eligiera un buen diseñador. No quería competir con él en la batalla del mundo de los negocios, pero le bajaría los humos si seguía ligando con mi secretaria. Llegando al final de mi paciencia, estaba a punto de intervenir cuando vi que Ava se alejaba de la zona del público y se dirigía hacia mí.

"Ayúdame", susurró.

Ahora tenía que sonreír. Había tenido razón, ella no estaba impresionada por el falso encanto de Jonas. Me levanté, me acerqué a él, le pasé un brazo por los hombros y lo llevé a la mesa. Hicimos nuestro pedido, incluyendo las bebidas. Después, charlamos sobre el nuevo proyecto de Jonas y me esforcé por ignorar lo mucho que estaba molestando a Ava.

Sabía que Ava no era mi chica. Era mi empleada. Ella sólo estaba allí porque yo se lo había pedido, no porque hubiera sentimientos románticos entre nosotros. Además, parecía ser buena para mantener a raya los dedos errantes de Jonas. Cada vez que él estiraba la mano para acariciar su rodilla, ella se movía ligeramente hacia un lado para evitarlo. Y cuando él le dio una palmadita en la mano, ella le devolvió el gesto con un poco más de firmeza para indicarle que no estaba disponible.

Después de una media hora, me harté. Comprobé mi correo electrónico y fingí haber recibido

un mensaje de Recursos Humanos. "Hay un problema con las nóminas. Parece que Ava y yo tendremos que irnos".

"Estoy seguro de que puedes arreglártelas solo", dijo Jonas, con la mirada fija en Ava.

"Yo también tengo que ir", se disculpó. "Es un proceso engorroso que requiere de varias personas".

"Bueno, lo siento". Jonas se levantó para despedirse. "Tendrás que venir a nuestra próxima reunión. Estoy seguro de que puedo conseguir un salario para ti que te atraiga, lejos de mi colega". Me dio un puñetazo en el costado, fingiendo que era una broma, pero en realidad no lo era. Me di cuenta, por la mirada que tenía, de que sin duda se llevaría a Ava si le dejaba.

No iba a entrar en una competición con él. Ava se levantó y se puso a mi lado mientras yo me excusaba. Nos desenredamos de sus múltiples tentáculos y caminamos con paso firme hacia la puerta. En cuanto llegamos a la acera, se echó a reír. Me sentí bien al saber que estábamos en la misma onda y que no iba a cambiar de bando. Aun así, la forma en que se acercaba a ella me hacía hervir la sangre. No era lo suficientemente bueno para Ava. Y aunque no tenía ningún derecho sobre ella, tampoco quería que nadie lo tuviera.

Capítulo 16

Ava

Parecía que éramos dos ladrones huyendo de la escena del crimen. Estaba ebria por esa copa de vino y por la emoción de la noche. Hacía mucho que no cenaba con amigos, y aunque técnicamente no podía llamar amigos a ninguno de ellos, Nate se acercaba bastante.

No me gustaba Jonas, pero parecía inofensivo. Había intentado tocarme todo el tiempo y yo había tenido que resistirme una y otra vez. Pero en ningún momento sentí que no estuviera a salvo o que fuera a intentar algo realmente reprobable. Si yo hubiera sido su secretaria, probablemente tendría más motivos para preocuparme. Casi me reí en su cara cuando me ofreció un trabajo. Probablemente pagaría más que Nate, pero estaba segura de que era mejor no pensar en el contenido del trabajo.

En la calle, miré a Nate y no pude evitar reírme. Se sentía tan bien de tener un cómplice. La disculpa había tenido éxito tal y como habíamos planeado, Jonas no se había dado cuenta. Nos dirigimos a nuestros coches, que habíamos aparcado uno al lado del otro en un aparcamiento al otro lado de la calle. La noche era joven y había algo alegremente dulce en el aire.

Le permití que me acompañara hasta el aparcamiento, luego nos separariamos al llegar a nuestros coches. Mientras buscaba en mi bolso el llavero, le oí murmurar algo ininteligible. Al volverme hacia él, me sorprendió encontrarlo de pie a mi lado.

"Si alguna vez recibes una oferta de trabajo de Jonas, házmelo saber", dijo.

Me reí. No sabía porqué estaba tan cerca de mí. Éramos cómplices en la excusa y estábamos a punto de volver a casa. Pronto estaría en pijama viendo viejas comedias románticas. Entonces, ¿por qué sentía que mi pulso se aceleraba de repente?

"No puedo dejar de pensar en ti", me murmuró Nate.

Antes de que me diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, se inclinó hacia mí, deslizó una mano hacia mi pelo y me agarró la nuca. Apretó sus labios contra los míos y su abrazo fue tan repentino que me dejó sin aliento.

No sabía dónde poner las manos. Colgaban sin fuerza a mis lados, luego se convirtieron en incómodos pesos entre nosotros. Intenté concentrarme en el equilibrio, pero la cabeza me daba vueltas. Entonces sentí que mis pies abandonaban el suelo y comencé a flotar en una niebla de excitación y confusión.

Pero tan rápido como había llegado, se retiró. Dejó caer la mano y retrocedió como si se sorprendiera de su propio avance. Me lamí los labios y pude percibir el sabor de su brandy y el aroma de su perfume. Mis labios hormiguearon ligeramente, como consecuencia de la sombra de su barba. Entonces le miré fijamente, preguntándome qué pasaría a continuación.

"Lo siento", dijo con voz entrecortada.

No podía procesar la disculpa en mi cabeza. ¿Se arrepiente de haberme besado? Entonces, ¿por qué lo había hecho? ¿Fue porque yo era su secretaria? ¿O era porque había visto a Jonas coqueteando conmigo? ¿Fue porque me había familiarizado demasiado con él en el restaurante y en la calle? ¿Había cruzado de alguna manera una línea que no debía?

Se alejó y volvió a su coche. Le miré incapaz de moverme, con los pies clavados en el suelo. Parecía que estaba a punto de irse. ¿Cómo pudo besarme así, con toda la pasión contenida de un náufrago, y luego marcharse como si nada? Abrí la boca para exigir una explicación, pero la volví a cerrar medio segundo después, sin tener ni idea de qué demonios decir o sentir.

"Lo siento", repitió. "No debería haber hecho eso. Te veré el lunes".

Me quedé allí, como en estado de shock, viendo cómo se ponía al volante y se alejaba. Cuando su coche desapareció, por fin conseguí levantar los pies del suelo. Maldije en voz alta, me metí en el coche, cerré la puerta y me eché a reír un momento después. Había cosas peores que ser besada por un hombre generoso y atractivo. Puede que cruzara una línea, pero siempre se necesitaban dos para bailar un tango.

Capítulo 17

Nate

Conduje a casa con el acelerador pisado. Todo el tiempo pensaba en lo idiota que había sido. Tendría que hacer una evaluación de daños. No podía creer que arriesgara su trabajo y mi reputación por un simple beso. Tampoco podía creer que llevara las cosas más lejos. Me tenía atrapado, maldita sea. Nunca actué precipitadamente y nunca me dejé llevar.

Acababa de ocurrir. La imagine con Jonas y me volví posesivo. Me había preguntado cómo sería probarla y saciar mi curiosidad. Ya lo sabía, así que no tenía que volver a hacerlo.

Tampoco ayudó que todo el mundo pareciera querer emparejarnos. Mamá, papá, e incluso Peter, soltaban indirectas continuamente para que tuviera una relación con Ava que fuera más allá de lo puramente profesional. Aunque no aprecié ninguna de esas opiniones, cada una por razones diferentes, eran como una cacofonía de voces que exigían lo mismo. No quise ser poco profesional, no quise insinuarme a mi secretaria. Aunque tampoco quería que saliera con nadie más. ¿Era eso tan descabellado? También aceptaría mantener mis manos quietas si ella aceptaba permanecer soltera por el resto de su vida. Eso me pareció un compromiso justo.

En cuanto llegué a casa, fui a mi gimnasio. Rendí mejor que nunca en el boxeo. Evidentemente, tenía una cierta agresividad de la que necesitaba deshacerme. Pero no funcionó. Al final del entrenamiento, seguía sintiendo el mismo nudo en el pecho y la misma energía peligrosa fluyendo por mis venas.

Decidí llamar a una de mis amigas con derecho a roce y encontrar algo de liberación de esa manera. Invité a Tracy, que se presentó en mi casa poco después. Fue divertido y relajante, pero aún pensaba en Ava. No le pedí a Tracy que se quedara a dormir y entendió la indirecta. Me sentí aún peor después de eso.

¿Cómo podría mantener a todas esas chicas sin encariñarme con ninguna de ellas? Al parecer, era más hijo de mi padre de lo que quería admitir. Cuando me acosté esa noche, me pregunté si alguna vez encontraría la tranquilidad. Sabía exactamente lo que necesitaba, pero no quería hacerlo. Tenía que tener a Ava. Pero ella estaba absolutamente fuera de los límites. No podía correr el riesgo.

Mientras me hundía en el sueño profundo, recordé su reacción a mi beso. Se había sorprendido, pero estaba más que dispuesta. Intenté olvidarlo, pero sabía que nunca podría hacerlo. El próximo lunes tendría que abordar el tema. Era una conversación que no podía aplazar.

El resto del fin de semana pasó rápidamente. Fui al club a jugar al golf, pasé a ver a mi madre para ver cómo iba el proyecto que le había asignado, ignoré las llamadas de mi padre y volví a dejar de lado a Jonas.

Respondí algunos correos electrónicos, practiqué en mi gimnasio y salí a correr por una ciudad famosa por sus corredores. Nunca había participado en una maratón, pero eso no significaba que

no fuera bueno. El sábado por la tarde, pasé por delante del piso de Ava y me pregunté cómo estaría.

Cuando amaneció el lunes, me moría por otra charla íntima. No era justo. La mujer que poco a poco se estaba convirtiendo en algo más que mi empleada, era la única persona con la que no podía involucrarme. Tenía que ver las cosas desde su perspectiva. No podía permitirse el lujo de incomodarme, ya que era yo quien le pagaba. Además, dependía de mí para su piso y su vestuario, aunque no directamente.

Llegué al trabajo temprano, antes de que ella llegara, y pedí el desayuno para los dos. Fue puntual como siempre y vino a mi oficina a desayunar conmigo. Intenté prepararme interiormente para la conversación.

Ava, diría yo. Tenemos que hablar.

Ella podría replicar algo casual como: Me lo pasé bien el viernes por la noche.

A lo que yo respondería: No podemos volver a hacerlo.

Pero por alguna razón las palabras se me atascaron en la garganta. Nuestra conversación se trasladó inmediatamente de forma natural a lo que estaba en la agenda de ese día. Como siempre, tenía un par de reuniones. Había previsto dar una vuelta por el edificio y comprobar cómo estaban mis empleados. Además, los informes trimestrales para los accionistas estaban pendientes y aún tenía que firmarlos.

No parecía haber tiempo para discutir los detalles de nuestra incipiente relación. No se mostró incómoda ni me exigió una explicación. De hecho, actuó como si se conformara con no sacar el tema, lo que fue un alivio para mí. Me pareció detectar cierta reticencia, como si el beso hubiera sido un desliz que no valía la pena mencionar.

Intenté que no me molestara. Si hubiera querido hablar del significado del beso, probablemente lo habría comentado. No estaba seguro de cómo me sentaría esa acusación a primera hora de la mañana. Pero era profesional, aunque un poco fría. Habría aprendido la lección sobre el desayuno y se habría rendido con tacto a ese ritual. Pero su corazón no estaba en ello, me di cuenta. Algo había cambiado sutilmente y sabía, incluso sin tener que preguntar, que no había vuelta atrás.

Durante el resto del día, me concentré en mi trabajo, aunque le pedí que viniera a mi despacho más a menudo de lo habitual. Sólo quería verla para saber si las cosas entre nosotros estaban realmente tan arruinadas como pensaba. Cada vez que entraba en la sala era absolutamente profesional. No me preguntó cuáles eran mis intenciones ni por qué necesitaba tanta atención en ese momento.

Cada vez que se lo pedía me proporcionó la información que le solicitaba y luego se resistió cortésmente al impulso de decir algo más. Me estaba volviendo loco. Quería ver alguna emoción en sus ojos, anhelo o frustración, cualquier cosa menos esa mirada inexpresiva que ponía. Quería saber que la había tocado, quería ver su reacción, fuera la que fuera. Pero ella me negó ese deseo.

Al final del día, estaba cabreado y decidido a enfrentarme a ella. Quería decirle que de ninguna manera podíamos volver a vernos fuera de la oficina. Pero cada vez que le pedía que entrara, ese pensamiento se alejaba más y más.

La quería. Tenía que tenerla. Nada me detendría. Sentí que me subía al pecho un impulso animal que no podía ignorar, y al mismo tiempo mi mente se desvanecía en el aire hasta que no quedaba nada de ella y sólo importaba mi orgullo herido.

Cuando Ava entró en mi despacho por última vez para preguntarme si necesitaba algo antes de irse a casa, aproveché la oportunidad. Dejé mi escritorio y reduje la distancia entre nosotros. Mi mente me dijo que parara. Tenía un no en los labios. Me decía que no funcionaba así, que necesitaba su ayuda para evitar que esa relación laboral se convirtiera en un desenfreno amoroso.

Levantó la barbilla y me observó con sombría determinación mientras me acercaba a ella. Estaba delante de ella, casi a la altura de sus ojos, cuando abrió la boca para hablar. Y entonces me pilló completamente desprevenido su reproche en voz baja.

"¿Por qué te disculpaste conmigo el viernes por la noche?".

Eso fue todo. Con esa única pregunta, destruyó el último vestigio de mi autocontrol. Tirando toda la precaución al viento, la envolví en mis brazos y la besé.

Capítulo 18

Ava

Era difícil trabajar con él en un despacho cuando se negaba a hablar de lo que había hecho. No era una becaria ni alguien a quien tuviera que rechazar, sino una mujer adulta capaz de decidir por sí misma con quién quería salir.

Si se aprovechaba de su posición y me obligaba a realizar actos sexuales condicionados a un aumento de sueldo, eso sería otra cosa. Pero se estaba convirtiendo en mi amigo y confidente. El hecho de que también fuera mi jefe era, en cierto modo, insignificante. Sabía que no estaba bien y que tendríamos que mantener nuestro encuentro en secreto, pero, ¿qué importaba? Muchas personas tuvieron que esconderse para estar con sus seres queridos. Eso no implicaba que lo que hicieron fuese un delito. Pero Nate se había negado a mirarme a los ojos cuando desayunamos juntos.

Se había negado a mencionar el beso y se centró por completo en los negocios de la empresa. No pude evitar sentirme rechazada. No sólo no quería reconocer lo que había hecho, sino que quería esconderlo. Bueno, si quería mantenerlo así, por mí bien. Podría ser tan persistente y profesional como él.

Terminamos el día sin incidentes, aunque me llamó a su despacho más a menudo de lo habitual. Cada vez me preguntaba si finalmente lo haría. ¿Mencionaría el beso y explicaría por qué había intentado fingir que no había ocurrido? Pero no lo hizo. Cuando terminó la jornada laboral, estaba harta y sólo quería irme a casa.

Entré en su despacho dispuesta a ofrecerle mi ayuda para las últimas cosas que quería hacer. Sin embargo, para lo que no estaba preparada era para su repentina rendición. Se levantó y dejó su trabajo sobre el escritorio. Mientras se acercaba, no podía imaginar qué otra cosa podía querer, excepto que se repitieran los acontecimientos del viernes por la noche.

Lo detuve cuando estaba a un palmo de distancia y le hice la pregunta que me había estado quemando desde el principio. "¿Por qué te disculpaste conmigo el viernes por la noche?".

No contestó, pero no lo necesitaba. Sin mucho alboroto, me rodeó la cintura con un brazo y me acercó. Incliné la cabeza hacia arriba, dispuesta y preparada para su beso. No me decepcionó. Sus labios eran duros y exigentes. Por fin había terminado de jugar.

Esa vez estaba preparada para él. En lugar de dejar que mis brazos colgaran torpemente a los lados, le rodeé por el cuello y me entregué a su abrazo. Abrí los labios para darle la bienvenida. Fue un placer sentirlo explorando mi boca. Sentí que todo nos había llevado a ese encuentro durante semanas. Desde que lo vi por primera vez, supe que quería besarlo. Era demasiado atractivo, fuerte y seductor.

Sabía que en algún lugar de su interior esperaba que lo rechazara. No quería ser conocido como un casanova de oficina o un mujeriego como su padre. Pero eso no era mi responsabilidad. Lo

quería, y no iba a ser tímida.

Me acurruqué contra él y estiré el torso mientras el beso avivaba el fuego en mi interior. Permaneció rígido e inmóvil frente a mí, con toda su atención puesta en mis labios. Sentí su pecho contra mis pechos, duro como una roca e inflexible. Me animó a pasar los dedos por encima, a sentir el bulto de sus pectorales. Pero no me atreví a moverme. Tenía miedo de que si cerraba la boca, él se echara atrás.

Estaba luchando consigo mismo, podía sentirlo. Por un lado, lo deseaba tanto como yo, pero por otro lado, intentaba desesperadamente salvar la situación. Así que decidí que sólo había una forma de avanzar. Tendría que conseguir que actuara.

Solté mis brazos de su cuello y apunté directamente a las joyas de la corona. Con mis labios aún pegados a los suyos y mi pecho rozándose con el suyo, deslicé mis dedos por su cuerpo y le bajé la cremallera de los pantalones. Entonces, deslicé mi mano dentro y envolví mis dedos alrededor de su pene.

Jadeó, se apartó y me mantuvo a distancia. Mi mano se deslizó de nuevo fuera de sus pantalones, dejando de tocar la suave superficie de su polla. Me relamí los labios, lista para más. No, no se lo iba a poner fácil. Si iba a rechazarme, iba a tener que hacerlo con una enorme erección. Miré hacia abajo para ver el bulto debajo de su cintura. Sus pantalones estaban abiertos, revelando lo que había bajo su ropa interior.

Gruñó de frustración y en una fracción de segundo tomó la decisión que yo esperaba. Lo había hecho. Había conseguido mi objetivo y lo había hecho en poco tiempo. Ya no le importaba el decoro o lo que pensaran los demás. Ya sólo estábamos él y yo en esa habitación, y todo era posible.

Volvió a mí de nuevo, más implacable que antes. Me apartó el pelo de la cara y capturó mis labios con una urgencia que no admitía resistencia. Intenté meter la mano en sus pantalones de nuevo, pero esa vez me evitó. Supuse que al haber cruzado esa línea, quería tener el control. Así que cedí y dejé que mis manos se deslizaran al otro lado de su cintura. Lo atraje fuertemente contra mí y me perdí en el beso, sabiendo que eso era sólo el comienzo.

Me hizo señas para que me acercara a una especie de sala de estar que estaba en el otro extremo. Sus movimientos eran ágiles pero espasmódicos y tensos. Se acomodó en el sofá y me subió a su regazo. Cuando me senté a horcajadas sobre él, mi falda se deslizó hasta mis muslos. Sin perder tiempo en quitarme los zapatos, me acurruqué contra su entrepierna y sentí su bulto justo donde debía estar.

Bajé mis labios a los suyos y continué nuestro beso. Dejó que sus manos se deslizaran por mis muslos hasta mis caderas y buscó el elástico de mi ropa interior. Por un breve momento me sentí avergonzada. No llevaba bragas sexys, sólo un par de pantalones de algodón, pero a él no le importó. Me las puso por encima de las nalgas y las deslizó lo más posible por mis muslos.

Percibí la pasión y la impaciencia que había detrás de su movimiento y me apresuré a salir a su encuentro. Levanté una pierna y le permití quitarme la prenda. Luego moví la otra, y finalmente

me volví a poner encima de él mientras arrojaba las bragas al sofá. Mi coño estaba mojado y muy preparado. Me acomodé con fuerza sobre su miembro, y la única barrera que aún nos separaba era una fina capa de tela.

Pero Nate no dejó que eso lo detuviera. Me agarró el trasero y lo amasó suavemente, dejando claro que ese encuentro iba a ser abrumador. Apoyé mi cabeza en la nuca y me arqueé hacia él. No sabía por qué, ya no podía formar un pensamiento claro. Dejé que mi cuerpo se encargara de hacer lo que quería. Mis pezones palpitaban y exigían su atención. El vestido me resultaba incómodo, me daba calor y me picaba todo, quería quitármelo cuanto antes.

Nate entendió mis deseos. Deslizó sus manos por mi espalda hasta el cierre de la nuca. Luego lo desabrochó y deslizó la tela por mi cuerpo. Respiré aliviada al sentir el aire fresco en mi piel. La oficina era un infierno y yo estaba a punto de hacer el amor con mi jefe.

Tiró el vestido a un lado. No me importaba dónde cayera, pero me pareció ver que caía sobre el reposabrazos del sofá. Yo estaba desnuda excepto por el sujetador, y mi fea marca de nacimiento era visible. Inmediatamente dirigió su atención a ella y me besó el hombro donde la piel estaba descolorida y roja. Sentí que mi corazón latía más rápido. No le importaba la mancha. Quería quitarle a besos toda la vergüenza.

Puso una mano en mi cadera y frotó su entrepierna contra mi coño. Con la otra mano, me sujetó la espalda y buscó mi pecho. Me desabroché el sujetador, me lo quité y lo tiré también a un lado. Mientras tanto, él seguía sentado casi completamente vestido, con la corbata bien atada al cuello. Pero no tuve tiempo de desnudarlo antes de que bajara la cabeza y empezara a besar mi pecho.

Gemí y le pasé los dedos por el pelo. Su lengua era suave y exigente al mismo tiempo. Me lamió el pezón y lo rodeó antes de chuparlo con su lengua. Me retorcí con lujuria y froté mi piel caliente contra el bulto de sus pantalones. Respondió apretándome más contra él, haciéndome sentir atrapada.

Estaba completamente desnuda. Si hubiera entrado alguien, nuestra situación hubiera sido inconfundible. Sólo podía esperar que no sucediera. Porque aunque no me avergonzaba de lo que estábamos haciendo, tampoco quería darle publicidad.

Tenía muchas ganas de quitarle la ropa. No era justo que aún estuviera completamente vestido. Deslicé mis manos bajo su barbilla y puse un dedo en su corbata. Me apartó las manos, pero yo insistí. ¿Cómo creía que podía hacer el amor conmigo cuando todavía había tanta tela entre nosotros?

Lo intenté de nuevo, y esa vez conseguí aflojar su corbata. Satisfecha, desaté la seda de su cuello y la coloqué sobre el reposabrazos del sofá. Sin embargo, se detuvo y me mordisqueó el pecho como un animal salvaje. Incapaz de contenerme, dejé escapar un grito agudo.

Eso le llamó la atención. Se levantó de su asiento, soltó mi pecho y se llevó un dedo a los labios. Me llevé una mano a la boca y le miré disculpándome con los ojos muy abiertos. Se giró conmigo y me empujó hacia el sofá, de modo que me apoyé en los cojines y mis piernas se

abrieron a su alrededor.

Se desabrochó un botón, se quitó la camisa y la tiró a un lado. A continuación, los pantalones, seguido de los calzoncillos y, finalmente, apareció la enorme polla. Ya me había parecido grande cuando la cogí, pero sin ropa era realmente impresionante. Cielos, no podía esperar a sentirlo entrar en mi cuerpo. La abrazaría, le daría la bienvenida a mi vientre y disfrutaría del placer que me daría.

Pero aún no había terminado conmigo. Se puso encima de mí pero se negó a realizar el acto. En cambio, me besó en los labios, llevó una mano a mi pelo para tirar de mi cabeza hacia atrás. Le seguí de buena gana, deseando darle todo lo que quisiera con tal de que por fin se pusiera manos a la obra.

Rompió el beso y pasó su lengua por mi mandíbula hasta llegar a mi garganta. Me retorcí bajo él, con todo mi cuerpo en llamas. Poseía los medios para aliviar mi agonía, pero se contuvo. Le agarré los hombros y le clavé las uñas en los músculos. Se sentía tan firme y fuerte como había imaginado. Me permitió echar un vistazo a su desnudez, pero no me permitió mirarlo completamente. Sujetándome por el pelo, me obligó a mirar al techo. Sólo podía sentir su cuerpo perfecto rozando el mío.

Quería recuperar el sentido común para poder mirarle como él me miraba a mí. Pero cada vez que intentaba mover la cabeza, sentía un tirón en el pelo que me producía un ligero escalofrío de incomodidad. Así que me arqueé hacia él, levantando el pecho y las caderas, pidiendo que me liberara.

Funcionó. Me soltó y acarició mi cuerpo con una mano desde el pecho hasta la cintura. Podía verlo y contemplar su belleza. Sus hombros eran fuertes, tan bien formados que pensé que debía pasar todo su tiempo libre en el gimnasio. Su pecho se estrechó hasta formar un vientre tenso, como la más magnífica estatua griega. Ya sabía que era atlético, pero no me había dado cuenta de que era tan perfecto.

Pasé mis dedos por el contorno de su clavícula, desde su cuello hasta el punto en que desaparecía bajo su hombro. Estaba fascinada, emocionada y llena de admiración, como si hubiera sido la víspera de Navidad y estuviera desenvolviendo un regalo muy caro. Y luego me dejó sin aliento cuando eligió ese momento exacto para penetrarme.

Había estado tan absorta en su visión, tan ensimismada en mis propios pensamientos, que no había sentido su movimiento. Por un momento habíamos estado separados, y al siguiente se deslizó dentro de mí tan fuertemente que jadeé de sorpresa. Mis piernas se abrieron por sí solas, permitiéndole penetrar profundamente mi interior. Movió su mano desde la base de su miembro a mi cadera y luego a mis nalgas para empujar aún más dentro de mí.

Me estremecí y gemí, sabiendo que debía callarme pero sin poder contenerme. Era todo lo que había soñado y más. Me penetró, me inundó y me llenó al mismo tiempo. Lo encerré con mi cuerpo y lo abracé con fuerza mientras empezaba a moverse.

Se deslizó hacia arriba y hacia abajo, apoderándose de mi corazón y no dejándolo ir. Era

vagamente consciente del sofá que nos rodeaba. Los caros cojines de cuero actuaban como una segunda piel debajo de mí. Sus movimientos eran poderosos, haciendo que mi pecho se estremeciera y los muebles crujieran.

Pasé mis uñas por sus brazos, por sus bíceps y hombros, volví a bajar por su espalda hasta llegar a su columna vertebral. Quería todo de él, hasta el último centímetro. Quería deleitarme con su carne, llegar al clímax y tirar todas mis reservas por la borda. Necesitaba que me hiciera sentir completa, más de lo que nunca había necesitado de un hombre. Todo en él era embriagador. Era fuerte y dominante. En la oficina y en el dormitorio, su palabra era ley. Todo encajó en el momento en que expresó sus deseos. Empujó dentro de mí incansablemente, estirándome, frotándose contra mí. Controló su placer como un hombre que ya tenía experiencia. Ansiaba empujarle al límite y ver cómo estallaban los fuegos artificiales en sus ojos.

Fue una idea que acepté con gusto. Quería esa última satisfacción, el saber que yo era la que le había conquistado. Ese fue el último pensamiento que pasó por mi mente antes de que mi orgasmo me abrumara.

Quería que viniera. Quería mirarle a los ojos como lo hacía y ver la transformación. En cambio, me aferré con fuerza a él mientras me estremecía y me ahogaba en puro placer. Casi desatado, me penetró un par de veces más, apretándome contra el sofá mientras yo flotaba felizmente en mis propias experiencias. Y sólo un momento después, él también se tensó al llegar al orgasmo y se derramó dentro de mí.

Lo rodeé con mis brazos y lo atraje hacia mí, abrazándole. Estaba caliente y una fina película de sudor cubría nuestros cuerpos. Podía sentir su corazón acelerado, que acababa de alcanzar su punto máximo. Su respiración era rápida y profunda, con el ritmo practicado de un atleta. Durante unos minutos nos tumbamos juntos, yo abajo, él encima de mí.

Cuando salió de mí, sonrió, y me sentí aliviada al ver a la persona que tenía delante. En ese momento había dejado de lado su contención. Estaba disfrutando del momento y se sentía feliz. Toda la tontería de tratar de complacer a la gente y el ardiente deseo de ser el mejor habían desaparecido. Sólo era Nate, inocente y libre, orgulloso de haberme satisfecho durante un rato.

Se bajó torpemente de mí y empezó a buscar su ropa. Yo también me levanté del sofá, oyendo el chirrido de protesta de la tapicería al sentir la pérdida de mi peso. Nos vestimos y nos sentamos de nuevo para ponernos los zapatos. Lejos de sentirme avergonzada por lo que acababa de ocurrir, me sentí más cerca de él que nunca. Éramos socios en ese asunto, igualmente culpables e igualmente en peligro de sufrir las consecuencias si alguna vez salía a la luz.

"¿Hay algo más que pueda hacer por ti antes de que me vaya?", me burlé de él.

Me dirigió una mirada irónica, como si no le hiciera gracia la broma. "Te acompañaré abajo".

"¿De verdad?". Me sorprendió. Esperaba que se quedara a trabajar hasta tarde, como siempre hacía. ¿Por qué un encuentro sexual apasionado debería cambiarlo todo?

"Sí. De todos modos, ahora no podré trabajar", respondió con sorna, y yo no pude reprimir mi

decepción. Intentó utilizar el humor para desviar la atención de que acabábamos de tener una conexión real. No estaba dispuesto a admitir que hubiera ocurrido algo significativo.

Me sorprendió y encantó que me acompañara hasta mi coche. No esperaba un trato tan galante. Aunque, objetivamente, tal vez pensó que era lo menos que podía hacer después de haberme follado en su oficina. Pero yo no me sentía así. Nuestra relación no tenía nada que ver con nuestros trabajos.

Durante el día, él era el director general y yo la secretaria. Pero al cabo de las horas, éramos dos adultos consentidores. Yo había encontrado tanto placer en nuestro acto sexual como él, tal vez incluso más. Al menos estaba dispuesta a admitir que había ocurrido algo importante. Por su parte, parecía querer volver a nuestra relación laboral inmediatamente, en lugar de explorar nuestra relación como amantes. Pero él estaba al mando, así que tuve que acatar su decisión.

En cuanto llegamos a mi coche, me volvió a estrechar entre sus brazos. Mientras me besaba apasionadamente bajo el pesado techo de hormigón en un rincón poco iluminado del aparcamiento, sentí que mi corazón empezaba a acelerarse de nuevo. Fue una guinda del pastel, inesperada porque fue en público. Pero si no tenía cuidado, la gente empezaría a comentar.

No luché contra ello, pero no pude negar el deseo salvaje que volvía a brotar en mi interior. Me pregunté si eso era el comienzo de otra sesión, pero justo cuando el fuego empezaba a encenderse, se separó de mí de nuevo.

Sus ojos brillaron al mirarme, y supe que en ese mismo momento estaba repasando nuestra aventura. "Te veré mañana", murmuró con voz ronca. Fue a buscar su corbata, olvidando por un momento que la había dejado desatada.

Sonreí amablemente, sin atreverme a más. Luego me acomodé en el asiento del conductor, con la cabeza zumbando. Nate se refería definitivamente a las turbulencias, aunque de las buenas, las que hacen que el corazón se agite y los dedos de los pies se enrosquen. Me pregunté qué nos depararía la jornada siguiente y cuántas veces podríamos encontrarnos sin que nadie lo supiera.

Todas las razones que conocía para no acostarme con mi jefe desaparecieron de mi mente, dejando sólo una solitaria esperanza. Lo quería de nuevo. Una vez no fue suficiente. Estaba dispuesta a arriesgarlo todo, mi trabajo, mi futuro y mi reputación, sólo para sentirlo dentro de mí una vez más. Me había dado una muestra del paraíso, pero yo era codiciosa. Y no necesitaba una bola de cristal para saber que él sentía lo mismo.

Capítulo 19

Nate

La vi alejarse, pensando en lo que acababamos de hacer. No había sido sobre el escritorio, pero eso no quitaba que hubiera sido arriesgado igualmente. Había caído en el mismo error que mi padre, incapaz de resistir la tentación con alguien de la empresa.

Ava se merecía algo mejor. Se merecía un hombre que quisiera pasar su vida con ella. No me gustaban las emociones y no quería una relación duradera. Sólo quería divertirme, pero no lo había explicado con suficiente claridad antes de que empezara.

Cuando me agarró los pantalones, me sobresalté. Pero ella sabía lo que hacía. Ningún hombre en el mundo podría haber resistido eso. Había seguido a mi corazón, o más bien a mi polla, y finalmente la había llevado al sofá. Después, no quería que terminara, así que la besé. Pero temí que se llevara una idea equivocada. No podía echarme atrás sin parecer un idiota, ni tampoco podía continuar sin sentirme algo inquieto.

No sabía qué hacer, así que volví al quinto piso y llamé a la puerta de Peter. Todavía estaba allí. Al igual que yo, empezaba a trabajar temprano y terminaba tarde, como cualquier empresario. No podía pedir a los empleados que hicieran más horas de las legalmente exigidas, pero según la cultura de empresa que mi padre había creado y que yo perpetuaba, cuanto más alto estabas en el escalafón, más tiempo tenías que dedicar.

Le abrí la puerta cuando me invitó a entrar y me senté en su mesa. "¿Quieres ir a tomar algo?", pregunté.

"Claro", respondió, siempre dispuesto a divertirse. "¿Va todo bien?".

"Te lo contaré todo, pero no aquí", dije.

"¿Vamos en coche?".

"Sí", respondí. Podría dejar mi coche en el aparcamiento subterráneo y pedirle a Peter que me dejara allí de camino a casa.

"Sólo déjame terminar de redactar un correo electrónico", pidió.

"Voy a por mi cartera", dije y me levanté.

Unos minutos más tarde nos encontramos en el área de recepción. No pude evitar echar un vistazo al escritorio de Ava, que no pasó desapercibido para Peter. "¿Problemas con la secretaria?".

"Salgamos primero del edificio", respondí. Por alguna razón tenía la sensación de que nos oirían si decía algo entre esas cuatro paredes.

Peter condujo hasta nuestro bar favorito. Era un lugar exclusivo con bebidas caras y una

clientela sofisticada. Sin embargo, el bar en sí era muy rústico, con acogedoras mesas de madera y un ambiente agradable. Boston era una de las ciudades más antiguas del país. Más antigua que la Declaración de Independencia en varios años. No sabía cuánto tiempo tenía el bar, pero seguro que llevaba un siglo funcionando.

"Entonces, ¿qué pasa? Me muero por saberlo", dijo Peter mientras tomábamos asiento en una mesa.

"Me acosté con Ava", anuncié.

Lejos de la oficina, me sentía más cómodo contando mi secreto. Sólo habían pasado unos minutos, quizá una hora, desde que ocurrió. Podía sentir todavía su cuerpo bajo el mío. La forma sensual en que se había retorcido bajo mi contacto me distrajo momentáneamente del presente. Quería más, pero no quería romper su corazón.

"¡Animal!", gritó Peter, más fuerte de lo que hubiera querido.

"El problema es, ¿y si ella piensa que esto es el comienzo de una relación?".

"¿Por qué lo pones tan difícil antes de que empiece de verdad?", se quejó Peter. "¿Por qué no lo disfrutas?".

"¿Qué pasa si todo sale mal? ¿Cómo se supone que voy a trabajar con ella entonces?".

"Tal vez no salga mal del todo". Jugó con su servilleta, doblándola por la mitad y volviéndola a desplegar. "Tal vez te enamores".

Le dirigí una mirada severa para demostrarle que no estaba de humor para esos juegos. "Es de mí de quien estamos hablando".

"Entonces añade su nombre a tu lista de compañeras de juego disponibles", bromeó Peter.

"Ese es exactamente el problema", le expliqué. "No creo que quiera que su nombre se añada a esa lista".

"Ya veo". Peter se frotó la barbilla. "Bueno, será mejor que no menciones a tus otras novias...".

"No tengo ninguna novia".

"¿Otras amigas?".

"Hmm", cedí.

"Será mejor que no menciones a tus otras amigas si crees que quiere exclusividad".

"Exactamente".

"Bastante complicado", reflexionó.

Pensé en Ava. Ella parecía ser lo único en lo que podía pensar. ¿Qué pasaba con ella y su

tranquila determinación? Durante el día era bastante recatada y decente, pero en cuanto me acercaba a ella, se convertía en una gata salvaje.

No podía pensar bien, dejaba que mi cuerpo me guiara en lugar de mi mente. Realmente necesitaba hablar con ella, explicarle lo que quería y lo que no quería. Era lo menos que podía hacer. Teníamos que estar en la misma onda. De lo contrario, lo que había sucedido no podría volver a suceder.

Aunque sospechaba que esa conversación no iba a salir bien. Ya podía imaginar su expresión cabizbaja mientras le rompía el corazón con la noticia. Me sentí como un monstruo. ¿Por qué me había dejado llevar? Intenté recordar nuestro primer encuentro físico. Fue en el aparcamiento, después de nuestro encuentro con Jonas. Esa había sido mi perdición. No quería verla en los brazos de otro hombre. Pero si la quería toda para mí, ¿no debía mantenerla contenta?

Decidí consultarlo con la almohada. Mientras no se abordase el tema, todas las opciones seguían abiertas. Tendría que decidir la forma de actuar sólo después de haber dado ese primer paso. Así que me relajé y disfruté de las bebidas y del ambiente.

Peter y yo empezamos a hablar de diferentes cosas y terminamos la velada con mucho ánimo. Me fui a casa sintiéndome más feliz de lo que había sido desde que me hice cargo del negocio familiar. No sabía si era por Ava o por las bebidas. Todo lo que sabía era que estaba equilibrado y en paz conmigo mismo. No había tensión, ni fuego dentro de mí que necesitara ser apagado.

Me fui a la cama, contento con el resultado de mis pensamientos. Y si todos mis sueños eran sobre Ava, ¿cuál era el problema? Después de todo, eso no significaba que estuviera a punto de enamorarme de Ava. Simplemente había pasado un momento delicioso con ella en la oficina y dejaría que el destino decidiera qué hacer a continuación. No tendría que comprometerme a nada que no quisiera. Mientras tanto, mantendría mi líbido bajo control lo mejor que pudiera, pero aunque volviera a flaquear, ¿quién iba a salir herido? Ava era una adulta, como yo. Había demostrado muchas veces que podía cuidar de sí misma.

Capítulo 20

Ava

No era ingenua. Me di cuenta de que un encuentro sexual no significaba que Nate y yo fuéramos a formar una relación estable. Había mucho espacio para experimentar, y no esperaba una propuesta de matrimonio. Sin embargo, ese último beso en el aparcamiento me había dado la esperanza de que podría ocurrir algo más durante la semana.

Cuando llegué a la oficina a la jornada siguiente, estaba preparada para fingir que no había pasado nada. Teníamos que tener mucho cuidado con las muestras de afecto delante de otras personas. No sólo eso, sino que sabía que tenía que tener cuidado cuando se trataba de mostrar cariño delante de Nate.

No nací ayer. Sabía que la mayoría de los hombres querían algo sin compromiso. Sin embargo, eso no significaba que una relación más seria estuviese descartada. Sólo significaba que no podía elaborar la lista de invitados de la boda. Si pensaba que le iba a seguir a todas partes con una mirada de cachorro amoroso, se equivocaba. El sexo era sólo eso, sexo. Quería más, pero no quería que Nate se sintiera acorralado. Y fui lo suficientemente madura como para relajarme y dejar que el destino me indicara la dirección correcta.

Para mi gran sorpresa, al llegar me encontré con un ramo de flores en mi mesa. Si Nate estaba tratando de mantener nuestra relación en secreto, no estaba haciendo un buen trabajo. ¿Cómo iba a explicar que había recibido flores de mi jefe? Me apresuré a ir a mi escritorio con la idea de esconderlo. Cualquiera que pasara por la zona de recepción lo vería y sabría exactamente lo que habíamos hecho.

No leí la tarjeta. Estaba completamente convencida de que Nate lo había enviado. En realidad, no pensé que fuera el tipo de hombre que envía flores. Era rudo y eficiente, aunque tuviera un corazón de oro, como ya sabía. Las flores parecían un poco exageradas, quizás incluso posesivas. Era un mensaje para el resto del personal, que decía alto y claro que me había follado.

Saqué la tarjeta de su pequeño sobre y casi me da un infarto. No eran de Nate, eran de Marcus. ¿Cómo sabía dónde trabajaba? Pensaba que había resuelto ese problema apagando el teléfono. Si me hubiera rastreado, ¿cómo lo había hecho? ¿Había conducido por la ciudad buscándome? ¿Había un dispositivo de rastreo GPS en mi antiguo teléfono que todavía funcionaba? ¿Tenía gente trabajando para él? Tal vez había contratado a un detective privado.

Todos estos pensamientos pasaron por mi mente mientras me quedaba clavada en el sitio. Ya no podía respirar y sentía que mis pulmones fallaban. El corazón me retumbaba en los oídos. Eso fue lo peor que me pudo haber pasado. Marcus estaba invadiendo mi privacidad. Estaba invadiendo mi vida con su personalidad malvada y vengativa.

No entendía por qué me enviaba flores. Fue él quien me echó. No le había importado nada todo el tiempo que estuve sin hogar, me había permitido comer en un comedor social y dormir en la parte trasera de mi coche. Pero cuando encontré un trabajo y empecé a rehacer mi vida, decidió

que me quería de vuelta.

Volví a leer el mensaje de la nota. “Te echo de menos”. Marcus.

¿Me ha echado de menos? ¿Qué demonios decía? Eso no podía ser cierto. Tenía a otra mujer para divertirse. No me necesitaba. ¿No sabía lo ofensivo que era ese regalo? Ya lo había bloqueado y había apagado mi teléfono. ¿No captó la indirecta?

Cogí el jarrón y estuve a punto de tirarlo a la basura, pero me temblaban tanto las manos que lo dejé caer. Se rompió en innumerables fragmentos que fueron arrastrados por el suelo con el agua.

Dejé escapar un grito de frustración. Tendría que limpiarlo todo rápidamente antes de que alguien lo viera. Agachada sobre las manos y las rodillas, estaba recogiendo pétalos de flores cuando Nate abrió su puerta. Lo miré, sin poder ocultar mi preocupación. Se dio cuenta de mi cara y se puso en cuclillas a mi lado, preocupado.

"¿Qué ha pasado?".

"Son de Marcus", dije. Las palabras por sí solas sonaban como una traición. Lo había pasado muy bien con Nate la noche anterior, y parecía que Marcus quería arruinarlo. Tal vez esa era la razón de las flores. Pero si ese era el caso, era aún peor de lo que sospechaba. Porque eso significaría que Marcus sabía lo de Nate, y eso era una invasión de mi privacidad.

"Llamaré a alguien para que limpie", dijo Nate, ayudándome a ponerme de pie.

"Sabe dónde trabajo", le dije a mi jefe. Quería que entendiera por qué había roto el jarrón. No se trataba sólo de las flores no deseadas, sino también del mensaje implícito en su regalo. Quería que entendiera que sabía dónde trabajaba. Eso fue aterrador y mucho peor de lo que podría haber sido cualquier insulto o lesión.

"Avisaré a seguridad", me aseguró Nate.

"¿Cómo se ha enterado?", me pregunté en voz alta. La seguridad no me ayudaría si Marcus me estuviera observando desde el otro lado de la calle. Me pregunté si estaba siguiendo mi coche o si había estado hablando con uno de mis amigos. Al no saber de dónde sacaba la información, era difícil mantener la calma.

Al darse cuenta de lo que ocurría en mi interior, Nate me tomó de la mano y me atrajo hacia él. "Estás a salvo".

"No me siento segura", murmuré.

"Intenta no pensar", dijo.

La conmoción me había desequilibrado por completo y me resultaba difícil volver a concentrarme en mi trabajo. Nate llamó a alguien para limpiar, estaba sentada en mi escritorio viendo cómo limpiaban. Intenté evitar el contacto visual, pero no pude.

El limpiador tiró los tallos a la basura y barrió los cristales rotos en un recogedor. Fregó el

suelo y vació mi papelera en una más grande con ruedas.

Cuando se fue, apenas quedaba nada del incidente. Una pequeña zona del suelo aún estaba húmeda, pero pronto se secaría. Sabía que el limpiador se preguntaría qué había pasado. Si pensó que Nate y yo habíamos discutido o que alguien había tirado el jarrón, no dijo ni una palabra. Como no iba a contar mi miserable historia, no importaba realmente. Sólo esperaba que nada de eso provocara un cotilleo en la empresa. Tenía cosas más importantes de las que preocuparme.

No podía apartar los ojos de la ventana. Cada vez que pasaba un coche, me estremecía. Estábamos en el quinto piso, así que no nos llegaba mucho ruido. Pero todavía se oía algo, y eso era demasiado.

Nate me pilló mirando la pantalla del ordenador, con los ojos llenos de lágrimas no derramadas. Era casi la hora de comer y tenía una cita en breve. Sería bueno recomponerme para recibir a sus citados.

Me echó una mirada y suspiró: "Deberías irte a casa".

"Estoy bien", respondí tercamente, limpiándome los ojos.

El maquillaje que me había puesto por mañana probablemente hacía tiempo que se había corrido. Yo no podía verme, pero él sí. Fue paciente conmigo, pero también necesitaba una secretaria eficiente. Y no fui tan profesional como debería haber sido y eso fue culpa de Marcus.

"Ava, estaré bien", me tranquilizó Nate, ayudándome a levantarme. "Le pediré a la secretaria de Peter que ocupe tu lugar".

No quería ser reemplazada. Quería hacer mi trabajo y ser una buena secretaria. Esa era exactamente mi intención cuando Marcus me había echado de su lado. Pero no tenía otra opción. No estaba en condiciones de permanecer en la oficina en ese momento. Así que tendría que ir a casa y refrescarme. Tal vez podría hacer algo de yoga o algún otro entrenamiento de resistencia para calmar mis nervios.

Sólo temía que Marcus se abalanzara sobre mí en cuanto pusiera un pie fuera del edificio. No saber dónde estaba o de dónde había sacado la información era pura tortura. Me consolaba saber que el lugar donde vivía había sido elegido para proteger a las mujeres de los compañeros celosos. Había toda una organización sin ánimo de lucro que me ayudaría a esconderme de él, aunque al principio no me había dado cuenta de que tenía que mantener mi paradero en secreto.

Asentí con la cabeza, me armé de valor y respiré hondo, decidida a conservar la mayor parte posible de mi dignidad. Al menos sólo Nate me vio así. Si hubiera sido el resto de la oficina, si hubiera tenido que trabajar en un cubículo entre el departamento de finanzas o los vendedores, me habría sentido extremadamente avergonzada. Fuera cual fuera el juego enfermizo y pervertido al que estuviera jugando Marcus, él tenía la ventaja. Necesitaba reunir fuerzas, tal vez ponerme en contacto con Mariah para hacerle saber lo que estaba pasando.

Ese era el mejor plan que se me había ocurrido. Por supuesto, Mariah sabría qué hacer. Había ayudado a docenas, tal vez cientos de mujeres, a liberarse de parejas acosadoras o violentas. Ella

sabría cómo ayudarme.

"De acuerdo", respondí. "Me voy a ir. Gracias".

"Tómate el día libre, y si no te sientes mejor mañana, llámame".

"Quizá llame a tu madre", le dije. No quería que Mariah soltara una bomba contándole nuestra conversación antes de que yo pudiera hacerlo.

"Es una buena idea", aceptó.

Cogí mi bolso, estiré la espalda y me puse a caminar por el vestíbulo con la cabeza alta. Nate había acordado que uno de los guardias de seguridad se reuniera conmigo en la recepción. Estaba a punto de pasar por delante de él y dirigirme directamente a mi coche cuando nuestro guardia del día, Paul, me alcanzó.

"Señora", dijo amablemente.

"Hola".

"Tengo que acompañarla hasta su vehículo", explicó.

No respondí, pero me sentí más cómoda en su compañía. Tras ponerme al volante, me despedí de Paul con la mano. Ya no estaba bajo su protección. Me sentía muy pequeña y me estremecía ante cada sombra. Fue un largo trecho lleno de espeluznantes temores. Pero cuando finalmente me detuve frente a mi edificio, me sentí segura.

Capítulo 21

Nate

Sabía que Ava no era capaz de hacer su trabajo, no en el estado en que se encontraba. Mantenerla a salvo era más importante para mí que tener una secretaria. De hecho, le dije que la ayudaría enviándola a casa. Pensé que podría desahogarse o relajarse con un buen libro. Lo que fuera que necesitara hacer para sentirse mejor, obviamente no era posible en la oficina.

Llamé a Peter y le pedí que me prestara su secretaria. La mujer entró en mi despacho poco después, con más curiosidad que otra cosa. Le dije que a Ava le había surgido un imprevisto y que tenía que ir a casa. Como tenía un par de reuniones, le pregunté si podía sentarse fuera y atender las llamadas.

Aceptó y se acomodó en el asiento de Ava. Sin embargo, sólo pasó una hora antes de que Ava volviera de repente e irrumpiera en mi primera reunión. Estaba celebrando una videoconferencia con un colega de la Costa Oeste. Estábamos hablando de uno de los mayores distribuidores y de lo mucho que nos ponía de los nervios.

"Creen que porque dominan el mercado pueden hacer lo que quieran con nosotros", se quejó el hombre.

"¿Qué debemos hacer?", pregunté. "Tenemos las manos atadas".

"Estoy a punto de mandarle a la mierda", gritó enfadado. "Podemos hacer nuestra propia venta online. Podemos acudir a su competidor".

El competidor estaba tan abajo en la cadena textil que ni siquiera estaba en discusión. El distribuidor con el que tuvimos un problema, de nuevo, tenía una cuota de mercado increíblemente grande. Estaba abriendo la boca para hacer otro comentario inútil cuando mi puerta se abrió y Ava entró a trompicones en el despacho.

Pude ver inmediatamente que algo iba mal. "Tengo que irme", le dije a mi colega.

"¿Está todo bien?".

"Sí, ya te llamaré", respondí, dando por terminada la videollamada, cerrando el portátil y corriendo a ayudarla para que se sentara en el sofá.

Me miró, con la respiración agitada, como si acabara de correr una maratón. Su rostro estaba pálido, sus ojos dilatados y asustados. No entendía qué acababa de pasar, dónde había estado o por qué había vuelto. Luché contra el impulso de reñirla y tratar de arrancarle las palabras de su traumatizada garganta. Me lo contaría todo en cuanto pudiera.

"Marcus", susurró, agarrando mi mano desesperadamente. "Dejó flores en mi puerta".

"Lo he visto", respondí. Pensaba que ya habíamos superado eso. Las flores habían sido tiradas y el asunto estaba resuelto.

"No." Ava negó con la cabeza. "Fuera de mi piso".

"Pero se suponía que era un secreto", dije, estupefacto.

"¡Lo sé!", espetó, "no sé cómo me encontró. No sé qué hacer. ¿Dónde puedo ir? ¿Por qué hace eso?".

Me senté a su lado, con la sensación de haberme perdido alguna parte importante de la historia. Si ese hombre había sido el que terminó la relación, ¿por qué la perseguía? Seguramente era consciente de que era inapropiado dejar flores en su puerta. Probablemente, su objetivo era provocar ese tipo de reacción. Pero, ¿por qué querría asustar a alguien que le importaba?

Estaba confundido, pero sobre todo enfadado. "Espera aquí", le dije a Ava, me levanté y me dirigí a la puerta. Allí asomé la cabeza y me excusé para el resto del día. Di instrucciones a la secretaria de Peter para que dirigiera mis llamadas al buzón de voz y le pedí que cancelara el resto de mis citas y avisara a todo el mundo de que iba a estar de baja por enfermedad.

Después de que la mujer volviera a su escritorio, en el otro lado del pasillo, ayudé a Ava a levantarse. Volvimos al aparcamiento, pero en lugar de acompañarla a su coche, la llevé al mío.

"¿Adónde vamos?", preguntó.

"Te voy a llevar a tu casa y luego vas a hacer la maleta", dije con firmeza.

"¿Y entonces?".

"Y luego te llevaré a mi casa", respondí.

Apretó los labios y pensó en mis palabras. Sabía que quería negarse, que no quería pedir ayuda ni ser una carga para nadie. Cuando su mayor problema había sido la falta de vivienda, había sido francamente grosera al rechazar la ayuda. Pero eso era cosa de niños comparado con lo que estaba pasando en ese momento.

En todo el tiempo que había estado durmiendo fuera, nunca había atraído el tipo de atención que su exnovio había llevado a su puerta. Se había convertido en algo personal. No era sólo un número, una estadística, sólo un subproducto invisible de la sociedad bostoniana. Era una víctima, o lo sería a menos que encontráramos una forma de desviar la atención no deseada de su expareja. No me atrevía a imaginar lo que podría pasar si él aparecía mientras ella estaba sola en casa. No permitiría que eso sucediera.

"Me gustaría decir que no", dijo Ava, "pero no lo haré. Gracias".

"Bien", acepté. "Me alegro de que te des cuenta".

"Siento que hayas tenido que implicarte".

"Tú no me has implicado en nada", le aseguré, "lo hizo Marcus. Él causa todo el caos".

Ava suspiró. Pude leer el alivio en su rostro y supe que estaba haciendo lo correcto. Nos

dirigimos a su casa. Era consciente de que sabía dónde estaba su piso, aunque se suponía que era un lugar secreto que sólo conocía el personal de la organización benéfica. Lo sabía porque mi madre estaba involucrada. Pero si una persona de fuera lo sabía, era lógico que pudiera saberlo más gente.

Cómo la había encontrado no era probablemente tan importante como el hecho de que lo había conseguido. Ya no estaba segura en ese pequeño escondite, así que teníamos que sacarla de allí. Aparqué el coche y subí con ella. Allí me di cuenta de que había tirado las flores, tal y como había intentado hacer en la oficina. Esa vez había conseguido poner todo el ramo en la papelera y aún estaba allí.

Sabiendo un poco de flores (le enviaba a mi madre algunas todos los años para su cumpleaños y el Día de la Madre), pude ver que eran caras. No era un ramo pequeño, sino uno mediano, con helechos ornamentales. Quienquiera que fuera Marcus, se había gastado un buen dinero en su mensaje amenazador. Sospeché que tendría algunos medios financieros a su disposición. Eso tenía sentido. Había conseguido averiguar dónde vivía y dónde trabajaba.

Ava fue directamente al dormitorio y sacó una maleta del armario. La llenó con algunas de las prendas que le había regalado mi madre. Luego desapareció en el baño y volvió con un neceser desgastado. Fue increíble la rapidez con la que lo hizo todo. Había supuesto que tendría que esperar al menos quince o veinte minutos, pero terminó en tres.

"Nunca he visto a nadie hacer las maletas tan rápido", comenté.

Me miró con frialdad y me di cuenta de que había echado de menos su sentido del humor. Ella, sin dudarlo, me puso en mi lugar con una ceja levantada. "Quieres decir que nunca has visto a una mujer hacer las maletas tan rápido".

"Puede ser que sea eso lo que quise decir", dije vacilante, sin saber cuánto podía aguantar sin meterme en problemas.

"Hmm", respondió ella, con una mano en la cadera. "No todas las mujeres son de clase alta".

"Además, no todas las mujeres tienen la experiencia de no tener hogar", señalé.

Ella suspiró. "Estás llegando al límite".

"De acuerdo", acepté. No tenía sentido quedarse parado discutiendo. Si estaba lista, podíamos irnos.

Agarré la maleta a pesar de sus protestas y la llevé al coche. Me siguió en silencio, y me sentí como si estuviéramos huyendo de una casa paterna o de una agencia gubernamental fisgona. Era como si la CIA nos vigilara y tuviéramos que tener cuidado. No sabía hasta dónde llegaba la influencia de Marcus, ni si nos estaba observando en ese momento.

Cabía la posibilidad de que simplemente hubiera averiguado dónde vivía y le hubiera enviado flores para inquietarla. Después de todo, eso no significaba que estuviera escondido en un piso de enfrente con prismáticos. Pero eso tampoco significaba que no estuviera escondido al otro

lado de la calle, me dije. Tenía que estar preparado para todo, incluso para el combate cuerpo a cuerpo si se daba el caso. Esperaba que el tipo no tuviera un arma.

Ligeramente preocupado, empujé a Ava a mi coche y salí a toda velocidad. Mi propia casa estaba en una comunidad cerrada, así que había un poco más de protección. Aparcamos y me acerqué a ella para abrir la puerta.

Me di cuenta de que ya se había recuperado un poco del shock. La acompañé al interior y dejé su maleta junto a la puerta. Había dos habitaciones adicionales, una con una cama doble y otra con dos camas individuales. La conduje a la habitación con la cama doble y encendí la luz para que pudiera mirar a su alrededor.

Esa habitación de huéspedes tenía un baño privado. Le mostré la cabina de ducha y le aseguré que podía utilizarla cuando quisiera. Sin embargo, ella se negó.

"No estoy de humor para estar desnuda", dijo.

"Qué pena", respondí, pronunciando las palabras antes de darme cuenta de lo vulgares que sonaban. "Voy a preparar algo de comer".

"Me gustaría llamar a tu madre, si te parece bien", dijo.

"Por supuesto".

No sabía por qué no se me había ocurrido antes. Mamá era la persona indicada para ayudarnos a resolver ese lío. Ya tenía experiencia con víctimas de violencia doméstica y contaba con contactos en la comunidad que ayudaban a las mujeres a reiniciar su vida tras el acoso y el hostigamiento. Aunque no pudiera hacer nada por nosotros, al menos sabría a quién podríamos recurrir.

Fui a la cocina a preparar la comida mientras Ava se ponía en contacto con mi madre. Hubiera preferido ir directamente al gimnasio para desahogar parte de mi frustración, pero también quería estar disponible. Si hubiera estado ocupado golpeando el saco de boxeo como un loco, Ava no habría querido interrumpirme. Además, podría haberme visto haciéndolo y sentirse desanimada o preocupada por mi salud mental.

Sin embargo, cocinar era casi tan relajante como hacer ejercicio. Decidí cocinar algo que fuera sano y elaborado. Así podría desconectar para apoyar mejor a Ava. Después de algunas deliberaciones, me decidí por el pollo a la parrilla con pimientos y calabacines.

Primero piqué las cebollas, luego corté los pimientos en tiras y después lo mezclé todo. Un poco de aceite de oliva realzó los sabores y, mientras las verduras se cocinaban a fuego lento, pensé en cómo sería el resto de la jornada.

No pude reprimir el impulso de querer proteger a Ava. Nuestro único encuentro íntimo no significaba que yo fuera su novio, pero al menos me daba derecho a preocuparme por ella. Seguramente a Marcus le interesaría saber que habíamos intimado, si es que no lo sabía ya. Tal vez ese fue el detonante de su recién interés por Ava. Tal vez él se había enterado de alguna

manera de que ella seguía adelante y decidió no dejar que eso sucediera.

Debería estar enfadado. Enfadado con el bastardo por aterrorizarla así. En cambio, me sentí entumecido. Durante treinta y tres años me las había arreglado para evitar ese tipo de basura. Había tenido innumerables aventuras con mujeres, pero nunca había sido acosado por ninguna de ellas. Al menos no hasta donde yo sabía. Nunca me habían importado lo suficiente como para averiguarlo. Quizás algunas de mis amantes habían estado lidiando con cosas de las que habían preferido no hablar.

Ese pensamiento me hizo sentir mal. Era doloroso ser del mismo sexo que un tipo que trataba de intimidar a las mujeres de esa manera. Me hubiera gustado disculparme con Ava en nombre de todos los hombres, pero sabía que eso no serviría de nada. Me alegré cuando sonó el timbre, porque sabía que probablemente era mi madre. Apagué la cocina y me dirigí a la puerta para saludarla.

"Ava está en la habitación de invitados", dije.

Mamá bajó inmediatamente al pasillo y llamó a la puerta de Ava, y yo volví a cocinar. Cuando la comida estaba lista y sobre la mesa, ambas salieron de la habitación de invitados. Ava parecía mucho más tranquila entonces. Sus ojos estaban secos y sus hombros rectos.

Llevaba el pelo suelto y enmarcaba su cara de una forma que no solía ver. Recordé nuestro juego erótico en la oficina y la forma en que su cuerpo se había erizado bajo el mío. Conocía la curva de sus pechos y la de su trasero.

Sacudiendo la cabeza, me llamé al orden. No era el momento para esos pensamientos. Era vulnerable y tenía problemas. Necesitaba apoyarla, no seducirla. Ambas se acomodaron en la mesa y yo me uní a ellas, pero no se produjo ninguna conversación y ninguna de las dos se sintió lo suficientemente cómoda con el tema como para hablarlo en mi presencia.

Durante la comida se respiraba un ambiente incómodo y apagado, y cuando terminamos, me levanté apresuradamente. "Vosotras seguid hablando".

Siguieron mi sugerencia y salieron al balcón. Las miré a través del cristal. ¿Qué era Ava para mí? Era mi secretaria, por supuesto, pero sentía que había algo más. No éramos novios, ni marido y mujer. Y sin embargo, había algo posesivo en lo que hacía por ella. No quería que nadie le hiciera daño porque eso la hacía sentir asustada y triste, pero también porque la consideraba mi Ava. *Nadie debe meterse con nada ni con nadie que sea mío. Si ese bastardo volviera a aparecer, se lo haría pagar.*

Capítulo 22

Ava

La conversación con Mariah me había calmado. Como había sospechado, lo sabía todo sobre las exparejas acosadoras. Me escuchó atentamente mientras hablaba. Analizamos toda mi relación, hasta el final.

"Es extraño que se haya vuelto tan posesivo meses después de que vuestra relación terminara", dijo Mariah.

"Me ha sorprendido totalmente", asentí. "Quiero decir, ¿dónde estaba ese afecto cuando estábamos juntos? Entonces no me quería".

"Todavía no lo sabe", dijo la madre de Nate. "Se trata más de poder y dominio que de amor. Antes te tenía en su vida para controlarte, y ahora no. Lo echa de menos".

Fruncí el ceño, incapaz de encajar todo el puzzle.

"Cuando estabais juntos, ¿él dictaba cómo se hacían las cosas? Cómo lavar los platos o cómo vestirte. Ese tipo de cosas".

"Todo el tiempo", exclamé. "Nunca hice nada bien. Pensé que por eso empezó a engañarme, porque no estaba a su altura".

"Mmmm", murmuró, "Ya lo he visto antes. Para él, no se trata tanto de las cosas específicas que quiere de ti, aunque puedas pensar que se trata de eso. En realidad, sólo quiere controlarte".

Exhausta, bajé la cabeza hasta el pecho. Sólo hablar de Marcus era agotador. Deseaba que se fuera y me dejara en paz. Había tenido su oportunidad y la había desperdiciado.

"En el pasado, me habría alegrado de recibir flores de él", admití.

"Por supuesto", dijo Mariah. "Los maltratadores suelen ser muy encantadores al inicio".

Me resultaba difícil pensar en Marcus como un acosador. Incluso después de sus mensajes de móvil no deseados y sus flores no deseadas, no quería pensar en mí como una mujer maltratada. Nunca me había pegado, así que supuse que no había sido técnicamente maltratada. Era un pensamiento reconfortante que me guardé para mí. Mariah parecía tan segura de sí misma, tan segura de entender mi situación, que no quise interrumpir su análisis de mi relación.

De repente pensé en mi propia madre y deseé poder estar con ella. No es que Mariah no hubiera sido de ayuda. Fue la única persona lo suficientemente amable y experimentada como para decirme qué hacer. Pero era tan diferente a mi madre que eso me hizo echar de menos a mi familia.

Había crecido en un pequeño pueblo de Virginia, y mis padres esperaban que fuera a la escuela de comercio local y aceptara un trabajo como asistenta dental o secretaria en las escuelas

primarias. Mi madre siempre había hablado de carreras femeninas que podían compaginar con marido e hijos. Se horrorizó cuando elegí el periodismo. En su opinión, no era una carrera adecuada para una joven soltera.

Pero me impuse y solicité una plaza en una universidad de Boston. Cuando me aceptaron, prácticamente me rechazaron. Me habían repudiado y me dijeron que me fuera y no volviera. Eso inició lo que se convertiría en una traición. Aunque en ese momento pude mudarme a un albergue y no me quedé sin hogar.

Me dolió. Incluso después de todos esos años, mi madre seguía siendo inflexible. Ella no me habló, y yo no le hablé. Mariah sólo hizo que esa herida doliera más. Deseaba lo que tenía Nate: suficiente dinero para no tener que preocuparme nunca de tener que dormir en el coche, y una familia que me cuidara y me quisiera. Incluso su padre se preocupó, e intentó hablar con su hijo.

No quise pensar más. Explicar mi situación sólo habría hecho todo más doloroso. Dejé que Mariah creyera que todas mis lágrimas eran por culpa de Marcus.

"¿Te vas a quedar?", le pregunté. El sol ya empezaba a ponerse, haciendo que el horizonte brillara de color naranja y rojo.

"No, querida", dijo Mariah, poniéndose de pie. "De hecho, me tengo que ir. Estarás a salvo con Nate".

"¿Pero por cuánto tiempo?", pregunté.

"No te preocupes", respondió Mariah. "Enviaremos a alguien para que empaquete todas tus cosas, y después podremos trasladarte a otro piso".

"¿Y si me encuentra de nuevo?", pregunté. No estaba segura de volver a sentirme tranquila. Si Marcus había sido capaz de encontrarme en un piso secreto, podría rastrear el siguiente. De eso estaba segura.

"Cada cosa a su tiempo", aconsejó Mariah.

Respiré profundamente. Tenía razón, por supuesto. No podía preocuparme por lo siguiente cuando aún no había sucedido nada. Pasaría la noche en casa de Nate y recibiría ayuda de la organización de Mariah.

"Si hay algo más que necesites...", dijo Mariah antes de irse.

"No puedo pedirte nada más", objeté. "Ya habéis hecho demasiado por mí".

"Tonterías", me regañó Mariah y me dio un beso en la frente. Luego se levantó. "Somos multimillonarios. Podemos permitirnos ayudar a una amiga".

Yo también me levanté, dispuesta a volver a entrar. No me sentía cómoda sentada sola en el balcón. De alguna manera tenía la loca idea de que Marcus podría pasar en cualquier momento. Aunque con la puerta y el guardia, eso era bastante improbable.

Era fácil olvidar que Nate era multimillonario. Sabía, por supuesto, que era el director general de una empresa multinacional. Estaba acostumbrado a salirse con la suya, pero también tenía un lado blando, como descubrí cuando lo conocí mejor. Me preguntaba si también tendría un yate o propiedades en otras partes del mundo.

Comparado con lo que probablemente poseía, hospedarme una noche era algo mínimo. Podríamos ir juntos al trabajo al día siguiente. No era para tanto. Me sentía mejor, pero no quería ser una carga para él. Todo estaba bien, pero ¿y si necesitaba ayuda a largo plazo? Decidí no aceptar ni un céntimo más de lo absolutamente necesario.

Cuando volví a entrar en la casa, no pude encontrar a Nate por ningún lado. Fui de habitación en habitación buscándolo e hice una visita autoguiada por su casa. Sin embargo, no quería subir. Lo que fuera que hubiera arriba era privado. Me limité a la planta baja, pero parecía haber docenas de habitaciones.

Finalmente lo encontré al fondo, en una sala habilitada como gimnasio. Había una cinta de correr y un estante con pesas, pero Nate no se dedicaba a ninguna de esas cosas. Estaba de pie en medio de la sala, con el torso desnudo, golpeando un bulto que parecía una mezcla entre un robot y un saco de boxeo.

No quería molestarle, así que me di la vuelta. Pero debió de oírme, porque se detuvo y se volvió hacia mí. "¿Se ha ido ya mi madre?", preguntó.

"Sí", respondí.

Sus hombros se relajaron mientras se llevaba la mano a la muñeca y se quitaba los guantes.

"No tienes que parar", le aseguré.

"Sólo estaba desahogándome".

"Lamento todo este alboroto", me disculpé.

"No es culpa tuya".

"Siento que tengo un poco de culpa", objeté.

Me lanzó una mirada que hizo que se me derritieran las entrañas. Sabía que no era el momento adecuado para la ternura, pero se me hizo difícil apartarme. Entramos juntos en el salón y Nate sirvió dos copas de vino. No quería emborracharme, pero pensé que un solo vaso estaría bien.

"Siento haberte estropeado el momento", empecé.

"No te preocupes", dijo.

No sabía si debíamos hablar de lo que había pasado en la oficina. No había pasado tanto tiempo y nuestra pasión aún no se había enfriado, a juzgar por la tensión sexual apenas contenida que crepitaba en la habitación. Así que decidí no abordar el problema. Por el momento, era mejor no hablarlo y dejar que siguiera ardiendo bajo la superficie. No era adecuado decir nada, pero

¿quién sabía lo que iba a pasar al día siguiente?

Tras terminar mi copa, me excusé y me retiré. Iba a dejar que volviera a lo que fuera que le preocupaba antes de interrumpirle. Si no podía aliviar el estrés a través del sexo, al menos podría seguir con su gimnasia. Volví a la habitación de invitados para coger mi bolsa de artículos de aseo.

No quería desnudarme, pero sabía que no podía ocupar la habitación de Nate sin ducharme. Como invitada respetuosa, era lógico que me mantuviera limpia. Así que me lavé toda la ansiedad y la tensión, junto con el sudor del estrés que se había pegado a mi piel durante las horas anteriores.

Sabiendo que estaba a salvo y que Marcus no podía llegar a mí, cerré la puerta del baño y abrí el grifo. Había llevado mi propio champú y una pequeña botella de gel de ducha. Decidida a terminar lo antes posible, me quité la ropa y me metí bajo el chorro de agua.

Me pregunté qué estaría haciendo Nate en ese momento. ¿Había vuelto al gimnasio para hacer ejercicio? ¿Se había quedado en el salón y estaba viendo la televisión? ¿O tal vez había subido a su habitación para relajarse?

Terminé mi ducha sin incidentes, me sequé y me envolví con la toalla. Todavía era temprano, pero estaba agotada y lo único que quería era dormir. Mis pensamientos se arremolinaban de forma salvaje y sentía que estaba teniendo una pesadilla. Tal vez las cosas se verían mejor después de haber dormido. Ya no me molesté en avisar a Nate. Sería mejor para todos que me acostara y lo volviera a intentar a la mañana siguiente.

Decidí dormir con mi ropa en lugar de mi pijama. El tiempo que pasé en el albergue para indigentes me enseñó que bajar la guardia era peligroso. Al llevar pantalones de chándal en lugar de pantalones de pijama, estaba preparada para lo inesperado.

Me puse una camiseta y una sudadera, todo lo que necesitaba para salir de la cama y rechazar a un intruso. Me tapé con las sábanas hasta la barbilla e intenté desconectar, pero los acontecimientos se repetían en mi cabeza, burlándose de mí con los ecos de mi vida anterior.

Deseaba que Marcus volviera al lugar de donde había salido. Ahora que lo había superado, apareció de repente y volvió a entrar en mi vida por la fuerza. Sabía que lo hacía a propósito. Sus flores habían tenido el efecto deseado. Me hicieron pensar en él y preocuparme por dónde podría estar. Quería que supiera que ningún lugar era seguro. Quería demostrarme que podía tenerme de vuelta cuando quisiera.

Pero eso era mentira, y tenía que recordármelo continuamente. Yo era mi propia amante. No le pertenecía más que a mis padres. Era independiente y había sobrevivido a la vida en la calle. Había hecho buenos amigos que me ayudarían a poner los pies en la tierra y tenía que centrarme en mi futuro.

Con determinación, conseguí desterrar a Marcus de mis pensamientos. Luego intenté contar ovejas y finalmente me dormí con imágenes de animales blancos y esponjosos saltando sobre

una valla. Cuando me desperté a la mañana siguiente, era temprano, pero sabía que tenía que ir a trabajar. Nate no quería tomarse otra jornada libre, y yo me sentía lo suficientemente bien como para hacer mi trabajo.

Me reuní con él en la mesa del desayuno, ya vestido y listo para salir. Fue extremadamente profesional y no dio ningún indicio de la tensión sexual que había sido evidente la noche anterior. Llevaba traje y corbata sin chaqueta. En la mesa había un desayuno que habría rivalizado incluso con los hoteles más caros.

Había naranjas frescas, tocino crujiente y huevos revueltos, croissants, mermelada y café fuerte. Me serví una taza, me senté y cogí una loncha de bacon.

"¿De verdad te gusta cocinar?", pregunté, impresionada.

"Me tranquiliza".

"¿Necesitas calmarte?".

"¿Cuál es el plan?". Volvió a centrarse en mí.

"Tu madre dijo que iba a tener mis cosas empaquetadas para mudarme a otro piso".

"¿Y qué piensas de eso?". Me miró a la cara, buscando signos de seriedad.

Sabía que tenía que decirle la verdad, sin importar lo que eso significaba. "Estoy un poco nerviosa".

Asintió con la cabeza. Al parecer, no le sorprendió. Ahora que lo pienso, tampoco sabía por qué iba a estar nerviosa. Sólo había pasado una noche en la que no me había preocupado por nada, e iba a tener que volver a vivir sola.

Marcus era ingenioso como ningún otro. Me encontraría de nuevo, estaba segura, y cuando lo hiciera no correría hacia Nate en busca de protección. Podía ver todo lo que ocurriría tan claramente como si ya hubiera pasado. Pero mantuve la boca cerrada. Lo más importante era volver a trabajar y ser la mejor secretaria posible. No iba a confiar en Nate y su familia, por muy ricos que fueran y por muy buenos contactos que tuvieran. No me importaba que fuera fácil para ellos ayudarme.

Terminamos nuestro desayuno y subimos al coche. El trayecto al trabajo me resultaba casi familiar. Éramos como una verdadera pareja que salía de casa y se dirigía a la oficina juntos. Me sentí relajada cuando entramos. Nate no necesitó mostrar su identificación, y como yo lo acompañaba, el guardia de seguridad tampoco me pidió la mía.

Era el comienzo de una nueva jornada. Habría nuevas oportunidades y mucho trabajo por hacer. Todas las reuniones que Nate había cancelado el día anterior tuvieron que ser reprogramadas. Había que firmar una nueva colección y contactar con una docena de nuevos distribuidores. Iba a ser una jornada muy ajetreada y estaba deseando empezar. Las cosas mejorarían a partir de ese momento, podía sentirlo.

Capítulo 23

Nate

Cuando llegué a la oficina esa mañana, tenía dos preocupaciones distintas en la agenda. La primera fue convencer a Ava de que presentara una denuncia a la policía. No parecía darse cuenta del peligro que corría. No podía alejar mis preocupaciones y decirme que Marcus no era realmente peligroso, no podía engañarme. Aun recordaba la expresión de su cara cuando había entrado a trompicones en mi despacho el día anterior. Me había llevado un susto de muerte.

La noche anterior, en mi casa y despreocupada, había hecho maravillas. Se había recuperado y era tan eficiente como siempre. Organizó todas mis reuniones y se aseguró de que recibiera toda la información a tiempo para repasarla antes de las reuniones. Aunque en ese momento, una secretaria perfecta no era mi principal prioridad.

Quería que Ava estuviera a salvo, y la mejor manera de hacerlo, en mi opinión, era involucrar a las autoridades. Así que llamé a mi madre para ver si podía poner a alguien más de mi parte. Si Ava no me escuchaba, tal vez fuera posible que buscara el consejo de Mariah.

"Hola", dije en el altavoz.

Eran alrededor de las once y acababa de terminar la primera de muchas reuniones. Ava estaba sentada en la zona de recepción, trabajando diligentemente. Esperaba poder convencer a mi madre y luego meter a Ava en la conversación. Pudimos conseguir que presentara la denuncia a pesar de sus objeciones. Sabía que Marcus era peligroso y que ella estaría en mejor posición si avisaba a la policía. Así, si él decidía aparecer en su puerta, tendría más respaldo.

"Hola, cariño", dijo mamá, "¿Cómo has dormido?".

"Bien".

"¿Cómo está Ava?".

"De eso quería hablarte". Respiré profundamente antes de continuar, dispuesto a exponer mi caso. "Quiero que presente cargos, pero dice que su ex no es tan peligroso y que no quiere 'molestar' a la policía".

"La parte de no molestar a la policía es ridícula", me regañó mi madre. "Pero entiendo que no quiera hacer oficial el conflicto".

"¿Y si vuelve? ¿Y si se presenta en la oficina? Al menos debería constar que la acosa".

"Estoy de acuerdo", respondió mamá con dudas.

"¿Pero?". Podía sentir que había algo más en sus palabras.

"Pero en realidad no es asunto nuestro, ¿verdad?", concluyó.

Puse los ojos en blanco. No sabía por qué no debía ser de mi incumbencia. ¿Seguramente mis sentimientos por Ava me daban derecho a decir algo en el asunto? Yo era tan parte de su vida como su ex. Y esa constatación me llevó al segundo punto de mi agenda.

Quería que Ava se quedara conmigo. No quería mandarla a otro piso de mierda. Aunque no me gustaban los compromisos y nunca me había sentido unido a una mujer, Ava era diferente. Algo en su compostura y fuerza de carácter me intrigó. El recuerdo de lo descarada que había sido conmigo en mi despacho casi me la puso dura mientras me sentaba en mi escritorio.

No tenía intención de dejarla ir a menos que fuera ella la que se apartara. Al diablo con las circunstancias, la quería en mi casa, en mi cama, en mi vida. Me pareció una pura tortura cuando me sente en el salón a beber vino la noche anterior. Ninguno de los dos nos habíamos permitido hacer lo que ambos deseábamos. Ninguno quisimos dar el primer paso, y había sido incómodo hasta que Ava le puso fin.

Cuando la oí ducharse, tuve que luchar contra el impulso de entrar en el baño. Me di cuenta de que no podía aprovecharme de su angustia, pero fue muy difícil. Pensé que en un intervalo de veinticuatro horas, entre nosotros y la crisis, podría significar que esa noche fuera diferente. Si conseguía convencerla de que volviera a casa conmigo y se olvidara del piso de protección oficial por el momento, podría disfrutar con ella.

Pensé en todas las cosas que podríamos hacer en mi casa, en mi cama, y mi pulso se aceleró ante la idea. Tenía que haber una forma de ofrecerle mi casa durante un periodo de tiempo más largo. No es que quisiera casarme, pero me gustaría pasar unas cuantas noches con ella.

No se me escapó que nunca había sentido eso por otra mujer en mi vida. Tenía que tener cuidado. Si lo llevaba demasiado lejos, corría el riesgo de perderme, y si lo llevaba demasiado despacio, acabaría sintiéndome completamente agotado. Tenía que haber un término medio, y estaba convencido de que Ava pasara el fin de semana conmigo.

"Dijiste que le encontrarías otro lugar donde quedarse", le dije a mi madre.

"Sí", confirmó, "todavía tenemos algunos pisos disponibles".

"¿Por qué no haces que tu gente me traiga sus cosas?", pregunté. "Puedes tomarte tu tiempo para preparar el siguiente piso para ella".

"El siguiente piso ya está listo", dijo inmediatamente mamá, "pero deja la decisión a Ava. Lo que ella quiera hacer me parecerá bien".

"Gracias, mamá", dije y colgué. No la engañaría. Sabía que le gustaba Ava, y la posibilidad de volver a verla en el futuro era demasiado buena para que mi madre la dejara pasar.

Yo tenía que hacer la propuesta a Ava, pero esperé hasta el último momento para hacerlo. Alrededor de las tres entró en mi despacho con cara de frustración.

"No puedo localizar a tu madre", se quejó. "No sé dónde voy a dormir".

"Puedes dormir en mi casa", dije rápidamente, levantándome de la silla y cruzando la habitación.

Ava estaba allí, con los ojos muy abiertos en su vestido morado hasta la rodilla, observándome. Se retorció las manos, visiblemente sorprendida por mi brusquedad. Quería que la oferta pareciera poco importante, como si quisiera decir que tenía una habitación de invitados y que no había razón para que no pudiera usarla. Pero la verdad es que no era la habitación de invitados la que quería ofrecerle.

Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro mientras procesaba la invitación. "No quiero...".

Rodeé su espalda con una mano y la atraje contra mí. "No quiero asustarte".

"Yo tampoco".

"Entonces olvídate del otro piso y ven a casa conmigo después del trabajo", susurré.

"De acuerdo", respondió ella, inclinando la cabeza para recibir un beso.

No tuvo que esperar mucho. Toqué sus labios con los míos y reclamé mi lugar en su vida. Tal vez no era su compañero, pero era algo más que su jefe. Teníamos una conexión y era maravilloso. Me habría encantado llevarla a mi casa en ese mismo momento, pero me contuve. Se hacía tarde. Podríamos esperar hasta llegar a mi hogar.

No quería ser ese jefe que no podía apartar las manos de su secretaria. Pero aunque luché por ignorar las connotaciones negativas, no podía esperar a verla desnuda. La fuerza de mi deseo me sorprendió, y sin embargo todo era correcto. Ava y yo estábamos destinados a estar juntos.

Capítulo 24

Ava

Las siguientes horas fueron una tortura. Tuve que volver a situarme frente a la puerta de Nate, con la cabeza llena de imágenes de su cuerpo desnudo. Sabía exactamente cómo era. Recordé que la noche anterior lo había encontrado con el torso desnudo mientras golpeaba el saco de boxeo. Era guapo, protector y se preocupaba por mí. Era una combinación embriagadora que avivaba el fuego en mi interior y me daba la incómoda sensación de que mi piel estaba demasiado sensible.

Ansiaba pasar mis dedos por su pecho, sentir los músculos tensos bajo su ropa. Quería que me tocara, que volviera a centrar su atención en mis pechos y hombros. Ni siquiera me preocupé por lo que pudiera pensar de mi marca de nacimiento. A diferencia de otros hombres, incluido Marcus, que me avergonzó, Nate simplemente había tomado nota con un beso. No podía esperar a refugiarme en sus brazos.

Tal vez nos bañábamos juntos, o podríamos ir directamente a su cama. Medio esperaba que me pusiera sobre el escritorio y desordenáramos la oficina una vez más, pero se contuvo. Poco a poco se estaba convirtiendo en una costumbre entre nosotros reprimir nuestros impulsos pasionales. Nunca era el momento ni el lugar adecuado. Constantemente teníamos que frenar nuestros instintos sexuales por culpa de otras personas.

Quería volver a su despacho para reclamar su atención. Estaba segura de que no podría resistirse si me subía a su regazo. Pero me contuve, sabiendo que era mejor esperar. Tendríamos toda la noche para explorar nuestros cuerpos, pero en cuanto terminó la jornada laboral, mi expectación se hizo casi insoportable. Nate debió de pensar lo mismo, porque ya estaba cerrando su despacho a las cinco en punto. Esperó con su maletín en la mano mientras yo preparaba los mensajes de fuera de la oficina. Si alguien quería contactar con él de allí a la jornada siguiente, tendría que esperar.

Tardé unos segundos, durante los cuales Nate se quedó mirando impacientemente su reloj. En lugar de sentarme, me incliné sobre mi escritorio para escribir en el ordenador. Sentí que una mano me rozaba el trasero y cuando levanté la vista, Nate se estaba apartando inocentemente.

Así que ese era el tipo de juego al que quería jugar, ¿eh? Me enderecé con una sonrisa y busqué mi bolso. "Estoy lista".

Caminamos juntos hasta el ascensor y bajamos en silencio. Lo miré de reojo. Quería que mi cuerpo se apretujara contra el suyo. Podía pulsar el botón de emergencia para detener el ascensor y aflojar la corbata alrededor de su cuello. Podríamos liberar esa tensión allí mismo. Sabía que él quería que lo hiciera. Sin embargo, me ignoró por completo y mantuvo su mirada fija en la esquina.

No me dejé distraer. Podía sentir su tensión. Cada respiración era superficial, cada parpadeo de sus ojos ocultaba su lujuria. Cuando se abrieron las puertas del ascensor que conducía al

aparcamiento subterráneo, salió fingiendo no haberme visto. Le seguí con confianza, sólo era un colega que casualmente iba al mismo sitio.

Desbloqueó las puertas y se sentó en el asiento del conductor. Me acerqué al asiento del copiloto y me subí también. Entonces cerramos las puertas y finalmente nos miramos. Sin esperar más, se acercó al salpicadero y tiró de mí hacia él.

Nuestros labios se encontraron y el espacio entre nosotros se disolvió. Nos convertimos en uno, nuestras lenguas se fusionaron y nuestros corazones latían al mismo ritmo. Me perdí en el calor de su beso. Todo lo que me rodeaba se desvaneció y sólo sentí el suave contacto de su mano.

Quería saltar las barreras que nos separaban y acomodarme en su regazo. Quería tomar su cabeza con ambas manos y sentir la suavidad aterciopelada de su pelo corto. Quería aflojarle la corbata del cuello, desabrocharle la camisa y dejar al descubierto su magnífico pecho. Pero todavía estábamos en el aparcamiento subterráneo. Si alguien salía del edificio en ese momento, vería al señor Brockton besándose con su secretaria en su coche.

"Conduce", le ordené con voz ronca, desesperada por llegar a un lugar privado.

No tuve que decírselo dos veces. "Ponte el cinturón de seguridad".

Tiré del cinturón, dejé que encajara en su sitio y al momento siguiente ya estábamos saliendo, dejando atrás el edificio de oficinas. Tardamos unos quince minutos en llegar a la zona residencial de Nate. Pasamos la puerta y nos dirigimos a su entrada. Al salir del coche, me esforcé por controlarme. Por fuera, éramos una pareja normal que subía a su porche después de una larga jornada de trabajo.

Pero en cuanto la puerta se cerró y estuvimos a salvo de las miradas indiscretas, abandonamos toda contención. Lo rodeé con mis brazos, desesperada por acercarlo lo máximo posible. Nate quería lo mismo y me empujó contra la parte trasera de la puerta. Puso ambas manos en mi cara y apretó sus labios contra los míos.

Nos besamos una y otra vez, sin poder parar, sin poder saciar nuestra sed. Cogí su corbata, desaté el nudo con agilidad y la dejé caer al suelo.

Deslizó una mano bajo la correa de mi bolso, me liberó de su peso, lo dejó en el aparador y comenzó a desnudarme. Primero fueron mis zapatos. Me ayudó a salir de ellos, uno por uno, y volvió a mi boca un momento después. Era considerablemente más pequeña sin mis tacones, y tuve que echar la cabeza hacia atrás para entregarme a sus besos.

A continuación, le tocó a mi vestido, empujando la tela por encima de un hombro para dejar mi piel al descubierto. Le contesté desabrochando el botón superior de su camisa. Pude ver su nuez de Adán, así como la barba que le había vuelto a crecer tras el afeitado matutino.

Abandoné su boca y seguí una serie de besos sobre su mandíbula. Con mi lengua exploré los surcos y valles de su cuello. Estaba caliente, cada vez más caliente. Sabía a *aftershave* y a sudor, una combinación embriagadora. Se cansó de centrarse en un solo hombro y bajó la mano para agarrar una parte de mi falda.

Me tiró del vestido por encima de la cabeza y me despojó de una de las pocas prendas que llevaba. Luego la arrojó sobre el sofá, con cuidado de no dañar la tela. Admiraba su autocontrol incluso en los momentos de pasión. Quería desgarrar su camisa, hacer saltar los botones de su cintura por los aires y arrancarle los pantalones. Pero se adelantó a mí y se desabrochó la camisa antes de que pudiera ponerle las manos encima.

Me levantó en brazos y me llevó de vuelta a la habitación de invitados. Me pregunté por qué no habíamos entrado en su habitación, pero luego me di cuenta de que probablemente habría escaleras. La cama más cercana estaba en esa habitación de invitados, y con las prisas no había pensado nada más.

Me tumbó en la cama, con suavidad. Me acerqué a él para atraerlo a mis brazos. Eso era todo lo que quería. La noche anterior me había quedado despierta en esa misma cama preguntándome si podría volver a tocarle. Parecía que tenía mi respuesta.

Se quitó los zapatos y se unió a mí en la cama. Me desplacé para hacerle sitio y giré hacia él al mismo tiempo. Se inclinó sobre mí y bajó sus labios a los míos. El beso fue suave y duradero, sólo la punta del iceberg con el resto de la montaña escondida debajo.

Llevé la mano al dobladillo de su camisa, ansioso por deshacerme de la tela ofensiva. Sin embargo, cuando traté de tirar por encima de su cabeza, no llegué muy lejos antes de que se enganchara en su pecho cada vez más ancho. Se inclinó hacia atrás y desabrochó los botones que la mantenían en su sitio. En cuanto terminó, se liberó de la camisa y la dejó caer al suelo. Parecía que tenía mucho menos respeto por su propia ropa que por la mía.

Excitada, volví a acercarlo a mí y dejé que mis manos se deslizaran por su espalda. Su forma era una obra maestra que por el momento sólo yo podía disfrutar. Me parecía peligroso, incluso prohibido de alguna manera, permitirme el placer de ese cuerpo. En realidad, debería haberme escondido, haber tenido miedo. Pero nada de eso fue así, disfruté del maravilloso momento. Selló nuestros labios con un beso e inclinó la cabeza hacia abajo para capturar el lóbulo de mi oreja. La forma en que lo chupaba y lo retorcía bajo su lengua era lo más erótico que había experimentado. Sentí que me sacudían destellos de lujuria y ansiaba más.

Le rodeé el hombro con un brazo y me aferré a él con fuerza. Se acostó pesadamente sobre mí, presionándome contra el colchón. Abrí las piernas, hambrienta de su amor. Tras un momento de excitación, dejó mi oreja y bajó por mi cuello hasta la clavícula.

Enardecida por la curiosidad y el deseo, le pasé los dedos por el pelo. ¿Qué nueva sensación me daría a continuación? Parecía conocer su juego en el dormitorio. Pero no quería pensar en todas las mujeres que me habían precedido, ni en las que me seguirán. En ese momento estábamos solos Nate y yo, solos y ardiendo de pasión.

Acaricié con mis dedos sus hombros, sintiendo la fina textura de los huesos y los músculos moverse bajo mis manos con cada empuje. Me chupó la piel y casi me ahogué de placer. Sabía que me dejaría un chupetón y que tendría que esconderlo, pero no me importaba.

Me quitó los tirantes del sujetador de los hombros y se puso detrás de mí para desabrochar el

cierre. Después de liberar mis pechos, tiró el sujetador por el borde de la cama al suelo con el resto de la ropa. Se tomó un momento para mirarme como si fuera una comida gourmet o una botella de vino caro.

Con el corazón acelerado y la respiración entrecortada, le miré a los ojos. Esperaba que hiciera un comentario sobre mi marca de nacimiento, pero no lo hizo. En cambio, puso una mano en mi cadera y bajó su boca hasta mi pecho. Cerré los ojos para concentrarme plenamente en las sensaciones. Lamió mis redondeces y rodeó el pezón con la punta de su lengua.

Arqueé la espalda y gemí. Cada toque era una deliciosa tortura, cada aliento caliente en mi piel otra oportunidad de liberación. Me preguntaba cómo me había ganado esa felicidad. Seguramente había otras mujeres que merecían más compartir la cama de Nate. Era un multimillonario que me había rescatado de la calle. Debería estar con una heredera, una princesa o con otra persona fabulosamente rica.

Aparté esos pensamientos de mi cabeza. Nate me había elegido, por la razón que fuera, y yo estaba decidida a no decepcionarle. Quería seducirlo tanto como él me seducía a mí. Sólo había una forma de conseguir lo que quería, y era imponerme de forma dramática.

Puse mis piernas alrededor de su cintura, rodé hacia mi derecha y lo arrastré conmigo. Al incorporarme, lo miré con asombro. Puso sus manos en mis muslos, una imagen de pura masculinidad. Llevé la mano a su cintura, desabroché los botones y abrí los pantalones.

Sabía lo que quería, lo veía en sus ojos. Lo quería tanto como yo. Cogí una de sus manos y le lamí el dedo índice, luego lo mordí ligeramente y pasé la lengua por la punta. Sonrió, listo para más.

Le bajé los pantalones y le solté la mano para que me ayudara. Juntos nos encargamos de los últimos obstáculos que nos quedaban en el camino: sus pantalones y su ropa interior. Aparté ambos, le agarré por la cintura y contemplé con avidez su enorme polla antes de iniciar mi descenso.

Toda su atención estaba en mí y su punta hinchada apuntaba en mi dirección. Me puse de rodillas entre sus piernas y me incliné sobre el colchón hasta que mi cabeza quedó en la posición correcta. Entonces agarré su polla por la base y la llevé a mis labios. Primero lo besé suavemente, y luego comencé a lamerlo desde la raíz hasta la punta como si fuera una piruleta gigante.

Gimió y trató de controlarse mientras yo me burlaba de él de la peor manera. Me incliné hacia atrás, soplé una bocanada de aire frío sobre su pene y volví a lamerlo suavemente. Cuando sentí que los músculos de su estómago se contraían y relajaban una y otra vez, supe que estaba haciéndolo bien. Abrí mi boca, tomé su miembro completamente dentro de mí y cerré mis labios alrededor de él.

Dejé que su polla me llenara y chupé con fuerza, provocando otro gemido suyo. Me puso la mano en la nuca pero no me sujetó, sólo guió mis movimientos. Entonces, después de un rato de mantenerme quieta y sentirlo en lo más profundo de mi garganta, empecé a moverme. Me deslicé

hacia arriba y hacia abajo, tragando y liberando de nuevo, conduciéndolo al destino prometido.

Cada vez que separaba mis amígdalas, disfrutaba de su grosor. Y cada vez que presionaba mis labios contra su punta, admiraba la suavidad de su glande. Me deslicé por él una y otra vez, llevándolo al límite. Podía sentir cómo mis entrañas se humedecían y se calentaban de deseo. Era todo lo que necesitaba y lo tenía justo donde quería.

Me instó a moverme más rápido y yo obedecí, moviéndome arriba y abajo sobre él como un juguete sexual, casi llevándome al clímax. Incluso sin su sexo entre mis muslos, las sensaciones eran de otro mundo. Quería que se corriera, quería probar el chorro salado y sentir la satisfacción de haber hecho un buen trabajo. Pero me agarró por los brazos, me levantó y separó su polla de mis labios.

Jadeé con fuerza, deseando que me diera lo que me debía. Sin embargo, no desistió de su empeño y me empujó hasta ponerme de manos y rodillas sobre la almohada. Luego me arrancó las bragas y las arrojó detrás de él mientras se ponía en posición para penetrarme a cuatro patas.

Se arrodilló detrás de mí y guió su miembro hasta mi vagina. Sentí el extremo de su pene presionando contra mí. Me rodeó el clítoris, estimulándome, gozando de mí con la certeza de que pronto me sentiría satisfecha.

Clavé los dedos en la sábana y la arañé con sensación de victoria. Un momento después me empujó y se enterró profundamente dentro de mí. En un momento me sentía sola y llena de anhelo, y al siguiente me sentía completa. Cuando entró en mí, una ola de triunfo me inundó, llenándome y envolviéndome desde el exterior al mismo tiempo.

Me agarró de las caderas y se metió dentro de mí. Gemí y moví la cabeza de un lado a otro. Mi pelo me azotó contra los hombros mientras él se movía de un lado a otro, llevándome a la sumisión. Me abrí todo lo que pude y me incliné hacia atrás para rendirme a sus embestidas. Se sentía tan bien. Cada empujón era una obra maestra, cada cachete en mi trasero desnudo un verdadero placer.

Sentí que la tensión en mi interior se disolvía mientras Nate sembraba las semillas de una nueva esperanza en mi interior. Me estaba llevando a un lugar mejor, expulsando los demonios del miedo y la desesperación. Lo necesitaba. Estaba al borde de mi propio orgasmo y quería que él llegara al clímax conmigo. Así que aguanté todo lo que pude, negándome la única cosa que mi cuerpo ansiaba. Pero era demasiado tarde. Ya estaba empezando a flotar.

Sentí que mi alma abandonaba mi cuerpo y se elevaba por encima de la casa hacia las estrellas. Nate me había dado alas con las que planeé por el paraíso, aprendiendo todo lo que había que saber sobre los momentos mágicos de la vida. Desde muy abajo en la tierra, sentí que Nate entraba en mí poderosamente, abriéndose camino hacia el éxtasis. Una fracción de segundo después se detuvo, se corrió dentro de mí y me partió en dos con su amor.

Volví lánguidamente a la realidad y me encontré todavía tumbada en la cama, con el pene de Nate entre mis piernas. Bajó de mí, exhausto y satisfecho. Luego nos tumbamos juntos en el colchón y nos acurrucamos tiernamente sobre las sábanas.

Me acercó a él y me rodeó el pecho con un brazo. Me quedé dormida, disfrutando de las secuelas. Ese era mi lugar y lo sabía. Lo disfrutaría durante todo el tiempo que pudiera. Estaba mal enamorarme de mi jefe, pero ya era demasiado tarde. Nate estaba en mi corazón. Estaba en mis pensamientos, y ya había estado en mi cuerpo.

Me olvidé por completo de Marcus y de por qué me había asustado. No parecía importar lo que nos había unido, sólo que estábamos en el mismo dormitorio, en la misma cama, que estábamos uno en los brazos del otro. Por primera vez sabiendo que estaba a salvo. Nada podía hacerme daño mientras Nate siguiera a mi lado. Y esperaba que siempre estuviera conmigo mientras ambos viviéramos.

Capítulo 25

Nate

No podía encontrar las palabras para decirle a Ava lo que sentía. Pero creo que lo había expresado bastante bien con mis acciones. Realmente me gustaba mucho, tal vez incluso la amaba. No es que le fuera a decir algo así. Las emociones no eran mi punto fuerte, mantenía mi corazón bien oculto tras capas de profesionalidad y visión empresarial.

Se quedó conmigo durante una semana, pero aunque pensé que posiblemente era el comienzo de una relación a largo plazo, pareció dejar pasar el tiempo. Una tarde mi madre apareció para decirle a Ava que había encontrado un nuevo hogar para que ella viviera.

Llevé a mi madre a mi oficina para cantarle las cuarenta. "¿Por qué se lo has dicho?", le pregunté con reproche.

"Tiene derecho a saberlo", respondió mi madre, que parecía sorprendida por mi reacción. "Pensé que ya estaría buscando un hogar propio".

"¿No se te ha ocurrido que podría gustarme que viviera conmigo?", gruñí.

"Eso no tiene que ver contigo", replicó mamá, tan equilibrada como siempre. "Esa es la decisión de Ava".

"Si no le hubieras ofrecido un nuevo lugar, no tendría que elegir", dije, recuperando la compostura.

"Entonces deberías considerarte afortunado", replicó mamá. "Si quiere quedarse contigo, lo sabrás".

Me volví. No iba a darle a Ava la posibilidad de elegir. ¿Eso me convertiría en un traidor? Mientras pensaba en ello, me di cuenta de que al menos tenía que decirle que había un piso disponible. Pero esperaba que rechazara la idea del traslado.

Para mi sorpresa y horror, no lo hizo. Parecía encantada de poder mudarse por fin y vivir sola. Me mordí el labio inferior y sentí que se me escapaba el control de la situación. ¿Por qué mi madre había decidido que le correspondía intervenir? ¿Por qué había decidido Ava marcharse? Me di cuenta de que tal vez estaba pensando demasiado, pero no pude evitarlo.

Fue la primera vez en mucho tiempo que me sentí conectado a otra persona. Todas las mujeres antes de Ava habían sido de una noche o amigas con derecho a roce. Nunca había tenido una relación tan real como esa.

Tal vez fue por mi padre. Tal vez fuera porque había visto cómo resultaron las cosas con mi madre, y por eso había llegado a la conclusión de que las mujeres eran objetos sexuales o felpudos. No me gustaba mirar a mi madre de esa manera, pero así era.

Ava no era ninguna de las dos cosas. Era una persona con la que me sentía conectado, un ser

fuerte y sensual que quería tener a mi lado. No se me ocurrió que ella pudiera sentir que era una carga para mí. Y fui lo suficientemente inteligente como para reconocer cuando alguien se estaba aprovechando de mí por mi dinero. No fue así con Ava.

Sonreí cuando ella y mi madre empezaron a hablar de cómo iba a trasladar sus cosas. Acepté ir con ellas para abrirles la puerta una vez que estuvieran listas, pero me negué a ayudarlas. Así que les dije que estaba ocupado ese día, que tenía una cita que no podía cancelar. Ava me miró desde su escritorio y pareció dolida. No sabía lo que pasaba por su mente, ni quería hacer suposiciones. Pero cuando la miré, me pareció ver dolor en sus ojos.

Me di la vuelta, volví a mi despacho y cerré la puerta. En ese momento, mis propios sentimientos me estaban afectando, así que no podía cargar con los suyos también. Toda mi vida me había mantenido cuidadosamente distanciado, haciendo todo lo posible para no verme envuelto en una complicada historia de amor. Y estaba pasando lo mismo que había procurado evitar.

Fue culpa mía. Me permití no enamorarme de Ava. Si hubiera tenido la cabeza clara habría mantenido mi corazón al margen. Podría haberla visto marcharse y no importarme. Pero me arriesgué y me dejé llevar. Eso sería mi perdición, estaba seguro.

Ava quería mudarse lo antes posible, lo cual me parecía bien. No creí que pudiera irme a la cama con ella esa noche sabiendo que se iría del piso. Quería pedirle que se quedara, quería preguntarle por qué sentía que tenía que irse, pero no encontraba las palabras adecuadas. Mi corazón estaba seguro de que ella era la elegida, pero aparentemente se había equivocado. No había manera de que pudiera continuar con nuestros buenos momentos. Necesitaba estar solo para lamer mis heridas.

Esa noche llevé a Ava a casa, ya que su coche estaba aparcado en mi garaje. Mariah se reunió con nosotros en la puerta principal y dejé entrar a ambas mujeres. Me excusé para ir a mi oficina, fingiendo que tenía trabajo que hacer. Y de hecho, hice algunas cosas. Respondí a algunos correos electrónicos y atendí llamadas de algunos proveedores de Francia.

Cuando terminé, ya se habían ido. El coche de Ava ya no estaba en mi entrada y sus cosas habían desaparecido de mi habitación. Me paseé por la casa, imaginándola en la cocina y en el salón. El armario de la habitación de invitados seguía lleno de su ropa, y también había otras cosas. Me quedé un rato parado, imaginando a Ava revisando el armario para decidir qué llevarse. De seguir así, me volvería loco.

Envié un mensaje a Peter y le pedí que se reuniera conmigo para tomar una copa. Fue una estupidez. Me sentí como si me hubieran abandonado, aunque no era el caso. Pero no habíamos hablado de ello y no podía estar seguro. Era difícil tener una relación, si es que podíamos llamarlo relación. Ni siquiera lo habíamos comentado. Estaba completamente abrumado, enredado en mis propios delirios. Si hubiera creído que podía entrar sin más en una vida de pareja, obviamente me equivocaba.

Peter era el mejor. Todavía no había salido de la oficina, pero aceptó encontrarse conmigo en el centro de la ciudad. Encontré un asiento en la barra y esperé a que se uniera a mí. No me

defraudó y apareció a los pocos minutos.

"¿Qué pasa?", preguntó, tendiendo la mano al camarero.

El hombre se acercó y le entregó a Peter una servilleta. "¿Qué será?".

"Whisky con hielo".

El hombre le sirvió un vaso, se lo entregó a Peter y tomó su billete. Nos dio el cambio y pasó a atender al siguiente cliente, dejándonos a Peter y a mí solos. Terminé lo que quedaba de mi bebida, estaba tan deprimido que ni siquiera podía disimularlo.

"Ava se fue de mi casa".

"Ni siquiera sabía que estaba contigo", dijo Peter.

"Hemos vivido juntos durante un tiempo", le informé.

"Lo mantuviste en secreto", se maravilló Peter. "Bien hecho".

"Excepto porque ahora se acabó", dije. "Mi madre le consiguió un nuevo hogar".

"Espera, ¿tu madre le consiguió un piso?", preguntó Peter, confundido.

"Es una larga historia", suspiré. "Tuvo algunos problemas en su pasado".

"Oh", dijo con simpatía y se calló. Me conoce desde hace tiempo y sabe de las actividades de mi madre. Sabía que eso significaba que había un exnovio de por medio y que la ruptura no había sido buena. "¿Estará bien?".

"Creo que sí", respondí, sintiéndome mal por no pensar en la seguridad de Ava. Pero, por supuesto, se iba a otro piso de la organización, que tenía portero y algunas otras medidas de seguridad, como me había asegurado mi madre.

"¿Le has dicho lo que sientes?", preguntó Peter.

Lo miré como si de repente le hubiera crecido una segunda cabeza. "No".

"Tal vez deberías considerar usar las palabras en lugar de las acciones". Hizo un gesto sugerente con el puño.

Le di un empujón en broma. Fue bueno hablar, fue bueno tener una perspectiva diferente. Charlamos durante una hora más o menos antes de que Peter tuviera que marcharse. Para entonces ya había tomado tres o cuatro copas y me sentía razonablemente bien de nuevo. Me dio una palmadita en el hombro.

"Nos vemos por la mañana", graznó, dejando el vaso vacío.

Me quedé una hora más hasta que estuve demasiado borracho para conducir a casa y tuve que pedirle a un compañero de trabajo que me recogiera. Me llevó a casa y luego volvió adonde vivía

en coche compartido. Era en momentos como ese cuando agradecía mi fortuna.

Capítulo 26

Ava

Mariah me ayudó a trasladar mis cosas a mi nuevo hogar. Nate había vuelto a su despacho en cuanto nos abrió la puerta, lo cual era extraño. No sabía qué pasaba con él.

Me había acogido en su casa y tenía la impresión de que las cosas iban bien. Había querido hablar con él de lo que estábamos haciendo y de hacia dónde iba nuestra relación, pero cada vez que lo había intentado, cambiaba de tema. No estaba segura de si tenía otra mujer en su vida o si simplemente se sentía incómodo teniendo conversaciones serias.

Fuera lo que fuera, me inquietó. No quise asumir que podría quedarme con él de forma permanente. Después de todo, no me había pedido oficialmente que me mudara con él. De hecho, no me había preguntado nada. Todo estaba muy poco comprometido, y eso no era bueno. Ciertamente no necesitaba otra aventura caliente e intensa. La relación con Marcus fue suficiente, aunque ese fuego ya se había enfriado. Tal vez no estaba preparada para involucrarme con otra persona, aunque tengo que admitir que fue decepcionante que Nate no intentara evitar que me mudara.

Mariah me había ofrecido un piso nuevo y yo pensé inmediatamente en los sentimientos de Nate. Se puso a mi lado y había escuchado cómo su madre ensalzaba las virtudes del nuevo piso. Levanté la vista para ver su reacción, pero su rostro era una máscara pétrea que no me revelaba nada.

Estaba sola y había tomado la decisión que creía mejor para todos. Había aceptado el piso y me había consternado cuando Nate volvió a su despacho y cerró la puerta. Era tan impenetrable que me ponía de los nervios. No tenía ni idea de lo que estaba pensando ni cómo se sentía. Si no quería que me fuera, ¿por qué no dijo nada? yo no quería vivir en su casa indefinidamente sin saber si me quería allí. Como no sabía lo que quería, me vi obligada a tomar una decisión.

El nuevo piso era maravilloso. Era más pequeño que el anterior, pero más limpio. El suelo era nuevo, las cortinas eran frescas, la alfombra tampoco estaba demasiado gastada y los electrodomésticos de la cocina eran mucho más modernos. La distribución era un poco diferente: había que atravesar el dormitorio para llegar al baño, y la cocina estaba en la pared opuesta a la entrada en lugar de justo al lado de la puerta principal.

La organización había abastecido ese piso con juegos, DVD y otras cosas para pasar el rato, al igual que el anterior. Hojeé los libros y descubrí que algunos eran nuevos y otros eran clásicos. Sin embargo, cuando pensé en todas las comodidades y la diversión que había tenido en el piso de Nate, ya no me apetecía leer, ni ver películas románticas cursis ni bañarme sola.

Algo dentro de mí me decía que había cometido un error, pero no sabía qué hacer para solucionarlo. No creí que pudiera reclamar la bondad de Nate para siempre. No había comentado el tiempo que llevaba siendo acogida en su casa, y cada vez que había intentado abordar el tema me había evitado. Así que estábamos en un punto muerto.

Me alegré de volver a estar en contacto con Ari, le escribí una nota y la invité a cenar. Aceptó y pude salir de mis cuatro paredes durante unas horas. Fue extraño. En mi primer piso, había sido muy feliz estando sola, organizando festines de helados frente al televisor y disfrutando de tardes tranquilas a solas. En la corta semana que había pasado con Nate, eso había cambiado. Ya no me contentaba estando sola.

Ari era una gran conversadora. Hablamos de moda y de mascotas. Tenía dos gatos y estaba pensando en adoptar un tercero. Estaba soltera y no le importaba decirlo.

"Ya me estoy convirtiendo en una loca de los gatos", se rió.

"No eres una loca de los gatos", repliqué mientras hurgaba en mi comida. "Sólo tienes unos cuantos gatos".

"Pero, ¿cuántos gatos son demasiados?", preguntó ella. "Si consigo otro, tendré tres. ¿Tres gatos no me convertirán en una señora de los gatos?".

"No estoy segura", respondí. "Seis son definitivamente demasiados".

"¿Qué tal cuatro?".

"Creo que cuatro puede ser un poco excesivo", dije con una sonrisa. Fue un alivio poder hablar de algo tan trivial. Sin embargo, si mencionaba que sus mascotas me parecían triviales, Ari probablemente se hubiera sentido ofendida y hubiera tratado de justificarse. "Pero tres está bien".

"Ufff". Ari se recostó en su silla como si eso resolviera el problema y pudiéramos seguir adelante.

Me reí y me sentí deliciosamente tranquila. Pero cuando la comida terminó, tuve que volver a casa sola. Cuando entré en mi piso, me senté frente a mi nueva televisión para ver algo. Necesitaba desconectar mi mente y distraerme de mis propios problemas, pero eso era casi imposible. Cada hombre que veía en la televisión me recordaba a Nate y cada mujer a mi. Y todos los estúpidos malentendidos que experimentaban no hacían más que restregarme en la cara mis propios fracasos.

Apagué la televisión y me fui a la cama. A la mañana siguiente, en la oficina, Nate se mostró frío y despectivo. Hice todo lo posible por ser profesional, aunque estaba herida. No me invitó a desayunar y no tuvo mucho que decirme a lo largo del día.

Me pregunté si estaba molesto porque me había mudado. Si ese era el caso, ¿por qué no dijo nada? De alguna manera, parecía pensar que yo ya no estaba interesada en una relación íntima. Había pasado de ser amable y cariñoso a ser frío y distante.

Por la mañana me llamó a su despacho y me dio una lista de cosas en las que debía trabajar. No había ningún tono amistoso en su voz, nada que sugiriera que éramos amantes. Cuando terminó sus instrucciones, me despidió de su despacho, aparentemente esperando que volviera a mi mesa para hacer el trabajo.

Abrí la boca para decirle lo que pensaba. ¿Cómo se atrevía a tratarme así cuando lo único que quería era estar en sus brazos? No era yo quien había abierto una brecha entre nosotros. ¿Era mi imaginación o se había tomado mi marcha como una especie de ofensa?

Un millar de acusaciones pasaron por mi cabeza, mareándome y dejándome sin aliento. Pero al final me callé y salí de la habitación. Decidí que sólo necesitaba algo de espacio. Todavía no había terminado. Por el contrario, no había hecho más que empezar. Se daría cuenta de que no tenía ninguna intención de hacerle daño. No éramos marido y mujer o una pareja. Seguramente el simple hecho de haber salido de su casa no pondría fin a nuestra relación antes de que hubiera empezado.

Al menos eso era lo que me decía mientras hacía todo lo que me había pedido. Por la noche fui de nuevo a su despacho para preguntarle si necesitaba algo más. Tenía mi propio coche y no iba a casa con él, pero era extraño. Me había acostumbrado a ir y volver del trabajo juntos. Nuestra vida en común había sido maravillosa mientras duró. No había ninguna razón para no volver a hacer algo así si queríamos. Lo único que no necesitaba de nuevo era una crisis con Marcus para volver a unirnos.

"¿Hay algo más que pueda hacer por ti antes de irme?", pregunté.

"No", dijo, volviendo a su llamada telefónica. "Gracias", añadió secamente como una idea tardía.

"Todavía tengo algunas cosas en tu casa", dije tímidamente, preguntándome si podría pasar esa noche.

Nate fingió no oírme. Estaba tan concentrado en su llamada telefónica que parecía que yo no estaba. Decidí que pasaría por su casa más tarde. Como no nos fuimos juntos, no estaba segura de hasta qué hora iba a trabajar. Tal vez las nueve fuera una buena hora.

Pero cuando me dirigí a la urbanización alrededor de las nueve, encontré la entrada cerrada. Pulsé el botón junto al nombre de Nate en el timbre, pero nadie respondió. Le escribí un mensaje, pero tampoco me contestó. Con la desagradable sensación de haber sido rechazada, me di la vuelta y me alejé. El día siguiente era sábado. Intenté llamarle, pero no contestó. Me dirigí a su casa de nuevo para verle, pero no abrió la puerta. Intenté llegar a él de todas las formas posibles, pero me ignoró. Me sentía tan mal. Estaba asustada y dolida y todos los demás sentimientos negativos se acumulaban en mi interior.

Y además de todos los sentimientos malos, había uno más: el autodesprecio. Debí saber que no debía empezar una relación sexual con mi jefe. Una cosa era tener fantasías, pero otra muy distinta era caer en su cama. Fue mi culpa. Sólo podía culparme a mí misma. Y sin embargo, no podía evitar estar enfadada con Nate al mismo tiempo.

¿Por qué no quería hablar conmigo? ¿Qué le pasaba a su voz y a sus expresiones para no ser capaz de comunicar unos simples sentimientos a una mujer que le importaba? Sabía que se preocupaba por mí. Podía leerlo en sus ojos y sentirlo en su tacto. Sin embargo, incluso después de haber intercambiado los besos más íntimos, no se le ocurrió una forma mejor de tratarme. Si

no hubiera necesitado el trabajo, lo habría dejado. Si hubiera tenido otro sitio al que ir, me habría ido. Me sentía atrapada, incluso más que cuando estaba con Marcus. Nate me hizo sentir inferior, ni siquiera digna de una explicación. Así que volví a mi piso para enfadarme en paz.

Capítulo 27

Nate

Pasé el fin de semana en Atlantic City apostando a los dados e intentando divertirme. Al principio había pensado en llevarme a una de mis amigas, pero cuando llegó el momento de llamarla, me eché atrás.

Sólo había una mujer que hubiera querido tener conmigo y esa era Ava. Todas las demás sobraban, así que fui solo. Me instalé en la suite del ático y me inscribí como gran apostador. Allí jugué decenas de miles de dólares en las mesas e hice que el hotel me obsequiara con comidas principescas.

Me sentía bien teniendo camareros que atendían mis deseos. Me levanté por la mañana y me serví del buffet, luego me relajé en el jacuzzi y charlé con las compañeras de juego. Empecé a beber a primera hora de la tarde y cuando llegó la noche, ya estaba completamente borracho.

Oí sonar mi móvil y vi que Ava me estaba llamando. Al parecer, estaba en la puerta de mi piso y quería entrar. Ignoré la petición. Había demasiadas cosas que quería contarle y no había forma de hacerlo desde el casino. Ella no lo entendería. Diablos, yo mismo no lo entendí.

Tomé su decisión demasiado a pecho y lo sabía. No se dio cuenta de lo mucho que significaba para mí porque nunca se lo había dicho. La solución era obvia: tenía que hablar con ella. Pero eso era lo único que no podía hacer, así que ahogué mis penas en un vaso de whisky tras otro.

Con mucha resaca, me arrastré de vuelta a Boston a tiempo para trabajar el lunes. Esperando ver a Ava, me prometí que le explicaría todo. Abriría mi corazón y encontraría las palabras adecuadas, maldita sea, sería capaz de hacerlo funcionar. No me permitiría ninguna excusa. Pero cuando llegué a la oficina, no estaba sentada en su escritorio.

Abrí mi ordenador para comprobar mi correo electrónico. En lugar de un mensaje, una llamada telefónica o cualquier otro mensaje personal, me había enviado un correo electrónico desde su dirección de trabajo explicando que estaba enferma. También había enviado un correo electrónico a Recursos Humanos, haciéndome saber que se trataba de una solicitud oficial de enfermedad, no de un favor personal. Pulsé responder a Allen, aprobé su solicitud y añadí una nota amistosa deseándole que se recuperara pronto.

Trabajé muy poco. Cada vez que lo intentaba, me encontraba mirando al espacio del fondo. Peter se acercó a mí para continuar la conversación de la semana anterior. Tras echarme una rápida mirada, se dio la vuelta y cerró la puerta como si quisiera protegerme del resto del mundo.

"Estás hecho una mierda", observó.

"Gracias", respondí sarcásticamente.

"No ha sido un cumplido. ¿Qué demonios está pasando?".

"Ya te lo dije, Ava se mudó".

"Entonces habla con ella, dile lo que sientes", me instó, acercando una silla.

"No puedo", suspiré.

"¿Por qué carajo no?".

"Porque yo no soy así".

"Entonces acéptalo y cambia tu estado de ánimo", me indicó.

"No puedo cambiarlo".

"Entonces estás condenado a sentarte en la oscuridad por el resto de tu vida". Peter se levantó como si acabara de darse cuenta de que las cortinas estaban corridas. Las retiró con un gesto dramático, dejando que la luz inundara el despacho.

"No", protesté débilmente.

"Levántate, hombre", instó Peter. "Es el momento de actuar".

Me quejé. No necesitaba ese tipo de estímulos. Sólo quería revolcarme en mi propia desgracia. Había perdido una fortuna en Atlantic City, y allí, en casa, había perdido lo único que realmente significaba algo para mí: el amor de Ava.

Fui un idiota. Debería haberla atraído a mis brazos entonces, cuando mamá le había ofrecido un nuevo piso. Debería haberle dicho que quería que se quedara conmigo y preguntarle si eso era lo que quería. En lugar de ver cómo se iba, debería haberle dicho mis deseos. Tal vez ella estaba tan confundida como yo. Tal vez ella no entendía su propio corazón mejor de lo que yo entendía el mío. Si tan sólo le hubiera dado una oportunidad en lugar de ver cómo se iba sin luchar. Podríamos haber dejado atrás todo ese drama y pasar a cosas más agradables, pero debido a mi incapacidad para expresarme, estábamos atrapados en dos habitaciones diferentes, ambos preguntándonos qué estaba pensando el otro.

Seguí las instrucciones de Peter y me puse de pie. Tenía razón. Era el momento de actuar. Ya había caído bastante bajo y era el momento de mostrar mis cartas. Todo lo que se interponía para conseguir mi felicidad, era una conversación. Seguramente sería capaz de reunir el valor necesario para llevarla a cabo, cualquier otra opción sería ridícula.

Una rápida llamada a mi madre me dio la dirección del nuevo piso de Ava. Utilicé la excusa de que había avisado de que estaba enferma y quería asegurarme de que estaba bien. Era un poco mentira, pero no importaba. Ser un miembro de la junta directiva tenía sus ventajas. Estaba decidido a confesarle mis sentimientos y pedirle que volviera a mi casa y se quedara un tiempo. No sabía qué más podía ofrecerle además de mi corazón. No le interesaba mi dinero, lo sabía, y también tenía claro que era muy capaz de cuidar de sí misma. Sólo esperaba que fuera suficiente para ella y que no fuera demasiado tarde.

Capítulo 28

Ava

No había tenido el valor de presentarme en la oficina. Después de devanarme los sesos durante todo el fin de semana, finalmente decidí decir que estaba enferma. Un día libre no haría desaparecer todos mis problemas, pero podría darme un poco más de claridad. Sólo tenía que fingir que todo estaba bien, eso no debía ser difícil. Sólo tendría que volver a la oficina después y hacer mi trabajo. Podría ser cortés con Nate sin ofrecerle mi corazón. Después de todo, había dejado claro que no estaba interesado en una relación sentimental conmigo.

Tendría una jornada entera en mi nuevo piso. No era mi casa, pero sí mi hogar. Miré el sofá y el televisor y me pregunté si podría disponer las dos piezas de forma diferente para que fuese más acogedor.

La puerta de cristal que daba paso al balcón, dejaba entrar mucha luz solar en el salón. Pero el sofá estaba de espaldas a la luz, lo que no me gustaba. Así que me esforcé por girar los muebles y ordenarlos para poder aprovechar mejor el balcón. Cuando terminé, me senté y disfruté de la nueva distribución.

Me sentía un poco mejor, pero notaba que aún no estaba del todo bien. Me dolía y me costaba concentrarme. Sabía que tenía que superarlo, pero el amor que compartíamos no era fácil de ignorar.

El día se alargó y cuando me entró hambre decidí pedir que me trajeran algo. Después de todo ya tenía dinero en mi cuenta y podía darme un capricho con la conciencia tranquila.

Cuando vi los precios, me sorprendí bastante, pero pedí una pizza de todos modos. No utilizaba habitualmente el servicio de entrega a domicilio. De hecho, era la tercera vez en mi vida que lo hacía. Pero me encontraba muy mal , necesitaba animarme. Saqué la manta de la cama y la llevé al sofá, donde me acurruqué y vi una vieja película.

Llamaron a la puerta una media hora más tarde, pensé que era mi pizza. Fue realmente rápido y decidí dar al repartidor una propina por su entrega tan rápida.

Abrí la puerta y se me cortó la respiración. No era el servicio de reparto. La persona que estaba en el pasillo no llevaba una caja de pizza. Era Marcus, con una docena de rosas en la mano. Di un portazo, pero él fue más rápido. Extendió la mano y empujó la puerta de madera hacia atrás con un fuerte empujón. Todavía podía sentir la puerta rebotando en su palma sin resistencia, pero al segundo siguiente ya estaba corriendo.

No había escapatoria del piso. Sólo había estado allí un fin de semana, pero ya me lo sabía de memoria. Sólo estaba el dormitorio, eso era todo. Aparte del balcón, era el único refugio que tenía.

Mi piso estaba en la segunda planta. Así que si elegía el balcón, no podría bajar las escaleras. Y si elegía el dormitorio, Marcus abriría pronto la puerta. Entonces estaríamos solos, con sólo la

cama entre nosotros.

Podía correr al baño y esconderme en un rincón de la ducha, pero, ¿de qué serviría? Dondequiera que fuera, estaría conmigo en pocos segundos. Maldiciéndome a mí misma y a mi ingenuidad, me di la vuelta para ver lo que me esperaba.

Entró y sonrió como un loco. Mi corazón latía con fuerza. Cada fibra de mi ser gritaba que saliera corriendo, pero me quedé quieta. No tenía a dónde ir. Tendría que enfrentarme a ese hombre y desterrarlo de mi vida. No había nadie que me ayudara y no había forma de llamar al 911.

Miré mi bolso, que estaba en una mesa auxiliar en el otro extremo de la habitación. Si intentaba abalanzarme sobre él para llegar a mi teléfono, lo vería. Me agarraría en un instante, entonces estaría en una posición peor que nunca. Me quedé paralizada, intentando desesperadamente pensar en una salida.

"No vas a huir de mí", dijo Marcus, amenazándome con el dedo.

"Fuiste tú quien me echó", repliqué, dejando que mis ojos recorrieran la habitación, buscando un arma para defenderme.

Había una lámpara junto al sofá. O tal vez podría llegar al pasillo si lograba atraerlo al otro lado del sofá. Mis pensamientos iban tan rápido que apenas podía procesar uno antes de que el siguiente se precipitara sobre mí.

¿Por qué estaba allí? ¿Qué tenía contra mí? ¿Por qué me castigaba por sus propias acciones?

"He cambiado de opinión", explicó. "No has devuelto mis llamadas. No me agradeciste las flores".

"Gracias", dije, tragando con dificultad. "Son hermosas".

"Ya es demasiado tarde para eso", gruñó. Me persiguió y me acorraló.

"Marcus", grazné. Me estaba quedando sin opciones.

"Podríamos haber sido una pareja extraordinaria", dijo. "Pero ahora tendré que conformarme con saber que nadie más te tendrá".

Levantó el brazo por encima de la cabeza, con las rosas aún en el puño. Me di cuenta de que iba a golpearme, a golpearme en la cara con los tallos. Hubiera sido una forma terrible de morir. La muerte por rosas no es precisamente un símbolo de amor. Levanté las manos para rechazar su ataque y cerré los ojos ante el horror. Entonces oí un ruido sordo y pensé que me había dado el primer golpe.

Me pasé los dedos por la frente, buscando los restos de mi cráneo o la sangre que seguramente se vería. Pero no había nada. Un momento después, el sonido de un cuerpo desplomándose cerca me hizo abrir los ojos. Y allí vi a Nate, de pie frente a mí, sosteniendo la lámpara en sus manos. Entre nosotros, el cuerpo inconsciente de Marcus yacía en el suelo, despatarrado como un

muñeco roto, con las rosas aplastadas bajo un hombro.

No podía respirar. De repente, la habitación comenzó a oscilar. Todos los instintos de protección que llevaba dentro me decían que huyera, que pasara por delante de la persona que estaba en el suelo para tomar aire. Pero cuando extendí la mano para apoyarme, sentí que mis rodillas cedían.

Me desplomé hacia delante y perdí todo el control. El mundo a mi alrededor se volvió negro y lo único que me quedó fue un zumbido penetrante en los oídos.

Capítulo 29

Nate

Al ver que Ava se desplomaba, dejé la lámpara y corrí a su lado. Trepé por encima del atacante caído y la atrapé justo a tiempo antes de que se golpeara la cabeza. Su peso en mis brazos me resultaba familiar y me alegraba poder abrazarla de nuevo, aunque no fueran las mejores circunstancias.

Mi mente iba a toda velocidad. Había llegado justo a tiempo para ver a ese individuo entrar por la puerta de Ava. La había arrinconado en el salón, había acaparado toda su atención mientras yo me acercaba sigilosamente con la lámpara en la mano.

El boxeo que había practicado no me había preparado para golpear la cabeza de alguien por detrás. En lugar de hacer una escena o anunciar mi presencia, pensé que lo mejor era dejarlo fuera de combate lo antes posible.

Tampoco estaba preparado para que Ava se desmayara. No había visto que yo estaba allí y que ya no estaba en peligro, pero parecía que ese había sido su último pensamiento consciente. Busqué mi teléfono móvil para marcar el 911, luego la levanté y la llevé al sofá.

Su exnovio permaneció en el suelo, sin moverse, hasta que los médicos le devolvieron la conciencia. La propia Ava se despertó a los pocos minutos de haberse desmayado, aferrándose a mí mientras estábamos sentados en el sofá, comprobando si había señales de vida en su atacante.

"¿Nate?", preguntó con voz tensa.

"Todo está bien", respondí. "Estoy aquí".

"¿Dónde estamos?".

"Estamos en tu piso".

"¿Mi piso?". Se llevó una mano a la frente y se incorporó para mirar a su alrededor.

Asustada al ver a Marcus en su piso, huyó de nuevo a la seguridad de mi abrazo. Le acaricié el hombro, asegurándole que estaba a salvo. Había mucho que decir entre nosotros, pero no era el momento.

Afortunadamente, la policía no tardó en llegar y pasamos la siguiente hora ocupándonos de las consecuencias del incidente. Esposaron a Marcus y se lo llevaron.

No se me había ocurrido llamar a mi madre, pero de alguna manera la dirección de la organización sin ánimo de lucro se había enterado de lo ocurrido. Una de las trabajadoras sociales llegó y habló largo y tendido con los primeros intervinientes y sobre las mujeres maltratadas en general.

Poco después, un repartidor de pizzas se encontraba frente a la puerta abierta con una entrega

en la mano. Ava se levantó para darle las gracias y puso la caja sobre la mesa de la cocina. Cuando levantó la vista, se dio cuenta de que todo el mundo la miraba.

"Pedí una pizza", explicó, "cuando Marcus llamó a la puerta, pensé que era el servicio de reparto, así que abrí".

Todo el mundo se creyó su historia, incluido yo. Me hizo gracia cuando abrió la caja y ofreció a todos los presentes algo de comer. Los dos médicos aceptaron la oferta y la trabajadora social también decidió comer un trozo. Los policías se negaron, dejando media pizza para Ava.

Un rato después se fueron todos, y por fin el piso volvió a ser nuestro. La trabajadora social dijo que buscaría otro piso para Ava, pero me negué.

"Dale un poco de tiempo", intervine. "Te lo hará saber en otro momento".

Ava me miró con curiosidad y mantuvo su boca cerrada hasta que tuvimos la oportunidad de hablar. Después de cerrar la puerta, la agarré de las manos y la llevé de vuelta al sofá. Nos sentamos y nos miramos como deberíamos haber hecho varios días antes. Fui el primero en hablar. Tenía mucho que decir y ninguna experiencia en hablar de mis sentimientos. Lo había pospuesto durante demasiado tiempo y ya era el momento de abrir mi corazón.

"Quiero que te quedes conmigo", dije. "Si eso es lo que quieres. Con eso quiero decir que te invito a quedarte conmigo, como mi pareja. ¿Quieres ser mi compañera? ¿Y mudarte conmigo?". No sonaba bien, lo sabía, más bien incómodo y accidentado, pero las palabras resumían mis verdaderos sentimientos. Yo no era un poeta. Si eso era lo que Ava buscaba, entonces yo no era el indicado. Pero no creí que le importara mientras no le ocultara nada más.

"Por supuesto", respondió ella, "pero, ¿porqué dejaste de responder a mis llamadas?".

"Fue una estupidez". Me maldije por mi terquedad. "Cuando te mudaste, pensé que ya no querías estar conmigo".

"Eso no es cierto. No quería ser una carga para ti".

"Nunca serías una carga para mí".

Parecía dolida y se apartó de mí. "No lo entiendes".

"No, no lo entiendo".

"Cuando no tienes nada y dependes de la amabilidad y la bondad de la gente que te rodea, puede ser fácil sentirse como un caso de caridad. Yo sí soy un caso de caridad".

"No, no lo eres. No para mí". Le acerqué la mano al corazón, intentando que se viera a sí misma a través de mis ojos. "Eres fuerte e independiente, organizada y competente".

"¿Es eso una revisión de virtudes?", siseó ella, apartando la mano.

"Lo siento", dije rápidamente, atrayendo su atención hacia un territorio más seguro. "Nunca

había sentido algo así. He tenido relaciones antes, pero siempre fueron muy superficiales. Tuve novias y mujeres con las que he tenido aventuras, pero nunca había tenido una relación normal".

"¿Quieres tener una relación normal?", preguntó, poniendo todo mi mundo patas arriba con una única pregunta.

Sólo había una manera de salir de la situación, cerrar los ojos y seguir adelante. Ya no podía huir de mi propio corazón. Tenía que enfrentarme a mis sentimientos y defenderlos si quería conseguir lo que quería.

"Sí. Te quiero a ti y nada más", dije, sosteniendo su mirada.

Inhaló bruscamente y puso sus manos alrededor de mi cara. "Yo también te quiero", respondió a mi confesión y me besó. Y con las palabras mágicas, el mundo que nos rodeaba se ordenó. No se sentía segura en el nuevo piso, ¿quién podría culparla? Recogimos sus cosas y nos dirigimos a mi casa, donde finalmente llegamos como pareja oficial.

Capítulo 30

Ava

Dos semanas después.

Me metí en el agua aromática de la enorme bañera de Nate. Estaba en un rincón de su baño de arriba, un extraordinario ejemplo de cerámica y azulejos. Todo el baño era una maravilla. Me sumergí en el agua hasta que sólo se veía mi cabeza por encima de la superficie y contemplé el lujo que me rodeaba.

Las paredes eran de un suave tono crema, con candelabros dorados y luces tenues que recordaban a la luz de las velas. El baño estaba en una habitación separada y la cabina de ducha era lo suficientemente grande como para dormir en ella. Encontré una caja de bolas relajantes de baño, probablemente dejada por uno de los anteriores huéspedes de la casa de Nate. Olían a lila y hacían brillar mi piel. No podía creer lo maravillosas que habían resultado las cosas una vez que Nate me había revelado sus verdaderos deseos y sentimientos.

Él estaba en el campo de golf con sus amigos y yo sentada sola en su jacuzzi. Soplé sobre las burbujas de mi mano y las dejé flotar hacia la pared opuesta. Estaba enamorada y no me importaba quién lo supiera. Sin embargo, aún no se lo había dicho a Nate, y eso era un obstáculo que había que superar.

Después de haberme invitado a quedarme con él, me había hablado relativamente poco de sus propios deseos. Pensé que las palabras fluirían con más libertad y naturalidad entre nosotros una vez superada la etapa del secreto, pero no parecía ser el caso. Hicimos el amor en todo tipo de posiciones, en la bañera y en el salón, y aún así no se atrevió a decir esas tres palabritas.

No quería ser la primera en romper el silencio. ¿Qué pasaría si le revelaba mis sentimientos y él no los correspondía? Sabía lo que estaba sintiendo. Sabía que estaba enamorado de mí y, sin embargo, dudaba de su capacidad para decirlo.

Para ser un director general y multimillonario, Nate era notablemente tímido. No era de los que bajan la guardia cuando se trata de asuntos del corazón. Quería tomar la iniciativa, mostrarle cómo funcionaba, pero también tenía miedo. Porque no quería ser la única que hiciera una declaración de amor. Tenía que encontrar una forma de romper el hielo.

Con eso en mente, salí del agua y me sequé. Decidí cocinar para que, después de su triunfal resultado de tres bajo par, llegara a casa y se encontrara una cena encantadora. Había un poco de cordero en la nevera, además de calabacines y calabaza. Decidí asarlo todo con un poco de mantequilla y aceite de oliva y preparar una gran ensalada.

Cuando la comida estuvo lista, me serví un vaso de vino y me senté a esperarle. Sin embargo, no tuve que esperar mucho. Nate regresó poco después de que terminara de cocinar. Dejó caer su bolsa de golf en el suelo junto a la puerta, miró la mesa puesta y sonrió.

"¿Qué estamos celebrando?", preguntó.

"Nada", dije, caminando hacia él como si fuera la dueña del lugar.

Dejé mi copa de vino en su mano y la levanté con dos dedos para invitarle a beber. Siguió mis instrucciones y se bebió el líquido de un tirón. Luego dejó la copa sobre la mesa y puso sus manos en mi cintura.

Sentí una corriente de energía fluir por mi cuerpo cuando me atrajo contra él y mi pecho se apretó contra el suyo sin previo aviso. Su corazón latía contra el mío, prueba de sus sentimientos, aunque no se atreviera a decirlos en voz alta. Me contuve y apreté los hombros en un intento de mantener mi dignidad. Sin embargo, no se dejó engañar.

Me mordisqueó la barbilla, lo que me hizo sonreír. Me relajé y rodeé su cuello con mis brazos. No, no necesitaba poner ningún énfasis en esa formalidad. Sabía que me quería. Era obvio, evidente en cada movimiento y en la sonrisa que me dedicaba cuando creía que no estaba mirando. Nadie se hubiera comportado como él sin estar enamorado. Me preocuparía de las palabras más tarde. Esa noche sería una noche de pasión.

Nate me levantó en sus brazos y se dirigió a las escaleras.

"La cena se va a enfriar", le advertí.

"No me importa", dijo. "Para eso existe el microondas".

Me reí. Podía ser tan contundente cuando quería, tan inquebrantable cuando tenía un objetivo en mente. Me aferré a él mientras subía las escaleras, maravillada por su fuerza. No pesaba, pero era una persona, y se movía como si no sintiera el peso. Quizás esa era la conclusión a la que debía llegar. Yo no era una carga, no para él.

Cuando llegó a lo alto de la escalera, giró a la izquierda y entró en el dormitorio principal. Las sábanas habían sido colocadas, lavadas y alisadas a la perfección. Nate me dejó en el suelo y juntos retiramos las sábanas para descubrir el colchón.

Tras llegar al lugar de nuestra pasión compartida, volví a volar a los brazos de Nate. Su beso fue tan tierno que derritió toda mi defensa. No podía pensar en otra cosa que fuera tan dulce y tan caliente al mismo tiempo. Su contacto encendió un fuego en mi corazón e hizo que todo mi cuerpo se estremeciera.

Extendí la mano para acariciar sus orejas, tomándolas entre el pulgar y el índice para explorar sus surcos. Respondió rodeando mi cuello con sus manos y abriéndose paso hasta los tirantes de mi sujetador.

Me eché hacia atrás, deseosa de darle lo que quería, me quité la blusa y la arrojé sobre el sillón. Entonces me desabroché el cierre de la espalda y me quité lentamente el sujetador. Ya no me sentía acomplejada por mi marca de nacimiento. No necesitábamos tener esa conversación. Nunca lo había mencionado y no lo había evitado.

Intenté ayudarle a quitarse la ropa, pero se me adelantó. Se pasó el polo por la cabeza y lo lanzó sobre mi blusa, creando un pequeño montón de ropa que esperaría a nuestro regreso.

Cuando volví a sus brazos, me sentí de nuevo mimada por el calor de su tacto. Me rodeó con antebrazos y bíceps de acero, resultado de las muchas horas que pasaba en el gimnasio. Le besé el hombro, los bíceps, el estómago y bajé lentamente por su cuerpo.

Me arrodillé frente a él y deslicé mis dedos bajo su cintura. Me permitió bajarle la bragueta, pero antes de que pudiera llevármela a la boca como pretendía, tiró de mí para ponerme de pie. Me sentó en la cama y buscó la cintura elástica de mis pantalones. Me los bajó por las caderas, hasta los tobillos y luego los apartó de una patada.

Unos momentos después, Nate y yo estábamos completamente desnudos, tumbados con la cabeza sobre la almohada. Me sorprendió con un movimiento que no habíamos probado antes, poniéndose de pie y girando en la cama para que su cara quedara frente a mi sexo. Luego abrió mis piernas y las rodeó con sus brazos. Sentí sus suaves dedos en mi vagina y el torrente de excitación que acompañaba a las fantasías perversas.

Mirando a un lado, vi su duro pene colgando cerca de mi mejilla. Todo lo que tenía que hacer era estirar la mano y acariciarlo, llevarlo a mis labios y chuparlo. Hice girar mi lengua alrededor de su punta y sentí que lo mismo sucedía más abajo en mis paredes internas. Nate estaba ocupado con su propio trabajo, disfrutando de mí mientras yo rendía homenaje a su cuerpo.

Estaba tan concentrada en lo que estaba haciendo que perdí la noción del tiempo. Cada lametón era respondido con una caricia correspondiente, cada beso que le daba era correspondido. Chupé más y más fuerte mientras él penetraba más rápido y más profundo en mi vagina. Era caliente y perverso. Estábamos jugando con la excitación del otro y la tensión aumentó hasta que fue casi demasiado tarde.

Entonces Nate me soltó de repente, apenas unos segundos antes de que pudiera llegar al orgasmo. Grité, desesperada por liberarme. Quería sentirlo dentro de mí, enterrado en lo más profundo, quería sentirlo empujar dentro de mí con toda su fuerza. Durante un momento desgarrador me sentí despojada de su amor, pero luego volvió a encontrarme. Apretó sus labios contra los míos, colocó una mano en mi pecho, salvaje y desenfrenado.

Lo único que pude hacer fue abrir más las piernas y tirar de él contra mí. Me soltó el pecho para presionar su polla contra mi vulva. Su otra mano estaba cerrada en un puño a mi lado y oí su fuerte respiración contra mi oído. Entonces, finalmente, empujó dentro de mí, y la sensación me hizo poner los ojos en blanco de placer. El tamaño de su miembro superaba con creces el de sus dedos. La sangre me retumbó en las venas. Buscó una salida y provocó que un profundo rubor se extendiera por mi pecho mientras subía y bajaba violentamente.

Quedamos atrapados en un abrazo que duraría toda la vida. Me quería como un amante, como una compañera íntima que conocía todos mis secretos. Mientras me hacía suya, y una fina película de sudor brillaba en su frente, pude leer claramente sus sentimientos en sus ojos. Sabía que lo tenía y que estaríamos juntos. No importaba lo que dijera o dejara de decir, sabía que su corazón era mío.

Sentí que empezaba a caer. Suavemente al principio, luego cada vez más rápido y sin asideros, me sumergí en un abismo de pura felicidad. Nate se corrió un momento después y se enterró

profundamente, derramándose dentro de mí. Puse mis dedos en su trasero y lo atraje fuertemente contra mí. Nos quedamos así durante un momento fascinante, sin aliento, temblando, tensos e íntimamente conectados. Luego se relajó, se apoyó en los codos y me besó juguetonamente en la nariz.

Le miré, agradecida por todo lo que había hecho por mí. Esa noche, sería la noche. Le diría que le quería y le preguntaría si sentía lo mismo por mí. Ya sabía la respuesta, pero quería oírle decir las palabras. Vivíamos juntos bajo el mismo techo. Había reunido el valor suficiente para preguntarme si quería quedarme. Todo lo que necesitaba era una última confesión. Decidí decir la palabra antes de que la noche terminara.

FIN

Estimados lectores,

Espero, de corazón, que hayáis disfrutado de esta historia. Si es así, te agradecería una breve reseña en Amazon. Como autor independiente, no tengo los recursos de una gran editorial, así que esta es la forma en que más me ayudarían.

Ultílogo

No encontrarás ningún método anticonceptivo en este libro. ¿Por qué? La historia se desarrolla dentro de una fantasía, por lo que esta debería brindarte tiempo para olvidarte de preocupaciones y disfrutar de tu placer por la lectura.

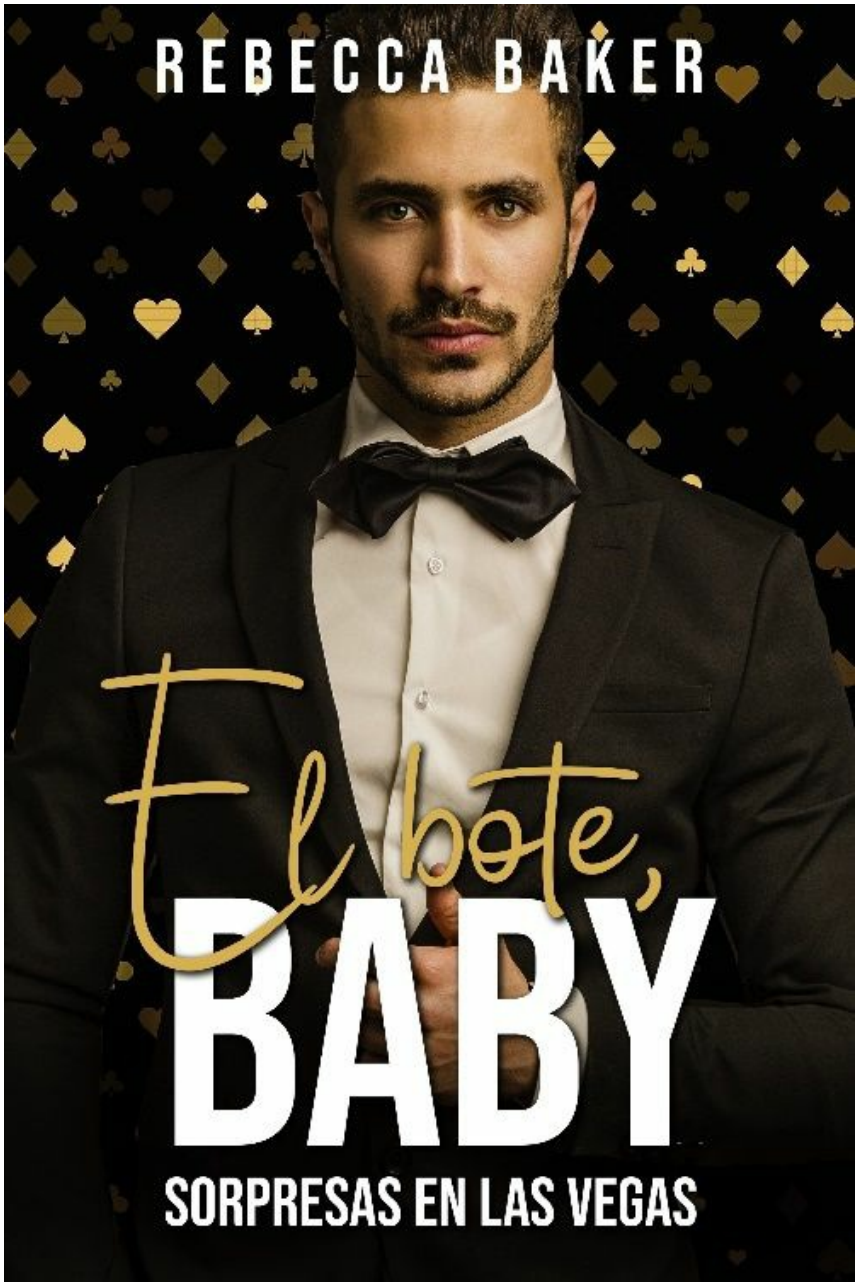
En este mundo, todos los multimillonarios tienen un abdomen perfecto y son increíblemente buenos en la cama. Tampoco hay enfermedades de transmisión sexual, ni embarazos no deseados.

El boletín de noticias gratuito de Rebecca:
https://www.subscribepage.com/rebeccabaker_espanol

Rebecca en Facebook:
https://www.facebook.com/Rebecca.Baker.Espana

¿Quieres leer más novelas románticas? Adjunto encontrarás un extracto de prueba de mi novela « El bote, baby - Sorpresas en Las Vegas » – donde Emma juega el papel principal. ¡Que te diviertas!

Extracto: « El bote, baby - Sorpresas en Las Vegas »



https://www.amazon.es/gp/product/B09GYKNJHH

Ganar el premio gordo, una noche caliente y un año después… ¡soy madre!
Entonces nos reencontramos – él no sabe nada al respecto y, además, es mi nuevo jefe…
¿Es posible que las cosas salgan bien?

Emma se deja convencer por su amiga Sophia para hacer una escapada rápida a Las Vegas. ¿Apostar a pesar de tener la cuenta bancaria en cero?

Sin embargo, sucede lo increíble: en las máquinas tragamonedas, Emma gana el premio gordo de la casa en compañía de un apuesto desconocido llamado Ethan.

Quince mil dólares para cada uno y bebidas ilimitadas por cuenta de la casa. Entonces se desarrolla una salvaje noche de fiesta y una cosa lleva a la otra…

Doce meses después, Emma se muda a Los Ángeles para comenzar su nuevo trabajo. En esta ocasión no está sola, pues esa noche en Las Vegas tuvo más sorpresas además del premio gordo: Emily ya tiene tres meses… y los ojos azules como papá.

Y por si no fuera suficiente: Ethan es el propietario de la empresa en la que Emma está a punto de empezar a trabajar. Sin embargo, Ethan se ve diferente, ignora a Emma y parece esconder un oscuro secreto.

Pero entonces aparece una nota en el escritorio de Emma: Debe ir a casa de Ethan… ¡sola!

¿Pero qué está tramando Ethan? ¿Y cómo reaccionará cuando se entere de Emily?

Capítulo 1 ~ Emma

Jueves por la tarde.

«Se acabó», me dice Sophia mientras está de pie frente a mí, completamente inexpresiva, después de subir los peldaños que están frente a la puerta de mi apartamento.

«¿Qué? Pero ¿qué ha pasado? ¿Habéis discutido? Ayer fue realmente…», comienzo a preguntar sorprendida, pero entonces me interrumpo a media frase al recordar a mi entrometida vecina, quien parece pasar la mayor parte del tiempo justo detrás de la puerta de su apartamento para enterarse de todo y preguntarle a mi madre respecto a mis visitas.

«Vamos, entra Sophia», continúo con voz más tranquila y rodeo los hombros de mi amiga con el brazo. Juntas entramos a mi apartamento y cierro la puerta a nuestras espaldas.

«¿Está tu madre en casa?», me pregunta Sophia en voz baja, mientras su mirada se desliza a través del pasillo hacia la pequeña sala de estar, directamente a la derecha de la entrada principal.

«No, hoy trabaja hasta tarde», respondo y Sophia exhala aliviada. No puedo culparla, pues a mí también me resulta algo extraño vivir con mi madre teniendo ya veintitantos años. Sin embargo, no quiero que esto se malinterprete. Quiero un montón a mi madre, más que a nadie en el mundo y siempre estaré agradecida por la manera en que, por su cuenta, me ayudó a mí y a mi hermana a salir adelante. Pero simplemente hay ocasiones en las que me gustaría tener un poco más de espacio para mí misma.

Hace casi un año que volví a mudarme con ella después de vivir sola durante varios años en un pequeño piso en Queens. Mi hermana menor, Katie, quien solía vivir en casa, se mudó a Inglaterra para estudiar un semestre en el extranjero. Las dos tenemos un acuerdo tácito, pues no queremos dejar a mamá sola en casa después de todo lo que ha hecho por nosotras; especialmente después de que papá nos dejara demasiado pronto. Todavía me es difícil hablar sobre eso. Mamá se siente de la misma manera. Nunca me preguntó por qué, simplemente me abrazó con lágrimas

en los ojos cuando le dije que volvería a casa después de que Katie se mudara al extranjero.

«¡Siéntate! ¿Quieres tomar algo?», le pregunto a Sophia y le ofrezco un espacio para sentarse en el sofá de la sala de estar.

«No, gracias», me responde mientras se sienta y desliza la mirada por los múltiples marcos de fotos que hay colgados en la pared junto al televisor.

«Ahora, dime. ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha hecho Joey?», le pregunto. Me siento a su lado y coloco una mano en su muslo para consolarla. Me sorprende lo recompuesta que se ve. Los dos han estado juntos durante mucho tiempo. Claro, yo siempre tuve mi propia opinión respecto a la relación y nunca estuve totalmente segura de que ambos fueran una buena pareja, sin embargo, nunca mencioné nada al respecto. Después de todo, es asunto de Sophia y no mío. Y ahora que toda la relación llegó a su fin, Sophia parece estar manejándolo muy bien.

«Agh, la verdad es que ni yo misma lo sé», suspira Sophia y continúa observando la pared repleta de cuadros. Entonces comienza a hablar: «De alguna manera, lo nuestro ya no está bien desde hace mucho tiempo. Es como si nuestra relación se hubiese dormido, como si ya no hubiese aire entre nosotros», Sophia se vuelve hacia mí y me mira, abatida. «¿Sabes a lo que me refiero?».

«No estoy segura», admito con honestidad. «¿Quieres decir que realmente no sucedió nada?», pregunto cuidadosamente. «¿Quién ha terminado la relación?».

«¡Yo!», exclama Sophia. «¿O quizás fuimos los dos?», se pregunta más a sí misma que a mí, entonces vuelve a mirar las fotografías en la pared. «Quizás simplemente me he arrepentido. Lo único que quería era retrasar la boda», dice Sophia con más desilusión que tristeza. Aún me sorprende lo tranquila y serena que está. Tal vez, después de todo, ella tiene razón y la relación terminó mucho antes y apenas ahora sale a relucir el cierre.

«¿Te refieres a vuestra boda en Las Vegas? Pero se llevaría a cabo este fin de semana, ¿o no?», intento ocultar en mi voz la desaprobación que siento hacia este tipo de bodas. Ambos habían planeado casarse en Las Vegas, en una de esas capillas pequeñas y cursis que aparecen en las

películas baratas, sin la asistencia de familiares o amigos.

Hace algunos meses cuando Sophia me contó sus planes, entusiasmada, inicialmente pensé que estaba bromeando conmigo. «¡Pero qué idea tan genial! ¿Y después pasaréis vuestra noche de bodas juntos en el casino?», le pregunté con sarcasmo cuando Sophia terminó de decírmelo todo. Obviamente se molestó y no tuvimos contacto durante días, lo cual es completamente inusual entre nosotras. Fue entonces cuando me di cuenta de cuán en serio era todo este asunto para Sophia. Entonces me disculpé y prometí que de ahora en adelante me mantendría al margen de su relación con Joey. Si ambos querían casarse así, era asunto suyo. Yo no encontraba absolutamente nada romántico en ello, sin embargo, no quería poner en riesgo mi amistad con Sophia. De cualquier manera, Joey no era alguien a quien le gustara estar con amigos. Era un adicto al televisor y prefería estar en casa. En este aspecto, él y Sophia eran totalmente diferentes… al menos ante mis ojos. A Sophia y a mí nos encantaba salir los fines de semana, encontrar algo delicioso para cenar y después ir a algún club neoyorquino para bailar hasta el amanecer. Afortunadamente, nada de eso ha cambiado hasta ahora. A Joey nunca le ha importado lo que hace Sophia durante los fines de semana, pues él prefiere quedarse en casa mirando alguna serie en Netflix.

Pero durante los meses siguientes, la idea de su boda continuó siendo una preocupación para mí. ¿Por qué en Las Vegas? Eso realmente no suena a algo que Joey haría. Sophia me afirmó en repetidas ocasiones que fue idea de él, pero yo no podía deshacerme de la idea de que una boda en Las Vegas era ícono de un matrimonio por conveniencia que tarde o temprano fracasaría, y hasta el día de hoy sospecho que Joey tan solo estaba buscando la manera más barata y sencilla de terminar con todo. Tan solo lo había visto un par de veces, pero incluso después de tantos años de relación con mi amiga, cuando fuimos a cenar los tres juntos a un restaurante él insistió en que él y Sophia pagaran por separado y ni siquiera dejó propina. Sophia y yo siempre redondeamos las cuentas generosamente, pues gracias a nuestro pasado como camareras sabemos de cuánto se depende de las propinas para obtener una buena paga.

«Sí. La boda en Las Vegas. Tan solo quería esperar un poco más para

ver cómo se desarrollaban las cosas», responde Sophia con un poco de vacilación. «Creo que desde que perdió su trabajo, Joey nunca sale del apartamento. En cambio, está en pijama todo el día sentado en el sillón. Y al parecer ni siquiera ha buscado un nuevo empleo», me dice Sophia bajando la mirada.

«Te entiendo», digo y abrazo a mi amiga mientras me muerdo el labio inferior para evitar hacer comentarios sugestivos respecto a Joey. Eso definitivamente no sería de ayuda para Sophia en estos momentos.

«Cuando le pregunté al respecto, se volvió loco. Ya no lo reconozco, en lo absoluto. Me dijo que, si era así, entonces podíamos terminar las cosas de una buena vez», me explica Sophia. «Emma, todo fue tan rápido. Ni siquiera supe qué decir. Solo dije que estaba bien y no sentí nada. Absolutamente nada». Sophia me mira a los ojos. «¿Crees que soy un monstruo desconsiderado y sin corazón al que no le importa nada?».

Coloco mis manos sobre sus hombros y le sonrío. Sophia es un par de años mayor que yo, pero la gente siempre piensa que mi amiga es más joven. Ella simplemente es maravillosa. Sin embargo, siempre que lo menciono ella dice que se ve como un patito feo a mi lado. Yo no comprendo del todo su punto de vista, pero sospecho que se debe a que en su adolescencia utilizó aparatos ortopédicos para caminar durante muchos años y a menudo los chicos se burlaban de ella. A mi parecer, Sophia podría estar con cualquier chico de la ciudad que ella quisiera. El hecho de que se haya quedado con Joey para mí es una señal de desesperación. Tal vez Sophia pensaba que al haber entrado en los treinta ya es demasiado mayor como para ser amada por alguien más. No lo sé. Pero ¿quizás eso sea lo normal? Yo tengo veintiocho años y en ocasiones me pregunto por qué mi última relación estable y duradera fue hace años.

«¡Sophia! Eres una mujer fenomenal», comienzo a decir. «Deja de negarlo. Puedes preguntárselo a cualquiera. Es verdad», continúo hablando energéticamente mientras sacudo suavemente los hombros de Sophia. «Eres cualquier cosa menos un monstruo sin corazón, sino una de las personas más maravillosas que he conocido en toda mi vida».

Nos miramos a los ojos durante unos segundos. Entonces Sophia me sonríe y me da un beso en la mejilla. «Gracias», me dice mientras continúa

sonriendo para sí misma, absorta en sus pensamientos.

«Oye, ya no vale la pena seguir pensando sobre eso», le advierto. «¿Qué harás ahora? ¿Te mudarás?», le pregunto a Sophia.

«Él está recogiendo sus cosas y quiere mudarse al campo con un amigo. Quizás encaja mejor en un sitio así que en la gran ciudad», exclama Sophia y yo me sorprendo al escucharla decir algo despectivo sobre Joey, por primera vez. Eso me causa curiosidad, pero no quiero profundizar más en el asunto y prefiero darle tiempo para asimilar las cosas. Quizás algún día Sophia me cuente más al respecto, con una buena copa de vino.

«¿Y tú qué harás? Vuestra casa es demasiado grande para ti sola, ¿o no?».

«Sí, tienes razón», Sophia me mira con una sonrisa. «¿Quizás podrías considerar vivir conmigo? Quiero decir, te acercas a los treinta y sigues viviendo con tu madre. Claro, entiendo que fue terrible lo que ocurrió con tu padre. Pero ¿hace cuánto tiempo fue eso? ¿Quince años?», me pregunta, titubeando un poco.

«Las fotos de vosotros cuatro sobre la pared ya tienen un ligero tinte amarillo», continúa Sophia, señalando con el dedo a las fotografías. «Emma, ¿no crees que tu madre se las puede arreglar sola, sin ti o sin Katie?», me pregunta con cautela.

Sé que tiene razón en todo lo que dice, sin embargo, la verdad expresada de manera tan simple y directa se siente como una puñalada en el corazón. Sé que no quiero vivir con mi madre para siempre y que quiero recuperar mi vida. Pero ¿cómo se tomará las cosas mamá?

«Tengo una propuesta más», dice Sophia y me parece como si de pronto su rostro resplandeciera. Se ve aliviada por haberme contado la situación con Joey. Quizás tan solo vino aquí para sugerirme que viviéramos juntas.

«¡Suéltalo!», le digo con alegría. Estoy contenta de que Sophia finalmente cambie de tema y yo no deba responder inmediatamente a su propuesta.

«Tengo los billetes de avión para Las Vegas y la reserva del hotel. Joey reservó todo a mi nombre. Creo que existe algún tipo de descuento en las

reservas para menores de treinta y cinco años. No hagas preguntas», me dice Sophia y pone los ojos en blanco. «Como sea, tengo los billetes en la bandeja de entrada de mi correo electrónico. No los puedo cancelar, no es posible con la tarifa que Joey eligió. Pero sí puedo cambiar la información de los viajeros», dice Sophia sonriendo y me mira con elocuencia.

«¿Quieres decir…? ¿Quieres decir que nosotras…?».

«Así es. ¡Disfrutemos juntas de un fin de semana de diversión, aventura y calidez en el desierto de Nevada! Además, así podrás experimentar cómo es vivir conmigo», Sophia me guiña un ojo. «¡Será genial! Iremos de compras y jugaremos en grande en el casino», me dice entusiasmada. Realmente me gustaría jugar en grande en el casino… y ganar en grande. Cuando pienso en mi trabajo como contable de mi jefe Erik van Heeren, casi se me sube la bilis. El tipo es un completo gilipollas. Si me ganara el premio gordo en una de esas máquinas tragamonedas, podría abandonar ese trabajo y tomarme un tiempo para buscar uno nuevo. Eso sería fantástico.

«Pero definitivamente no me darán vacaciones en el trabajo», respondo con el ceño fruncido. «Especialmente con tan poco tiempo de antelación».

«Vamos Emma, no me dejes sola», me ruega Sophia. «Además, me ayudarías mucho. Joey seguramente necesita todo el fin de semana para empacar sus cosas y conducir de un lado a otro. Si vamos a Las Vegas, tendré una excusa para evitar verlo y despejarme la mente. ¿Cuándo fue la última vez que nos divertimos juntas a lo grande?», me pregunta Sophia, sonriendo de oreja a oreja, pues probablemente sabe que ya no puedo negarme.

«Vale, vale. Tienes razón. Hagámoslo. ¿Cuándo es el vuelo?», pregunto y me doy cuenta de lo mucho que me emociona la idea de tener un fin de semana así con mi amiga.

«Mañana a las once de la mañana en el aeropuerto John F. Kennedy», Sophia me abraza con alegría. Ambas nos dejamos caer sobre el respaldo del sofá y nos reímos a carcajadas.

Capítulo 2 ~ Ethan

Manhattan, el mismo día.

«Lo siento mucho señor, pero el avión no está listo para usarse. No puede despegar hasta mañana», me explica el jefe del equipo de mantenimiento de mi avión privado, el cual se encuentra en un hangar del aeropuerto John F. Kennedy.

«¿A qué se refiere con que no puedo volar?», respondo en voz alta, malhumorado. ¿Acaso este tipo tiene la mínima idea de con quién está hablando? Después de que hace dos días tras el aterrizaje hubiera algunas inconsistencias durante la revisión rutinaria, llamé a este hombre. Varios conocidos de negocios me lo recomendaron junto con su equipo de mantenimiento. «Si alguien puede hacer que tu *jet* vuelva a funcionar lo más pronto posible es él y sus chicos», fue la opinión unánime de todos mis amigos.

Y ahora, ni siquiera han pasado veinticuatro horas desde que comenzó su trabajo y el jefe del equipo me llama por teléfono para informarme que no terminará el trabajo en el tiempo que acordamos. Incluso cuando le prometí más dinero del que me pidió.

«No pare. Trabaje toda la noche. Quiero volar de vuelta a Los Ángeles mañana». La situación realmente me hace enfadar.

«Yo…», tartamudea al otro lado de la línea, claramente inquieto. «Desafortunadamente no hay nada que pueda hacer. Lo siento. Parece que todo el sistema electrónico de la máquina está fallando. Así que se necesita más que una simple reparación rutinaria. No había manera de prever esto. Por otro lado…», comienza a explicarme, pero lo interrumpo.

«Suficiente. Ahórrate tus palabras, por favor». No quiero escuchar más detalles técnicos de mi *jet*. Lo único que quiero es que funcione, y yo siempre obtengo lo que quiero. Al menos, estoy acostumbrado a que así sea. Y esta situación realmente me está poniendo los nervios de punta.

«Señor, ¿no lo entiende? La verdad es que debería haberse desplomado desde el cielo dentro de esta nave durante su último vuelo. Es casi un milagro el que haya aterrizado ileso en Nueva York. Al menos que…», duda.

«¿Al menos que qué?», grito con impaciencia.

«A menos que alguien haya manipulado la máquina después del aterrizaje. Nunca había visto algo como esto antes», dice y vuelve a vacilar. «Lo siento, debo preguntarle esto, pues podría afectar el proceso de reparación: ¿tiene enemigos, señor? ¿Es posible que alguien haya hecho esto a propósito?», me pregunta el técnico con cautela.

«Pufff… enemigos. Pero qué ridículo. Escúchame bien, pues te diré una cosa: haz tu trabajo y avísame tan pronto como el *jet* esté listo para volar».

«Lo entiendo, señor. Pero definitivamente no será mañana. La reparación podría prolongarse varios días», me explica el técnico, disminuyendo el volumen de su voz a medida que habla.

«Tan solo llámame cuando esté listo», termino la llamada sin decir una palabra más.

«¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!», exploto mientras golpeo en repetidas ocasiones el auricular del teléfono fijo contra su base. Estoy sentado al borde del escritorio en mi *suite* de hotel en Nueva York; cuando recupero el control, miro el teléfono. Parece haber sobrevivido a mi pequeño arrebato. Sin embargo, lo arrojo con estrépito al otro lado del escritorio y cae descuidadamente sobre el parqué.

«*¿Tiene enemigos?*», la pregunta resuena en mi cabeza. Este cuestionamiento me hace pensar inmediatamente en el alcalde de Los Ángeles, Henry Miller. Si realmente se trata de una manipulación deliberada de mi *jet* y hay alguien detrás de todo esto, definitivamente debe ser él.

Él es la razón de mi visita a Nueva York. Nos dejó bastante claro a mí y a mi socio, Jared, que ya no deseaba que nuestra compañía estuviera presente en la ciudad. Nuestra compañía es una de las más ricas en todo Los Ángeles y, además de todo el alboroto causado por Hollywood, ciertamente proporcionamos a la ciudad la mayoría de los ingresos fiscales, sin embargo, eso no parece importarle al alcalde.

Aunque, visto desde fuera, quizás nuestra empresa pueda ser más cuestionable, especialmente porque Jared y yo administramos lo que se conoce como *venture capital funds*, lo cual significa que utilizamos el

dinero de nuestra compañía para invertir en otras empresas. A veces incluso compramos empresas enteras. Y, la mayoría de las veces, nos adueñamos de lo suficiente como para tener poder decisión sobre la empresa en cuestión sin necesidad de estar en el primer plano.

Hace algún tiempo nos hicimos de una participación de este tipo en una de las minas de cobalto más grandes del Congo, justo en medio de África. Por supuesto, ni yo ni Jared hemos estado jamás en el Congo y no tenemos planes de hacerlo. La cuestión es que todo este proceso recorre varias estructuras empresariales anidadas de manera intricada. Básicamente, yo no sabía que Jared y yo éramos los dueños de esta mina hasta que uno de nuestros empleados recientemente nos hizo saber que esto era parte de un gran paquete corporativo que habíamos adquirido.

Poco después, el alcalde Miller nos llamó a su oficina y se quejó estrepitosamente respecto a los negocios dudosos que desenvolvía nuestra compañía allí. En el transcurso de su reelección, el alcalde Miller está planeando una gran campaña ambiental que debería tomar lugar en poco más de un año, ya que Los Ángeles es una de las ciudades más contaminadas de los Estados Unidos. Todo este tiempo me he preguntado qué relación tiene la mina de cobalto en el Congo con todo esto. Claro, la extracción de cobalto es un negocio altamente contaminante y sucio. Las condiciones son catastróficas. Sin embargo, el cobalto es indispensable para la fabricación de móviles y aparatos electrónicos, los cuales son utilizados por todos alrededor del mundo. A pesar de todo eso, la mina no contamina el centro de Los Ángeles. Así que en ese entonces todo este asunto me pareció una tomadura de pelo. Tampoco me queda muy claro cómo se enteró el alcalde de nuestra participación en la mina de cobalto, especialmente justo después de que nosotros mismos lo descubriéramos. En su momento llegué a sospechar que, de alguna manera, se apoderó de los documentos de venta, algunos de los cuales están disponibles públicamente.

En cualquier caso, Jared y yo decidimos que deberíamos buscar una nueva ubicación para nuestra empresa, pues en uno de sus últimos discursos de televisión por una emisora local, el alcalde anunció un aumento del 400 % en los impuestos para los llamados *hedge funds,* o

fondos de cobertura. Incluso mencionó el nombre de nuestra compañía como ejemplo. En resumen: Henry Miller es un completo gilipollas. Un politiquillo al que probablemente le escupían los niños mayores durante su infancia y ahora quiere aprovecharse del hecho de tener algo de poder. Por unos momentos me divertí cavilando en la idea de postularme como candidato para la elección de alcalde de Los Ángeles, pero eso probablemente tan solo haría que el señor Miller se ofendiera todavía más y apareciera con la siguiente demanda absurda para mi empresa.

La búsqueda de una oficina adecuada aquí en Nueva York es prometedora. En los edificios hay pisos completos vacíos a la espera de un nuevo propietario. Aun así, después de pasar tan solo dos días en la ciudad decidí que Nueva York estaba fuera de discusión como nueva ubicación para la empresa. Hoy es un soleado día de febrero, sin embargo, helado. Si hay algo que odio más que nada, son los oscuros y fríos meses del invierno.

Con mi móvil en la mano, camino hacia el baño para tomar una larga y cálida ducha después de un día agotador haciendo turismo por la ciudad. Pero antes de eso, quiero reservar mi vuelo de regreso a Los Ángeles. No me quedaré ni un día más en este frío invernal tan solo porque mi avión privado no funciona, por la razón que sea.

Verifico los itinerarios de vuelos de Nueva York a Los Ángeles y selecciono el filtro de «primera clase». Ya es suficientemente molesto no poder volar en mi *jet* como para encima tener que soportar toda la mierda del *check-in,* los controles de seguridad y esperar en la puerta para abordar. No pienso reservar una categoría inferior.

«Esto no puede ser verdad», maldigo. En mi aplicación no me aparecen itinerarios de vuelo sino hasta mañana por la noche. Vuelo directo y en primera clase, pero ¿el vuelo más próximo con esas características no es hasta mañana? Eso no puede ser verdad.

Estoy a punto de dejar mi móvil sobre la mesita de noche cuando el dispositivo vibra en mi mano. Por un momento se me pasa por la cabeza que quizás sea el jefe del equipo de mantenimiento para informarme que el problema se ha resuelto, pero entonces miro la pantalla y mis labios esbozan una sonrisa.

«Jared. Eres justamente el hombre que necesitaba en estos momentos», saludo a mi amigo y socio. Nos conocemos desde hace más de quince años y juntos fundamos nuestra compañía.

«Ethan. ¿Cómo va todo en Nueva York? ¿Has encontrado algo bueno para nosotros? ¿O simplemente deberíamos vender la compañía?», me pregunta. Me sorprende la frecuencia con la que Jared aborda el tema de *vender* nuestra empresa, después de que ambos la hayamos construido y llevado a la cima durante tantos años. ¿Quizás simplemente ya no le apetece hacer negocios y prefiere pasar todo el día tumbado en la playa con los bolsillos llenos de dinero?

«Nueva York no es para nosotros», respondo y en esta ocasión decido ignorar el tema de la venta. Ya hablaremos de ello en otro momento. Realmente no he considerado esa posibilidad todavía.

«Me alegra. La costa este nunca ha sido mi favorita, siendo honesto. ¿Cuándo vuelves?», me pregunta Jared sin siquiera preguntarme la razón por la que descarté Nueva York.

«Justamente ese es el problema con el que espero puedas ayudarme», le respondo con una sonrisa en los labios.

«Lo que sea, amigo. ¿Qué puedo hacer por ti?», me pregunta Jared con un tono tranquilo y casual. ¿Quizás actúa con cierta indiferencia porque se ha tomado una copa?

«Estoy atrapado aquí. Mi *jet* está en reparación y probablemente tardará unos cuantos días más. ¿Quizás podrías venir a buscarme en tu avión? ¿Dónde estás ahora mismo?», le pregunto a Jared.

«Creo que será algo complicado. Acabo de aterrizar en Las Vegas y sigo en el aeropuerto. Esta noche tengo una reunión con otro socio. Y mañana quería…», se interrumpe.

«¿Qué pasa?», le pregunto con impaciencia.

«Ethan. Mañana quería divertirme un poco aquí. ¿Cuándo fue la última vez que salimos juntos? Ven a Las Vegas. Después volaremos juntos de vuelta a casa. ¿Qué me dices?», puedo escuchar que Jared casi da brincos de alegría.

«Esa es una idea completamente descabellada», respondo, pero en el fondo dudo por un momento. Por supuesto que lo es, no tengo dudas al

respecto. Pero, por otro lado, Jared y yo tenemos suficientes empleados como para cuidar bien de nuestra empresa mientras estamos de viaje. Entonces, ¿qué razones tengo para negarme?

«¿Eso significa que vendrás?», me pregunta Jared con alegría.

«Pero solo si no tengo que lidiar con la perra de tu asistente. Cada que la veo en la oficina me pone los nervios de punta y, al mismo tiempo, me excita», le explico.

«Carla es un deleite para los ojos. Realmente deberías dejarla llegar a tu polla. Jamás he tenido una asistente que esté tan caliente todo el tiempo y que sea tan buena haciendo de todo. Ayer al mediodía le ordené que se desnudara, se pusiera en cuatro patas sobre mi escritorio y ladrara como un perro. Entonces la azoté tanto que…».

«Jared, para. Por favor ahórrate los detalles de vuestra *relación* o lo que sea que haya entre vosotros», lo interrumpo. «¿Está contigo ahora?».

«Puedes tranquilizarte. Quería un poco de diversión y tiempo para mí mismo así que la dejé en casa con su novio en Los Ángeles», responde Jared y casi puedo escuchar la sonrisa en su voz.

«Vale. Entonces iré para allá. Me comunicaré tan pronto como aterrice. Así que mañana por la noche nos lo pasaremos en grande».

«Oye, Ethan… Y recuerda, lo que pasa en Las Vegas…», comienza Jared.

«Sí, lo sé…», lo interrumpo de nuevo. «Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas», digo y tampoco puedo evitar sonreír al pronunciar esta clásica frase. Estoy ansioso por divertirme en grande con Jared.

Terminamos nuestra conversación y, mientras me pregunto cuál era el verdadero motivo de la llamada de Jared, reviso los itinerarios de vuelo en mi móvil. Esta vez de Nueva York a Las Vegas.

Hoy tan solo hay vuelos en segunda clase o asientos prémium en estas aerolíneas baratas. Estos asientos de supuesta primera clase que simplemente cuentan con más espacio para las piernas, sin embargo, se trata del mismo pésimo servicio y bocadillos mediocres. Molesto, observo los itinerarios de mañana y veo que aún hay un asiento en primera clase para un vuelo desde el aeropuerto JFK a las once de la mañana. ¡Perfecto! Elijo el vuelo.

Después de reservar el billete y relajarme un poco en la ducha, me acuesto en la cama con una toalla envuelta alrededor de mis caderas.

¿Y ahora qué? Se me pasan por la cabeza las palabras de Jared, diciéndome que azotó a Carla ayer al mediodía. Tan solo al pensarlo siento la erección en mi polla debajo de la toalla.

De pronto me doy cuenta de qué manera podría pasar la noche y divertirme un poco al mismo tiempo: ¡Debo descargar esta presión! Sin embargo, no tengo el valor ni la energía para una larga búsqueda en alguno de los grandes clubs de la ciudad. Ya estuve suficiente tiempo afuera mientras el viento helado me soplaba directamente en la cara.

Así que hoy por la noche me decido por una variante más tranquila; ni siquiera tengo que salir de mi habitación del hotel. Cojo mi móvil de la mesita de noche y, con una sonrisa en los labios, abro la aplicación *Escort.* La aplicación de entretenimiento para adultos más popular en los Estados Unidos.

Una sensación de anticipación me inunda el cuerpo y, literalmente, soy consciente de cada milímetro de mi piel desnuda.

Después de unos minutos de mirar con lujuria los anuncios y ya que mi polla está en su máxima expresión gracias a las innumerables imágenes, hago mi elección. Utilizo el chat integrado en la aplicación para enviarle a la joven belleza Roana el nombre de mi hotel y el número de mi habitación.

Roana confirma nuestra cita y tan solo veinticinco minutos después alguien llama a mi puerta.

«Hola», me saluda Roana dándome un beso en la boca. Reconozco su acento de Europa del este y, a juzgar por la manera en que me saludó, sé que quizás sea una de las muchas trabajadoras sexuales que vienen a Estados Unidos tan solo por el negocio.

Se quita el abrigo. Debajo, no lleva nada más que unos diminutos pantalones cortos. Sus pechos de silicona apuntan hacia enfrente, rígidos, mirándome seductoramente. Pero qué cuerpo. Las fotografías en su perfil de la aplicación no mentían en lo absoluto. ¿Con cuántos tíos follará Roana en una noche? De cualquier manera, no tengo ganas de agregarme a la lista y limpiarme el esperma de la polla después.

«Toma. Esto es para ti», le digo a modo de saludo y dejo 400 dólares sobre el escritorio. Roana me mira inquisitivamente. «Te la llevarás a la boca. Sin condón. Todo el tiempo que yo te diga. Y después te tragarás todo lo que tengo para darte», le explico a modo de orden mientras dejo caer la toalla alrededor de mis caderas y apunto a Roana con mi polla dura.

«Bien. Roana entiende», me responde con muy mal inglés tras hacer una breve pausa.

«Vale, entonces comienza», le digo. Me siento en el sofá junto al escritorio y abro las piernas para que Roana pueda arrodillarse frente a mí. «Lo más profundo que puedas», le ordeno y dejo caer la cabeza hacia atrás mientras disfruto de la cálida saliva de su boca mientras Roana engulle profundamente mi polla.

¡Haz clic aquí para descubrir lo que sucede a continuación!